





LOS CANTARES DEL
No MUNDO

SANGRE EN LA PIEDRA

Cantar menor

SANGRE EN LA PIEDRA

GLOSARIO DE PERSONAJES, TÉRMINOS Y FACCIÓNES

No Mundo: escenario de las historias *El ciclo de la Cuadriga*, *La balada del Nunca Amado* y *La canción de la Cuarta Rueda*.

La Profundidad: región subterránea del No Mundo poblada de fatas y mortales. Se divide en dominios, laberintos y páramos. Por estos lugares rondan los monstruos.

La Oscuridad: entidad que vive en la Profundidad. Responde también a nombres como Lo Oscuro y Aquello Más Allá de las Antorchas.

Fatas: raza feérica que escapa de La Oscuridad.

Hombres: raza mortal que escapa de La Oscuridad.

Monstruos: raza que vive en La Oscuridad.

Formas: monstruos de sangre.

Mòrwin: aprendiz de brujo de Dominio Sangre.

Ruùd: fata con nudo de Dominio Sangre. Arconte del dominio.

Cinocéfalo: mesnadero destacado a Montecadáveres.

Jòris: mesnadero destacado a Montecadáveres y capitán de mesnada.

Grùia: explorador destacado a Montecadáveres.

Jàrr: explorador destacado a Montecadáveres.

Làgrimas: asesino destacado a Montecadáveres.

Càliss: puta de Dominio Sangre.

Lÿssej: puta de Dominio Sangre.

Lårsa: fata con nudo de Dominio Sangre.

Bère: hija de Ruùd.



ERA DE LAS TINIEBLAS

DURANTE EL APOGEO DE LA CASA DE LA ESTRIGE

1

—¡MÁS DURO! ¡Así! ¡Así!

—¡Oh!

—¡Ohhh!

—¡OHHHHH!

Y finalmente, tras una sucesión de torpes embestidas, Maese Cortes, con la diestra aferrada al tobillo izquierdo de Càliss, derramó su semilla. Luego enrojeció como si durar el tiempo que la arena tardaba en cambiar de ampolla fuese un sagrado deber. La meretriz le devolvió la mirada. Él contempló sus senos, sus cabellos —que le daban un aspecto salvaje—, antes de distraerse con el techo de la alcoba. Era la segunda jornada que yacían juntos y la segunda que él terminaba con rapidez. Un problema que menoscababa su orgullo mientras otros veinteañeros se jactaban de su hombría. La puta le cogió la polla tras haberse girado a beber.

—Maese Cortes...

—Mòrwin —la corrigió—. Me disgusta que me recuerden mis defectos.

—Esas cicatrices...

—¿Te gustan?

—La gente dice que te las hiciste tú.

—Es la historia que me dio fama.

«Y, lamentablemente, cierta». En Dominio Sangre abundaban los hombres cortados, mas nadie con un rostro tan marcado como el suyo.

Cuando era niño, el cristal se había movido en su mano ante la mirada escrutadora de su madre, ataviada con armadura. El temblor que le recorriera de pies a cabeza por entonces lo sentía ya lejano, como si el tiempo hubiese curado las heridas, y el resultado había sido un semblante marcado con líneas horizontales, verticales y diagonales por el resto de su vida. Evitó mirarse al espejo cuando alargó la mano para tomar la copa que se llevó a los labios.

—Era un crío enfermo, y ahora soy un lord enfermo a quien rechazan las putas.

«Pero eso terminó tras conocerte».

—Por lo menos disimulas tu asco —continuó Mòrwin.

—Si buscaras mujeres en vez de jovencitas, quizá te harían caso.

—¿Estás segura?

—Les gustan los bronces, no las caras. Por una buena suma...

—Toda mi vida he cambiado dinero por placer. Por lo menos te gusta mi humor.

—¿Tu humor?

—Eso dijiste.

—Quizá fue por salir del paso. Duermo contigo porque me gustan los críos con problemas para follar.

El comentario le dolió como un sable en el pecho, pero agradecía la sinceridad.

—Te dije que eras horrendo —continuó Càliss— y que...

—Me lo grabara para darme fortaleza.

—No fue exactamente así. Dije que, si tu herida seguía abierta, sería tu punto flaco. También que aceptar tus defectos te haría menos miserable y que quizá no pagarías de nuevo para yacer.

Como era el protegido del lord del dominio, le bastaba con una orden para poder tirarse a cien pelanduscas, mas no se atrevía. En los burdeles era objeto de burlas. Por tanto, bebía en cantinas y andorreaba por senderos con antorchas mientras el vacío lo carcomía ante vorágines frías. Luego se detenía en la última frontera del yermo a preguntarse por qué no se marchaba de dicha región del Abismo.

Las llamas iluminaron a la puta y se notaron sus granos.

—¿Qué estás mirando?

—Eso —le indicó Mòrwin, y una protuberancia reventó.

—Pronto se borrarán.

—En realidad pensaba en lo bien que te sientan.

—¿No me digas? Cuando guardas silencio siempre piensas en teas.

—¿Eso dije?

—Muchas veces.

—Entonces mentí.

Tras hacer el amor prefería conversar de materias que forjaran su reputación. Como añoraba una fama de erudito, recurría a antiguas tablillas que explicaban el valor de las antorchas dispuestas en los abismos desde muchas generaciones atrás. Los Primeros Hombres las habían tallado para no perderse, de modo que los clanes actuales lo seguían haciendo. La gente siempre anheló escapar de La Oscuridad. El fuego era necesario para evitar la muerte ante Aquello Más Allá de las Antorchas.

—Decías que te seducía ir al otro lado —le recordó la puta—, a esos rincones donde nada arde.

—Si desaparezco, nadie me extrañará.

—¿Seguro?

—Madre está muerta, y cuando vivía no daba por mí una mierda. Mi protector es un feérico, y los feéricos, pese a que se encariñan, siempre olvidan.

—Creo que olvidas a alguien.

—¿Y se puede saber a quién?

—A mí.

Las palabras golpearon su corazón, pues sonaron demasiado en serio.

—Si mueres, ¿quién llenará mi cama?

—Gracias por el cumplido, Càliss.

—Eres buen hombre, y un tío manejable. No te hagas ilusiones y no te lastimaré.

—No olvides que las furcias nunca lastiman.

—Lo he oído antes. Muchos chicos con penas han recurrido a mí.

—Mòrwin della Turquète no es un niño. Mòrwin della Turquète es casi un lord.

Càliss sonrió.

—Alcánzame una copa, campeón.

Tras dársela se acomodó en la almohada. Tarde o temprano las ganas de marcharse a donde menguaban las llamas lo dominarían. Soltó un suspiro en cuanto ella lo besó. Càliss se sentó sobre sus caderas antes de ponerle la mano en la polla.

—¿Qué haces?

—Vamos, Mòrwin, ¿se te fueron las ganas? Quiero metérmela en la boca.

Ella empezó a chupársela, pero el miembro del muchacho continuó flácido, de modo que torció el gesto y se levantó.

—Lo siento —le dijo.

—¿Está todo bien?

—Nada anda bien. Tengo diecinueve años. Cuando la meto apenas duro y debo esperar harto tiempo para tener una erección. ¿Qué más puede salir mal?

—¿Que te corten la chorra?

—Càliss.

—Vuelve a la cama. Te traeré extracto de salva y verás cómo se endurece.

—¿Y funciona?

—Creo que nunca te he mentado.

Cuando ella volvió, Mòrwin bebió su infusión y consiguió una erección modesta. Lo hicieron como dos jóvenes que no follaban en lustrós. Mientras se amancebaban sobre el catre oyendo sus gemidos, uno tras otro, resaltaban los granos en la espalda de la buscona. Él embistió con torpeza, le enterró las uñas en los barro salpicados en el trapecio mientras chupaba la perilla de la oreja. La peste a saliva se difuminó cuando le miró los cabellos babeados. Las cosquillas en el glande, mientras empotraba, lo obligaban a detenerse, aunque por nada del mundo deseaba parar. Embistió, como un animal tonto repleto de dudas, como un loco, hasta que por obra natural se detuvo agitado, sacó el pene y, tras bajar el prepucio una vez tras otra, y tras otra, ¡y tras otra! —pudieron ser unas veinte—, le salpicó en el vientre su preciada semilla.

Se miraron en silencio. Por fin el joven había eyaculado. Se besaron. La sonrisa de Maese Cortes se borraría después, mas su experiencia con el extracto quedaría marcada para la posteridad. Acordaron verse en doce turnos para revivir su encuentro.

El tiempo transcurrió con lentitud. ¿Cuántas veces en su vida debía pulir bombonas, limpiar alambiques, pipetas o redomas en almacenes donde

incubaban telarañas en vez de estudiar el arcaico arte? En el dominio de piedra de los antiguos fatas, en las torres abandonadas en los abismos del No Mundo, quien no era soldado ni minero no era de mucho uso, así que en su tiempo libre investigaba tablillas halladas por la milicia en viejas expediciones al tiempo que bebía un pellejo tras otro. La investigación lo encaminaba por sendas sobre lo arcano y la importancia del fuego, pero siempre terminaba en testimonios de gente sobre Aquello Más Allá de las Antorchas que hablaban de terrenos manchados sangre, carne derretida y montañas de huesos. ¿Quién demonios se habría salvado para tomar nota? La pregunta rondaba su cabeza, pero se desvanecía cuando pensaba en Caliscàia, a quienes los fatas conocían como Càliss dagh'h Laàia.

Cuando la fecha del encuentro entre ambos llegó, Mòrwin aguardó tras los pilares como habían convenido. Se distraía con montoneras de documentos apilados en la escribanía del depósito de armas, se mordía las uñas, salivaba, mas se detuvo en cuanto la furcia apareció caminando a grandes trancos. El brujo Lårsa, famoso fata del dominio y nigromante consulto, la seguía con prisa. El eco de sus pasos resonaba en la estancia, al tiempo que una melena larga se le arremolinaba al caminar. La túnica negra, ceñida con encajes, le daba un porte esbelto, pese al agotado semblante. Càliss no se veía mejor. Buscaba a alguien, probablemente a Mòrwin, pero él prefería aguardar en las sombras como una criatura. Ella se detuvo con una mueca de dolor antes de agarrarse el vientre al soltar un quejido.

«Algo huele mal». Los borceguíes de Maese Cortes se enraizaron al piso y, con el corazón en un puño, vio a Lårsa acercarse a la ramera.

—¿De nuevo pondrás excusas? —le dijo al agarrarla.

—Largo de aquí, hijo de puta —repuso ella y le apartó la mano.

El feérico insistió. Hundió los dedos en el brazo de la fulana para luego soltarla y acariciarle el rostro. Hubo un silencio. Mòrwin oyó su propia

respiración. El brujo y la puta se miraron, se acercaron para besarse, aunque en el rostro de ella se dibujaba una mueca de desprecio. El chico sintió ganas de gritar, mas se contuvo al oír el ruido de las lenguas acariciarse mientras Lårsa deslizaba una mano bajo el faldón de Càliss.

«Se están besando. Probablemente yacerán entre pilas de documentos, y yo tendré que quedarme a mirar».

Sintió vergüenza cuando se le endureció el miembro, hasta que un sentimiento de confusión le aguijoneó el pecho en cuanto el fata se apartó de la mujerzuela. Boquiabierto, la vio escupir un trozo de labio mientras él blasfemaba y se tambaleaba. Goteaba sangre.

«Bien ganado, puto cabrón».

Lårsa aguardó aturdido, la mano en la mampostería, y soltó un rugido y una retahíla de escupitajos.

—¡Maldita criatura! —barbotó.

El empedrado se convertía en una alfombra roja. Los alaridos del fata se prolongaron y este empujó a la manceba con un ataque de furia.

Càliss chocó con un muro. Soportó el golpe con el semblante compungido, más no arremetió, sino que aguardó en la penumbra mientras el feérico vacilaba al echar venablos por la boca. Mòrwin había oído hablar de mujerzuelas que llegaban a arrancar pollas con los dientes, pero nunca un labio. Se enfocó en Càliss, de cuyas escápulas chorreaban fluidos, antes de que ella vomitase en el adoquinado.

En ese instante bañado en tinieblas, en ese instante en que aguardaba con el ceño fruncido alejado de los candelabros, Mòrwin tuvo deseos de escapar, pero tanto el pupilo como el maestro echaron raíces en el suelo. Un chasquido de fibras los petrificó, y vieron a la fulana encorvarse al tiempo que se dibujaban líneas en sus mejillas como si algo las cortase. Ella se

sostuvo el rostro. La sangre que fluía por las grietas salpicó en cuanto le crujieron los huesos. El cuerpo le tembló y los músculos de su espalda se rompieron para dar origen a otros más duros y renegridos.

El brujo escupió más sangre. Un charco crecía a sus pies mientras la mujer aguardaba con el rostro deformado. Caliscàia renqueó hasta una mesa de donde tomó una daga. Se volvió y enterró la hoja en el pecho del fata. Cortó en canal, empujó al feérico con desprecio y este se desplomó sobre los archivos con el rostro preñado de confusión. El silencio tiranizó en la estancia hasta que la bestia se volvió a Mòrwin.

«Aquí es donde todo termina. “Maestro y pupilo caen asesinados por la misma mujer”, dirán los putos panfletos».

Sintió que moriría. La mirada de Càliss no era suya, sino de algo que no era ella. Se observaron un rato. Caliscàia se giró hacia el umbral antes de marcharse con lento andar. Lo había ignorado, ignorado por completo, y él permaneció ante el cadáver del brujo de mayor rango de Domino Sangre, tendido sobre un tapete de fluidos.

«¿SE HA IDO?», PENSÓ tras escuchar los rumores cubierto con una frazada.

¿Cuánto tiempo había pasado? Por más que repasaba sus lecturas de los grabados, no recordaba nada en ellos acerca de mujeres transformadas contra su voluntad. Los monstruos rondaban en yermos alejados de las antorchas, no en el dominio. Miró el techo rocoso que separaba a su pueblo de una supuesta superficie, capas de roca pura —probablemente— que aislaban a la ciudad de sombríos laberintos de tierras ignotas. Observó el fuego que ardía en la basura.

Lo confirmó.

«Se ha ido».

La sonrisa de loco se le deformó al tiempo que se esfumaba la imagen mental de su puta. La joven del afrodisiaco con cabellos de fuego y granos en la espalda, aquella que le tejía esperanzas en el amor ya no existía. Càliss, de un momento a otro, estaba muerta, cosa carente de sentido hasta que Mòrwin se rindió ante la realidad. Desde que se escondió en los barrios de los litorales, desde que huyó de las obligaciones en el dominio con el resto de los partidarios de la Casa de la Estrige, las noticias habían crecido como una marea en un laberinto. No solo su puta, también otras desaparecieron la misma jornada que Càliss cambió. Recordarla era desear que volviese a la antigua forma. Esperaba hallarla acucillada en algún rincón oscuro, pero nada cambiaba de estado para regresar a lo antiguo. Los cortes del muchacho habían cicatrizado, mas prevalecían las marcas. Las tablillas no mostraban brujería que ejemplificase un proceso similar. Sintió un dolor en el pecho, como si duros recuerdos lo acuchillasen. Se limpió los mocos, sacó el odre, bebió. Se volvió a la bruma. Las siluetas de dos guardias apostados en la arcada parecían borrosas. Las capas flameaban. Las cotas de anillas les caían con pesadez. Soltaron un panfleto que planeó como una pluma hasta su regazo.

—¿La Guardia de *Brunce*? —indagó con dificultad—. Pensé que estabais *mertos*. Pensé que...

Una roca le golpeó el rostro.

—¡Hey! —dijo—. *¡Us urdeno...!* —Se detuvo. La lengua empezó a enredársele—. *¡Us urdeno cuee...*

—Ha bebido demasiado —dijo aquel que lo apedrease. Tomó otro pedrusco y se lo arrojó.

—¡Auch!

—¿Qué haces? —Era el otro.

—Es una oportunidad de oro. Todos desprecian a ese cabrón por su puta suerte, pero nadie se atreve a golpearlo.

—Detente. ¿No sabes que...?

—Descuida, novato. Nadie se enterará.

—Deberíais estar *mertos* —dijo Mòrwin con esfuerzo—. La Guardia de *Brunce*...

—«La Guardia de Brunce, la Guardia de Brunce». —El soldado lo imitó con voz de idiota al acercarse. Tomó a Maese Cortes de la camisa y olisqueó—. Hueles a borracho, pero parece que no olvidas las noticias. ¿También sabes que lord Ruùd te anda buscando?

—¿Mi cadáver?

—En el peor de los casos. Cree que te escondes bajo montones de fiambres. Dice que eres hábil en la manera de los cobardes y que por tu cuenta no regresarás.

—¿Y *cué* harás *ahura cue* me *encuntraste*? —Mòrwin esbozó una sonrisa—. ¿Le dirás *cue* me apedreaste?

—Cùrr... —dijo el otro.

—No digas mi nombre, idiota.

—¿Te *llamas* Cùrr?

No le respondió. Desvió la mirada antes de refugiarse en las sombras, donde corría un viento refrescante.

—Cuando me recupere *vuoy a buscartue* —dijo Mòrwin— y *harué cue* tu *cuabeza* rueda para *cue* te unas con el *ruesto*.

Estaba ebrio, quizá demasiado, aunque razonaba. Tampoco había olvidado las charlas con los borrachos que andaban por las callejas. «Más de cincuenta casquivas desaparecidas en una jornada y muchos miembros

de la Guardia de Bronce asignados a sus prisiones. Una matanza sin precedentes en Dominio Sangre». Un hecho inconcebible del que nadie dio cuenta. El resto eran disparates. Los rumores corrían entre las intrincadas callejas y afirmaban que un monstruo con la cara destruida había liberado a las pelanduscas. Otros decían que las putas se habían confabulado para huir mientras *aquello* mataba a los guardias. Las descripciones eran diferentes a lo que Mòrwin había visto. Una criatura que renqueaba con el cuerpo velludo y que sangraba a borbotones por las escápulas. También hablaban de sangre negra. Los infundios morían en la última hilera de antorchas que separaba los páramos del resto del No Mundo. Allende el litoral, allende lo oscuro, no quedaba nada salvo eriales, muerte, huesos y antiguos caminos marcados con teas apagadas.

Mòrwin miró el panfleto. Las letras eran borrosas. Alzó la vista ante los soldados. El más alto se armó con una roca, pero el otro impidió que se la arrojara.

—Lo quieren vivo y quiero asustarlo —objetó el primero, que lanzó la piedra al adoquinado, si bien esta se deslizó por la callejuela con un sonido ralo, sin alcanzar su objetivo—. No olvides que, si respira, recibiremos más colmillos.

—¿Me *estué* buscando?

Fue un susurro que los guardias ignoraron. Habían tenido que repetirlo para que prestase atención al detalle.

«Me está buscando», pensó, y media sonrisa se dibujó en los labios. El callejón era tan oscuro que resultaba imposible verlo llorar, pero sus sollozos poblaron el vacío mientras la brisa agitaba los charcos.

2

LO LLAMABAN FUERTE DEICIDA, y no era para menos. Antes del arribo de lord Ruùd, señor de la Casa de las Estriges, con su sanguinaria Legión de Sedientos, antes de la conquista de Dominio Sangre, en las ruinas subsistían estatuas de los supuestos Dioses de la Profundidad. Las tribus antiguas rezaban a aberraciones enmascaradas con mitras de hueso y brazos humanos, a entes encapuchados con tentáculos o gusanos gigantes con miles de bocas, cuyos templos cayeron con el arribo de las huestes del lord fata Ruùd vaàl Kràisan nagh Rèngel. En la toma del dominio, los estriges lucharon como posesos. Eran hombres de cuerpo magro que bebían la sangre de sus enemigos y soterraron el recuerdo de viejos jefes. Las estatuas enmascaradas con mitras paganas y más de mil brazos se partieron en pedazos, así como el gusano de infinitas bocas repletas de colmillos y la bestia encapuchada con tentáculos. Los bronceos ardieron. Los soldados lanzaron los despojos por acantilados. Una historia famosa en Dominio Sangre que Mòrwin el Cortado, hijo de una loca llamada Hànsa della Turquète, aprendió de niño.

El muchacho subía ahora los peldaños de la fachada y se cruzaba con estriges que bajaban armados con lanzas, espadones, cimitarras. Otros se protegían los cuerpos con coseletes, hombreras cubiertas de escamas y clámides sujetas por fíbulas con el emblema de la casa de su señor, un cráneo con dos hileras sobrepuestas de colmillos. Muchos de ellos pertenecían a la Guardia de Bronce, motivo por el cual las muertes en los calabozos le volvieron a la memoria: más de cincuenta caídos en casi treinta pasillos y más de sesenta putas liberadas habían sido las consecuencias de

un descuido de vigilancia, y aunque mayordomos, soldados recogedores y capitanes de la guardia acudían a audiencias ante el lord del dominio, Mòrwin no creía que Ruùd lo hubiese llamado por eso.

«Le importo —pensó—. De lo contrario, ¿por qué me haría llamar?».

Se distrajo con un estrige que portaba máscara y un yelmo decorado con cornamenta ramificada. Tras las lágrimas talladas que le daban un aspecto sombrío, un par de ojos lo estudiaban. ¿Por qué siempre se fijaban en sus putos cortes? Y ¿dónde diantres había visto antes a ese soldado? Siguió de largo, al concluir que había juramentado semanas atrás en la plaza de los Colmillos, durante una ceremonia en la que lo bañaron con sangre ante marejadas de fanáticos. Quizá más tarde, en el banquete, el soldado hubiese oído de él. ¿Quién no conocía al hijo de la Loca de la Turquète? Sobre todo, ahora que había caído el brujo.

«Después pude ser yo —pensó Mòrwin—, pero sigo aquí porque la cobardía es una virtud muy grande».

Se estremeció al recordar que todo había iniciado con un bocado en los labios, cuando el feérico besó a la prostituta. Después ocurrió lo inexplicable. La sangre, la muerte, la mirada ardiente de una mujer enferma que había perdido el rostro, y que, después de matar al brujo, lo había dejado vivir.

—¿Nos vemos en semanas y ni te molestas en saludarme? —preguntó Ruùd, que aguardaba ante los brezales. Arqueó las cejas antes de beber de su odre.

—Lo siento, mi señor —repuso Mòrwin.

—Sírrete un poco. Debe de haberte afectado la pérdida.

«No me afectó ver morir a madre. ¿Por qué me afectaría que matasen al brujo?».

Asió un pellejo de la mesa y bebió. Al momento, escupió con un gesto de disgusto.

—¿Qué diablos es esto?

—Bermejo mezclado con sangre. Regalo de los reclutas.

—Me sabe a mierda.

—Como a todos. Lástima que los viejos estriges estén muertos. Ellos apreciaban qué era un buen rojo.

Era claro que Ruùd no hablaba de fatas, sino de hombres mortales.

—Los tiempos han cambiado —dijo el aprendiz—. A los feéricos actuales también les sabría mal.

—No podría estar más de acuerdo. Son unos acomodados que desconocen lo que es conseguir algo por mérito propio. Además, los fatas del dominio creen que venir de buena sangre los hace mejores que gente como tú, incluso que mis escudos y que la Guardia de Bronce.

—Lo dice todo el mundo.

—Porque esa gente ha sudado sangre para escapar de La Oscuridad. Habéis dejado atrás horrores, engendros y otras aberraciones. No en vano muchos de vosotros sois huesos apiñados en las faldas de los montes.

—Yo no escapé de La Oscuridad —respondió Mòrwin—, ni de los abismos ni de los monstruos, por si acaso no te acuerdas.

—Ya, ya, naciste en este lugar, pero, a diferencia del resto, tienes la sangre de tu madre.

«Tarde o temprano me lo dirías. ¿Por qué tienes que arruinarlo?», iba a responder, pero Ruùd le apoyó una mano en el hombro.

—Sé qué piensas decir.

—¿De verdad?

—Te conozco desde que robabas comida cerca de los laberintos, cuando eras un mocoso, pero no te llamé para hablar de temas que tendrías que arreglar solo.

—Como siempre eres sincero, y eso me gusta.

Ruùd le dio un respiro antes de mirarlo con desprecio, como si le molestaran sus palabras. Se acercó mientras el vino le chorreaba por el pecho, una tableta de enjuta carne magullada por viejos golpes. Le sacaba una cabeza de alto. Sus iris eran cetrinos y una maraña de huecos preñaba la parte derecha de su frente y de su mejilla, recuerdo de una maza con púas a la que había sobrevivido. Mòrwin lo conocía demasiado bien, más que a otros estriges de antaño y, aunque el tiempo había fortalecido sus lazos, no eran tan fuertes para que lo viese como modelo.

—Tu madre arribó a Dominio Sangre cuando pensábamos que era imposible sobrevivir —dijo el feérico al retirar su mano—, pero tú estás tan ciego que no entiendes el potencial de tu familia. ¿Crees que en vano le exigí a Lårsa que te ordenara? Hazme el favor, Mòrwin.

—Solo recuerdo que me dijiste que lo espicara porque siempre fue un lacayo despreciable.

—Más que eso, era celoso con su trabajo, un presumido y un cascarrabias. Por tanto, debía tener otro par de ojos vigilándolo.

Tras encender una antorcha, le indicó que se acercara y se dio la vuelta rumbo a un túnel.

—¿A dónde vamos?

—A un sitio donde no has estado antes.

Siempre hubo sospechas de que el brujo no era fiel con el lord del dominio y, ahora que estaba muerto, Mòrwin lo confirmaba. Pasaron por un pasadizo hasta llegar al tanatorio de la ciudad. En la fachada se distinguían

cráneos tallados, huesos, rostros partidos, y cuando entraron, el cadáver amarronado de Lârsa aguardaba sobre una mesa.

—Ordené traer sus restos porque merece un crematorio digno —dijo Ruùd—, aunque sobre él recayese la sospecha de la traición.

—Si me lo hubieses dicho antes, habría obrado...

—Eso ya no interesa. Lârsa fue responsable de que mi ejército creciera como la espuma tras la toma del dominio, gracias a su idea de incluir en nuestras leyes un derecho para que los soldados tomaran putas, algo que en su momento me hizo descojonarme. —Lo miró sonriente—. Creí que no daríamos abasto, pero me equivoqué. Lo otro fue su puto nudo con la oscuridad.

—Creí que eras tú el de la oscuridad.

—No he tenido esa suerte, pero a veces debemos conformarnos con los premios que nos da el infierno. —Ruùd hizo una pausa y una rata chilló—. Tener un nudo con Lo Oscuro es un extraño talento, y gracias a ello Lârsa aprendió a cazar horrores mejor que todos, aunque le faltasen huevos para pelear con nuestro ejército.

—Siempre dije que se equivocó al dejártelo, y no me digas que...

—¿Piensas que fue un error?

—Para él, en absoluto.

—¿En serio?

—Seguro que hubiese llegado más lejos que tú, pero hiciste bien tu trabajo y tras todos estos años se notan las consecuencias. Eres el arconte del dominio, te granjeaste no solo el temor, sino el respeto del pueblo, muchas mujeres, y todo lo bueno que supone el poder.

—Así como todo lo malo. —Golpeó la pared mientras caminaban—. La traición y la desconfianza siempre han oído a ramera.

La sonrisa de Mòrwin se desvaneció. En su tiempo de servicio nunca había sospechado que Lårsa no se entendiese con su señor, pero sus ideas palidecieron al seguir el camino. Cerca de las grietas, donde abundaban minerales ferrosos como piedraoscura y espectrita, era un mundo distinto, así que, centrado en cumplir recados o en coquetear con mujeres que huían de la Profundidad, no tenía tiempo para nada, salvo...

La ramera.

«Càliss».

¿Por qué había permitido que matase al brujo? ¿Por qué lo asaltó una conmoción cuando se besaron, y más tarde, por qué el alivio en cuanto el reguero carmesí manó de Lårsa? Una jornada más lejana, en la que unos asesinos acribillaron a su madre durante su niñez, en la que estriges enmascarados vertieron sus pasiones sobre el cadáver de Hànsa, él sintió lo mismo. Mòrwin se había topado con la muerte que pasaba por su lado como si no importase. Cargaba recuerdos de cortes, traumas y oscuridad que crecían en su corazón como un vacío que buscaba por instinto.

Miró las telarañas mientras marchaban cuesta abajo ante ratas amontonadas que no quitaban los ojos del lord. Se cubrió la nariz por el hedor. Lo más parecido era entrar a la forja con los recados. Una vez le entregó a Lårsa un libro de otro recinto y en cuanto corrió la puerta el tufo lo sofocó. Lo mismo ocurrió cuando el feérico descubrió una grieta de donde huían mujeres, hombres y niños. Eran años aburridos, y estar al servicio de un fata que lo quería lejos, que mezclaba sustancias con metales derretidos y desgrasaba cadáveres tras procesos complejos, no lo hacía mejor. Lårsa era una mierda de maestro al que había deseado cargarse cuando creyó que dormía con Càliss.

—Pensé que estabas acostumbrado al olor —dijo Ruùd al entrar en las ruinas.

—Lårsa nunca me dejaba ir debajo de la forja.

—¿No?

Lo había dicho antes. En consecuencia, no respondió. Agachó la cabeza tras recogerse la túnica. El suelo desnivelado estaba atestado de grietas, como si un terremoto hubiese dejado su huella, y las ratas gruñían a los pies de un ataúd. Quiso apoyar una mano, pero se detuvo ante el calor. Una humareda espesa rodeó el artefacto, de modo que los roedores se marcharon.

—Ahora entiendo. ¿Esto es lo que el brujo escondía abajo?

—Eso creo. —Ruùd levantó la antorcha y las ratas se hicieron a un lado—. Mira.

La cosa que temblaba en un rincón no tenía piel. Los cabellos se le habían caído y unos mechones seguían pegados a su cuero cabelludo. Se cubrió con las manos tras enseñar los dientes, pero se veía tan débil que hasta Maese Cortes podría someterla.

—¿Una mujer? —susurró, y el fuego se agitó.

—Eso parece —dijo Ruùd—. Una en muy mal estado.

Mòrwin aguardó mientras el lord le entregaba la tea. No supo para qué, pero la sostuvo. El fata, con el rostro burlesco, caminó hacia la criatura y se detuvo ante el fuego. Pareció oler su miedo y disfrutar como si viese a esclavos sometidos ante un ente con poder. Una sensación que Mòrwin creía saborear, mas no estaba seguro. Ruùd acarició el rostro de aquella cosa con el dorso de la mano.

—Dicen que los mortales no están hechos para los dioses —dijo antes de volverse al chico—. ¿Crees eso, muchacho?

No pensaba contestarle. Tampoco sabía qué decir, aunque estaba seguro de que el feérico lo veía como un esclavo.

—Supongo que sí.

—Yo creo que se equivocan.

Ruùd tamborileó con los dedos sobre el pecho de la prisionera. Las uñas terminaban en punta y rasgó su carne hasta derramar sangre. Ella tembló. Un líquido lacrimoso resbaló por sus mejillas antes de que el fata le tomara la cabeza con la mano izquierda. Tras sostenerle la tráquea con la diestra, enterró las uñas y dos regueros se derramaron. La criatura dio patadas al tiempo que Ruùd la acercaba a sus labios. Bebió cuanto pudo y, tras acabar, soltó el cuerpo, que se desplomó cono una muñeca sobre las rocas. La mirada del feérico era de satisfacción, y Mòrwin aguardó bajo su sombra. Ratificó que, ante los feéricos, los mortales solo podían rendirse, mas su certeza era tan débil como su valor.

—Pásame el pellejo —dijo Ruùd—. Aún queda sangre.

Mòrwin asintió.

—Como digas —repuso al ver el cadáver, y ese fue el inicio de un camino con espinas que recorrería los días venideros.

3

LA FORJA HEDÍA A QUEMADO. Mòrwin maldecía ante montones de documentos, sentado en la escribanía. En las paredes, sobre runas grabadas en piedra ferrosa, se formaban sombras de martillos, yunques y tenazas mientras los braseros calentaban la estancia. Durante seis jornadas se había apropiado del recinto, y la pestilencia que procedía de la carbonera contribuía con su mal humor. Era imposible librarse de ella, incluso al cubrirse con estropajos. Las tripas le rugieron antes de que apartase el puchero con vísceras.

«Comida de mierda. Si Ruùd me apreciara, mandaría mejores potajes, pero seguro que está borracho sentado en su silla».

En realidad, el arconte lo estimaba como a un hijo y se había convertido en su tutor antes de que en sus huevos empezaran a brotar los primeros pelos. Gracias a él, aprendió a leer y escribir runas y, aunque no destacase en el arte de la espada, lo entrenó con estriges para pelear con los puños y el arco. No obstante, Mòrwin nunca lo quiso. Creía que Ruùd lo veía como un objeto, así como veía a su madre en vida.

—Nunca confíes en el bebedor de sangre —le dijo ella en una ocasión, y él había obedecido.

A sus once años había visto al feérico despanzurrar a un soldado por contradecirlo. Meses después, violar a dos fatas ante los restos de sus amantes, y cuando se sentaron en torno a una fogata, en un recorrido por los abismos, lo vio estrangular a algo que salió de la negrura. En su rostro se había dibujado una gran sonrisa. «Vivimos en el infierno —había dicho después— y debes aprender a amarlo». No serían las únicas veces que lo

vería derramar sangre de monstruo ni de mortal, pues había hundido los dedos en el cuello de la mujer calva. «Los mortales no están hechos para los dioses». ¿No era eso lo que había dicho? Y las palabras se cincelaron en Mòrwin para recordarle que él también lo era y que su madre tenía razón.

Apartó el puchero tras pasar de página. Era uno de los cuadernos de Lårsa. Torció el gesto ante los símbolos.

—No comprendo nada —musitó.

¿Cómo saber qué escribía?

«Algo sabrás. A fin de cuentas, fuiste su aprendiz».

La presión que Ruùd ejercía sobre él lo atormentaba. Desde que lo envió a relevar al brujo, desde que le ordenó quedarse en la forja, supo que su nuevo oficio le costaría, y como antes recogía metales o entregaba recados, no aprendió nada salvo a divertirse con criadas. Se rascó la barbilla. La hermana de Càliss, una sirvienta llamada Lÿssej, quien le traía la comida, le había dicho que desde que Lårsa murió nadie accedía a su carbonera, ni siquiera ella, y que el brujo no se había llevado las llaves a la tumba.

Se volvió a la puerta de la que venía el olor. Seguro que dentro encontraría las piezas que encajaban, mas si no entraba por las buenas, menos por las malas, ya que el portón estaba construido con capas de hierro que ni Ruùd había quebrado pese a golpearlas con garrotes.

Si entraba, ¿confirmaría la tesis de su señor? Era la pregunta que se formulaba para luego responderse que era evidente.

No bastaría con revisar cuadernos, así contuviesen diseños de sarcófagos de piedra ferrosa como el que encontró en las ruinas, manivelas o un sistema complejo con palancas e inscripciones rúnicas. Se distrajo cuando Lÿssej puso el plato con hongos junto a las velas.

—He pensado que tendrías hambre. —Le tocó los hombros por la espalda —. ¿No quieres relajarte?

—Son las palabras de tu hermana.

—Hemos dormido juntos cuando ambos follabais, y nunca dijiste quién lo hacía mejor. Una vez, borrachos, tendidos en la piedra...

—No me acuerdo, y si no me acuerdo, nunca ocurrió. —Le apartó las manos antes de volverse—. Càliss lleva una semana convertida en esa cosa con hocico y vienes a coquetear conmigo. Dijiste que me traerías comida y noticias.

—No tienes que ser grosero, maldición. —Ella caminó por la escribanía. Tenía los mismos cabellos y ojos que la otra ramera, y vestía una túnica traslúcida que ondeó al reclinarsse en la mesa, revelando una silueta igual de incitante—. Las cosas andan mal allá arriba. Los rumores se esparcen.

—¿Los estriges aún piensan que Càliss murió?

—No tienen dudas, ya que eso acordamos.

—¿En serio?

—De mi boca no ha salido nada. Además, solo era una puta.

—Una puta especial.

Fue un susurro apenas.

—¿Especial?

—La puta de Lårsa. ¿Quién no conoce a la puta de Lårsa?

Hubo un silencio mientras la chica fruncía el ceño.

—El brujo nunca se la follaba.

—Y por eso me prefería.

Si Càliss era explosiva, Lyssej lo era más, aunque entonces se contuvo. Desde que manchó la piedra tenía ojos para él, y una vez le dijo que no iba

a perderlo, pese a sus desprecios.

—Ellos no diferenciarían a Càliss de mí —dijo ella después—, pero tú eres distinto. Para los soldados las mujeres del dominio no somos más que un coño con el que apagan sus pasiones, pasada la guerra.

—Y después de un banquetazo, muñeca. ¿Dónde demonios está el vino?

—Sobre la mesa, tras los libros.

Quiso coger la copa, pero se resbaló. Era duro fingir ante alguien que lo apreciaba, si sumaba sus problemas. No toleraría dañarla, a sí mismo, o a ambos, aunque siempre se prefería antes que al resto.

—Mientras los estriges no sepan que Càliss se convirtió en eso —respondió—, todo irá bien. Los soldados no sirven al dominio por su gobernante, sino porque, aparte de comida y techo, disponen de... ya sabes. —«Mujerzuelas», quería decir—. Pero eso cambiará, si descubren que Càliss es el monstruo que se cargó a la guardia.

—Si no mojan la polla...

—No tardarán en llevarse sus armas, creo que te lo había mencionado.

—Y también que era algo confidencial. —La chica torció el gesto—. ¿Por qué me metiste en esto?

—Porque, a diferencia de todos los demás, eres de confiar, creo, y porque un hombre necesita una mujer para contarle sus demonios.

—Los demonios que antes seguro le echabas a ella.

«A ella sí que le echaba algo —pensó Mòrwin con una sonrisa—, pero si te lo digo seguro que te enfadarás».

—¿Cómo se te ocurre? A ella, jamás.

—Supongo que a tu manera debe de ser un cumplido.

—Últimamente se me da bien, pero ahora durante el ocio pienso en por qué se deformó el rostro de tu hermana y en qué andaba metido Lårsa. —En

realidad lo sospechaba desde que bajó con su señor a esa mugrosa tumba, cuando comprendió el otro lado de las cosas—. Y para eso, Lÿssej, debo entrar a la carbonera, donde el brujo no dejaba acercarse ni a Ruùd.

—Puedo buscar la llave, si tanto te importa.

—¿Lo harías por un viejo amante?

—Ni por uno nuevo ni por uno viejo. Solo limpiaba esta pocilga. —Se le acercó—. ¿Por qué no sales, te relajas y me dejas hacer mi magia?

—Creía que la hacías con tu boca y en el catre, eso dijiste la primera vez.

—No me acuerdo, Mòrwin, y si no me acuerdo, nunca ocurrió.

Él se rio al comprender que lo imitaba.

—Hace un rato te dije que, si querías, podríamos acostarnos —ofreció la moza.

—Lo sé —dijo él tocándose la cara para sentir los cortes—, pero este asunto es difícil. Las ideas vuelan desde que te conté sobre el sarcófago y este jodido cargo.

No era lo único que lo tenía intranquilo. Encerrarse en una mazmorra no evitaría aquello que más temía, y si las tropas no daban con Càliss, debería acompañarlos, pues era el único que había visto al monstruo.

—No quiero morir. —Fue un susurró tímido—. ¿Sabes si hay más caídos?

—¿Temes a la muerte?

La mujer sonreía.

«No exactamente, pero me mandarás a tomar por el culo si te digo que es por tu hermana».

—¿Lo hombres no tenemos derecho?

—La gente sigue muriendo arriba, Mòrwin, acostúmbrate. Desde que Càliss liberó a las putas han hallado más cuerpos de mesnaderos y de la Guardia de Bronce. Por cómo pintan las cosas, dudo que algo cambie.

—Supongo que tienes razón.

Se puso en pie y se aproximó. Ella lo miró, dio un paso adelante y sus rostros se acercaron hasta rozarse los labios. Cuando intentó recortar distancias, Mòrwin se apartó y caminó hacia el umbral.

«Cuando vuelva —pensó con la cabeza gacha—. Entonces tendré más tiempo, y si consigues la llave quizá hasta me olvide de tu hermana».

No podría, claro que no podría. Pasado un rato pensó en ambas. Por un lado, Cáliss, una leona con melena de fuego que despertaba sus instintos. Y por el otro, Lyssàris, la joven rebelde y de corazón cálido a quien no quería zaherir. Esa jornada, pasado su encuentro, finalmente la abandonó. Luego visitó los pasillos treinta, treintaiuno, treinta y dos y aquellos donde la guardia fue despachada, ahora custodiados por más de seis hombres por pasaje, armados con luceros del alba. El fuego flameaba en antorchas, pebeteros y braseros. Al pasar por las celdas imaginó los gritos de los caídos, y en cuanto los vigías lo vieron inclinaron la cabeza, mas no precisamente por respeto.

«Ahí viene Mòrwin el Cortado, Maese Cortes, el Protegido del Dominio, hijo de la Loca della Turquète. Mòrwin Cien Mil Padres y Ciento Un Mil Padrastrós», podrían pensar, y era natural.

Si esos cabrones envidiaban su suerte, ¿para qué compadecerlos? Además, si Ruùd moría, querrían matarlo, y los fatas del dominio conspirarían para quitarle sus riquezas. ¿Por qué no lo mandaba todo al abismo y dejaba que Ruùd resolviese sus problemas? Se distrajo con las runas de los Primeros Hombres grabadas en las paredes. Quiso largarse, y más tarde, cuando volvió a la forja, no encontró ni a Lyssàris ni a la

grandiosa llave, de ahí que terminase junto a una ruma de papeles arrimados en la escribanía, batallando para no dormirse. Las palabras del feérico junto a la tumba resonaron en su interior. ¿Por qué diantres? El hombre a veces debía rendirse, no importaba si contaba con una Lyssàris para echar sus demonios. Ella oiría sin traicionarlo. Porque lo amaba. Porque en cierta medida era tonta y haría lo que fuera por él. ¿Era correcto mostrarse agradecido? Buscó el odre y bebió sin sacar al feérico y a la tumba de su cabeza, ni menos aún las monstruosidades ocurridas en ese maldito sitio.

RUÙD RESPIRABA JUNTO AL CADÁVER mientras las ratas correteaban. La colonia se acumuló para trepar por su espalda, celajes de humo serpearon por su cintura. Siempre lo precedía la muerte, la sangre, la desolación, mas Mòrwin nunca hubiera esperado que apiolase a la mujer para probar el brebaje rojo.

«Es un bebedor, un bebedor de sangre, como esos antiguos monstruos».

Los chillidos volvían mientras el chico recordaba el blasón de su casa: el cráneo de una estrige con dos hileras de colmillos, raza demoniaca de piel pálida, cuerpo esquelético y membranas de la que el arconte cogiese el gusto por la sangre. Durante un recorrido por Montecadáveres, una región rocosa fuera del dominio, ambos habían hablado de los pueblos abisales, de las estriges y de la eterna Oscuridad, aunque poco se grabase en la cabeza del chico. Inclinarle y oír su voz, mirar sus dientes y una lengua que convocaba tormentos, guerras y marejadas de preguntas le parecía catastrófico.

«Tengo miedo», pensaba de niño, mas no por pueblos que escapasen de las tinieblas para arrimarse al fuego, ni de alimañas que vomitase La

Oscuridad. Su temor surgía de supersticiones que había inventado la raza mortal.

—La Oscuridad respira, grita y sufre —repetían los adeptos—. La Oscuridad anida allende el fuego, pero cuando se apaga, incuba cerca. Allá a donde van las ratas para no volver, allá a donde van las ratas, siempre acecha.

Mòrwin tembló al recordar, y reculó cuando Ruùd apoyó una mano en el féretro. El fata cerró los ojos mientras se quemaba, aguardó hasta gritar rodeado de pebeteros apostados en torno a la tumba. Tras retirar la mano, sonrió como quien acaba de tener un orgasmo. La piel se había chamuscado. Una tira de carne bailaba desde la palma hacia abajo. ¿Cuántas veces lo había visto torturarse? ¿Cuántas habían bebido juntos antes de que arrancase de un mordisco la cabeza de un roedor? ¿Y cuántas, tras escupirla, se había partido de risa? Con la mano sana recogió el cadáver por el cogote, se lo acercó al rostro y lo besó.

—Soy la encarnación de la humanidad.

—Probablemente de los más puercos —susurró el muchacho, en vano, pues fue escuchado.

—Es lo que critican muchos —admitió el bebedor de sangre—. Los fatas antiguos quieren que abdique para que otro ponga su culo en la Silla de los Cien Huesos, porque dicen que tu raza y yo nos parecemos.

—¿Pero eso no te gusta?

—No me gusta renegar. Esos feéricos pueden irse a tomar por el culo.

—¿Los conozco? Nunca vi a otro fata que pasee por el dominio que no sea un escudo juramentado ni que tenga los ojos puestos en tu silla.

—Son viejos amigos —respondió Ruùd—, pero dudo que los conozcas y que intiméis mientras vivas. Se trata de fatas arcaicos como yo, y, como

casi todo arcaico, moran en la oscuridad sin necesidad de coquinas antorchas. Lo importante —continuó el lord— es que Lårsa ha muerto, y eso me favorece.

—Te deja campo abierto para meterte en tus asuntos.

—Buena observación. Sabes que me fastidia depender de otros, y creo que a algunos en mis zapatos les molestaría. Tras enviar a mis ratas a la forja creí que bastaría para conocer los secretos de Lårsa, aunque más tarde descubrí que él las envenenaba. Luego, cuando te mandé, pensé que averiguarías cosas.

—Era solo un mocoso cuando el brujo me aceptó. ¿Qué esperabas?

—Lo que sea, y seguro que él se dio cuenta, pero no te culpo. Con el tiempo cometí error tras error hasta encontrarme en un estado que rayaba en la demencia. Luego ocurrió lo de su ramera y finalmente murió.

«Murió», quiso repetir Mòrwin, pero la palabra no salió de su garganta.

—Lástima que se llevase sus secretos a la tumba —continuó el feérico—, pues ahora he de averiguarlos por otros medios, antes de que me debilite y de que mis contrarios se enteren.

—Supongo que eso te preocupa.

—Puedes llamarlo precaución. Los cabrones prefirieron a Lårsa porque tenía un nudo que les daba ventajas. En cambio, yo me entiendo con murciélagos y ratas.

—Los hombres te temen, Ruùd. A mí me desprecian por mi suerte y por mi maldita cara. En cambio, acatarán cada uno de tus mandatos.

—¿Y eso qué importa?

—Si una jornada te levantas de mal humor y les ordenas que acaben con los arcaicos, jamás lo discutirán.

—Puede que tengas razón. —Ruùd se mordió las uñas—. Pero no es algo sencillo. Luchar contra los antiguos es enfrentar a La Oscuridad, pues no sabemos dónde andan. Si mi gente se marcha, caerá, y no puedo permitírmelo. —El fata arqueó las cejas, y, casi por instinto, palmeó el ataúd—. Creo que hablamos demasiado de mis problemas. ¿Sabes para qué sirve esta puta cosa?

De pie y en silencio, Mòrwin miró las inscripciones en la tapa.

—Imagino que para enterrar cuerpos o guardar tesoros.

—No —repuso el feérico—. Te voy a enseñar cómo funciona, y luego, para qué se usa. Acércate, hijo, y pon toda tu atención. Estoy seguro de que me lo agradecerás en el futuro.

IGNORABA CUÁNTO HABÍA DORMIDO en la silla. Al empezar a leer los escritos de Lårsa, comenzó a cabecear. El sueño lo vencía tras haber bebido varios odres de vino. Se cogió la panza ante los muros decorados con pieles de monstruos y admitió que el brujo tenía buen gusto. Pasaba las jornadas en el depósito, mas nunca se aburría de las armas en las panoplias. Por un lado, alabardas y bardiches de acero, espectria, metalita, clavelita, condrita y marficoria con punta de hierro ígneo; por el otro, espadas, mandobles, montantes, espadones y bastardas. Había un sitio para las mazas y otro para rodela, broqueles, paveses y tarjas. En un arca con telarañas se acumulaban yelmos de la Guardia de Bronce y en otra unos con cimera piramidal de los Escudos Juramentados. En la esquina descansaba un arcón con grebas, quijotes y hombreras, pero los guantes se guardaban al final. Eran de hierro. Si los usaba en las prácticas, atajaba cortes sin miedo a lastimarse. Una sensación incómoda, mas no tanto como aquella en la tumba ferrosa.

Recordó la peste cuando Ruùd dijo que debían triturar muertos para que el féretro funcionase y descendieron a una fosa.

«¿Lÿsseï?», pensó al oír un golpe contra el metal, y se desvaneció el recuerdo.

¿Dónde estaba? ¿Y cuándo había dicho que buscaría la llave? Si bien se vieran antes y habían bromeado, comido y bebido como con otras muchachas, sentía diferente.

—¿Lyssàris? —llamó.

El ruido se detuvo cuando una figura se volvió tras una columna. No vestía como puta, sino loriga sin mangas, pantalones y máscara con cimera coronada con astas. Caminó hacia la escribanía. Mòrwin se frotó los ojos para aclararse la visión.

—Los soldados tienen prohibido entrar a esta forja. Número de regimiento y capitán de legión —solicitó.

El hombre oyó, rígido como una estatua. Sus brazos quemados sorprendieron al lord, que movió la silla con el culo. Quiso ponerse en pie, mas permaneció sentado por la altura del visitante.

—Número...

—Cuarenta y siete —atajó el recién llegado—. Capitán de legión, Leugnès.

—Las tropas de Leugnès fueron a cazar hace jornadas, y...

—Volvieron. Con la cuarta llama. —El habla era pausada—. Me enviaron a buscar. A Mòrwin della Turquète. Dijeron que estaba. En Forja Profunda.

«¿Por qué cojones no se mueve? ¿Por qué habla así?».

—Nadie entra a Forja Profunda —repuso.

—¿Mòrwin?

—El estrige del dominio con más cortes en la cara, sí. ¿Eres el nuevo emisario?

—Caèdnes cayó.

—¿Eres el reemplazo?

—Me llaman Làgrimas.

—Eres raro, Làgrimas. ¿Dónde coño te he visto antes? ¿Intentas hablar como alguien normal?

—Define «normal».

Mòrwin sonrió.

—¿Tienes un recado para mí? —preguntó.

—Leugnès murió. Se lo comieron los monstruos.

«Ahí vamos de nuevo».

—La mesnada del este. Se descompuso. Y el capitán segundo. Lòcnes de Lènfer. Te quiere. Con nosotros.

—¿Algo más que saber?

La máscara reflejó el fuego y Mòrwin reconoció el grabado. Era el mismo estrige juramentado con el que se había cruzado al arribar. En ese momento, cuando sus miradas se cruzaron, no pensó que tuviese taras.

—Ruùd dice que lo has visto —respondió Làgrimas, y Maese Cortes frunció el ceño.

—¿Cómo?

—Yo no. Ruùd dice. Lo has visto.

—¡Mòrwin! —En cuanto la voz de Lÿssej se alzó, cantaron las flamas. La joven portaba una antorcha al acercarse.

—Supongo que el cabo Làgrimas te ha dado noticias —le dijo al soldado —. De Lènfer quiere que vuelvas para confirmar reportes.

—¿En serio?

Movió los ojos hacia la criada y, al aproximarse, se inclinó para mirarla. Parecía un gigante capaz de arrancarle la cintura con la mano. Fue a las escaleras tras un instante de quietud. Mòrwin no pensó que se iría rápido, pero, así como lo encontró, también se esfumó.

—Un tipo raro.

—¿Qué te dijo?

—Apenas pude entenderlo, pero creo que las tropas andan cerca de tu hermana, y que los cabrones me han convocado.

—Los informes de otros abundan. Es distinto a la jornada anterior.

—Son los putos nuevos tiempos.

—La mesnada de Leugnès —siguió la mujer— se desarmó cuando enfrentaron a los monstruos. Muchos han vuelto. ¿De verdad te necesitan?

—Si hay alguno más cerca...

—¡¿No me estás oyendo?!

—Pensaba que solo había uno, joder.

—Han aparecido otros, pero no como el tuyo. Imagino que vas a negarte.

—No quiero ir, Lyssàris. Te lo he dicho hasta hartarme.

—Eso no basta.

—¿Entonces?

—Quiero que te niegues.

—¿Cómo?

—A ir.

«La gente quiere muchas cosas —pensó Mòrwin sonriente—, pero jamás se consiguen todas. No quiero partir y que me almuerce una criatura, pero he de asumir lo que me corresponde. Tu hermana, lamentablemente, yace

en el monstruo que mató a Lårsa y a la Guardia de Bronce, si es que *aquello* no la consumió antes».

—No puedo hacerlo —repuso—, y creo que ir es... lo correcto.

—¿Y desde cuándo haces lo correcto?! —Lyssàris torció el gesto. Le tomó de la muñeca por impulso.

—Suéltame. —La voz de Mòrwin era serena—. ¿Qué haces?

—Mòrwin.

—No te entiendo.

—No tienes que hacerlo.

—Ya.

—Es por Càliss, ¿cierto?

«Sí, díselo y sé un experto en destrozarle el corazón».

—Para ti es como si no hubiera pasado nada —le dijo—, porque no estabas ahí, pero de haberla visto convertirse...

—Calla.

—No sé si lo entiendes. Ella mató a Lårsa y a otros cabrones de la maldita guardia, pero al pasar por mi lado me ignoró.

—Estaba oscuro. ¿No dijiste que no te vio?

—Eso hice, pero mentí. Me vio, y después se marchó como si no existiese.

Se extendió un silencio tan sepulcral como breve, que Lyssàris se encargó de romper.

—Eso de ahí fuera no es Càliss, Mòrwin.

—Claro que no.

—Cuando los estriges la vean, cuando las compañías la encuentren...

—La matarán.

—Sí, pero creo que no lo entiendes. Cuando lo hagan...

—¿Es todo lo que tienes que decir, Lyssàris?

—Siempre quedan cosas —se amostazó la furcia.

—Pero no se te ocurre nada. —El muchacho respiró hondo antes de continuar—. Cuando regrese...

—¿Qué harás?

—Por supuesto que no haré nada, pero tú no olvides la llave.

—¡¿Qué acabas de decir?!

—Que no olvides la...

—¡Eso lo entiendo, idiota! —La mujer lo abofeteó—. ¡La llave! ¡Al diablo con tu mierda de llave!

Permaneció quieto ante la sombra de las panoplias hasta que ella se marchó. Ignoraba cuál de las dos hermanas tenía peor carácter, pero sabía quién le había enseñado a valorarse. Se palpó las cicatrices. Sintió que lo aplastaba el recuerdo de su madre. Cuando el silencio empezó a cobrar un peso casi sólido, solitario en la sala, supo que enfrentaría profundos miedos y que no vería de nuevo a ninguna de las putas. Fuera del dominio aguardaba La Oscuridad. Los monstruos que nacían de ella, y no importaba con cuántos marchase. El riesgo de no volver, para toda su compañía, sería alto, realmente alto.

4

—¿A QUIÉN TENEMOS AQUÍ? —El mariscal se volvió hacia el chico.

No esperaba que se presentasen, pues Jòris lo conocía, y también a su protector.

Làgrimas resaltaba por su máscara negra y la astada cornamenta, mientras que Mòrwin, vestido con cuero endurecido, envuelto en capa bruna, parecía un enclenque a su lado. Si bien él no estaba fraguado para la guerra, su madre, como virago que era, había combatido contra monstruos en la Profundidad. La panda tampoco era ajena a las hostilidades, y aguardaba bien provista de antorchas y luceros del alba. Vestía clámides de seda que flameaban ante al viento abisal. Pese a ignorar la procedencia de las corrientes —de la que tantos especulaban en añejos manuscritos—, prefería marchar ligera, pues escalar Montecadáveres suponía gran riesgo.

«En los pies no tendrás problemas —había dicho Ruùd—. Los muertos no descienden hasta abajo. En cambio, en la ladera, los brazos salen de la piedra y querrán empujarte. —Mòrwin no lo creía, aunque las tierras exteriores eran regiones ignotas—. Solo el fuego alejará La Oscuridad. No lo olvides nunca».

—¿Tenéis vuestras antorchas? —preguntó Cinocéfalo, y sus compañeros se burlaron entre bromas.

Cada soldado contaba con cuatro teas envueltas en tejido alquitranado y se guarnecía con un macuto con material de escalada. Entre ellos destacaban dos maestros trepadores como Grùia el Sombrío y Jårr Møryn, además de Cabeza de Perro, Làgrimas y Jòris Cujsàcc, el mariscal de la mesnada, que miraba a Mòrwin con son de burla.

«Vi morir a madre y después a Lârsa. ¿Por qué no a este cabrón?».

No era un secreto que estorbaba ni que muchos estriges lo excluían, a diferencia de a Làgrimas, a quien precedía su fama, pues, gracias a sus mañas, una cantidad ingente de monstruos había ardido en campañas previas. Los mayordomos se dispusieron a girar las manivelas para abrir las rejas y que el ala de Jòris emprendiese la partida. Cinocéfalo peyó, y la compañía rio. Se volvió a Mòrwin, que había oído rumores sobre el fracaso de la empresa por culpa de los gases del mesnadero.

—Con tal de que no atraiga a los monstruos —dijo Cabeza de Perro—, dará igual. ¿No te parece, Renacuajo?

—Estoy de acuerdo. —Por tercera vez en la jornada le decía «renacuajo», y ni siquiera habían empezado—. Porque si la cagas de nuevo tu cabeza será la primera en rodar.

—No busques problemas, amigo —intervino Grùia, pasándole la mano por el hombro al muchacho—. Es un perro que ladra siempre, pero no te morderá. ¡Y tú! —Se giró hacia Cabeza de Perro—. ¡Controla tu estómago! ¡Si por tu culpa viene una de esas...

—Agradezco tu esfuerzo —cortó Mòrwin al tomarle de la manga—, pero es innecesario.

—¿Seguro? ¿Qué puede hacer contra ese el protegido del lord?

—Nada, pero cuento con el mejor carnicero del destacamento de De Leucnès.

—¿El que habla como chalado?

—Su nombre es Làgrimas, y se ha convertido en mi guardia. Si esos cabrones me hacen algo, Làgrimas, dinos qué harás.

—Cumpla solo órdenes. De lord Ruùd —respondió—. Si mueres. Las cabezas de todos caen. Si te agreden. Si te abandonan. Os busco. Y os mato.

A todos.

«Definitivamente, el sujeto me gusta».

—Ya habéis oído, camaradas —dijo el cortado al resto—, y si no comprendéis, que os den. Además, cualquier provocación será considerada amenaza.

Se sentía seguro con el de la máscara y unos fantoches como contrarios. Cabeza de Perro y Jòris no eran guerreros mordaces, mas su fama se aferraba de una anécdota curiosa en la última campaña. El perro, un lancero escuálido que usaba un casco que imitaba la forma de la cabeza de ese animal, había alertado con una ventosidad a los monstruos que liquidaron a la antigua tropa en medio del silencio, mientras que el otro era un capitán ambidiestro, curtido en los baldíos. Como viajaban en la retaguardia del destacamento de De Leugnès, durante la barahúnda no aparecieron en la batalla hasta que unas icormòri —una clase de formas—, monstruos conocidos como «doncellas de grumo», los cercaron por los flancos. Por suerte, contra todo pronóstico, ellos y unos cuantos escaparon.

—Estáis advertidos, señores —se burló Mòrwin—. ¿Alguna pregunta?

—¿Te piensas callar? —dijo Jòris desde el frente.

—Considera con quién hablas, u ordenaré a Làgrimas que te corte las manos.

—Los estriges veteranos somos duros de roer, y tu amiguito, el enmascarado, no me intimida. Pinchará en hueso, y los exploradores no se interpondrán.

—¿Acaso amenazas a mis nuevos camaradas?

—Relájate, muchacho —repuso Grùia en la penumbra—. Hemos lidiado con tíos menos espabilados.

—Ahora conviene callar —atajó Jårr—. Lo que aguarda demanda nuestra atención, sobre todo si escalamos el puto monte.

Jòris soltó una carcajada y se alejó. Quizá intuía que pelear era innecesario. Seguir un sendero que los Primeros Hombres habían marcado con antorchas era un plan arriesgado, mas los estriges aguantarían, si las icormòri no los doblaban en número. En el trayecto encenderían las teas para evitar a La Oscuridad, y pasada una marcha sobre senderos pedregosos, manchados de légamo, horrruras y sustancias viscerales, escalarían la montaña por otro camino marcado con antorchas. La pregunta era si bastaría para que las tropas de De Lènfer sitiasen el monte.

«Vamos a por ti, Càliss. Espero convencerlos de que no te maten, y a mí de que sigues siendo la misma dentro de aquella cosa».

La idea no era descabellada. Cuando Lårsa se desangró, ella lo había reconocido antes de largarse. ¿Cómo olvidar sus ojos ahogados en confusión, bañados en vergüenza, o sus caricias, sus palabras y los gestos que hacían que se valorase? La piel que envolvía a la casquivana vuelta fiera no era natural, sino un artificio del Brujo de la Forja; un experimento fallido, hechicería o una enfermedad. Debía de serlo. Mòrwin estaba seguro de eso, y también de que era mejor ignorar a Lÿssej o lo que Ruùd pensase, pues la mayor de las rameras le había dicho una vez, tendida junto a él en la cama, que era tonto preocuparse por su exterior. Qué ironía que hubiese cambiado.

«Cicatrices por doquier, cuchillos del pasado y la visita de la virago».

Las palabras lo perseguían, así como el recuerdo del bebedor de sangre.

Cuando se limpió el sudor, encendieron la primera antorcha. La compañía, tras concluir con su marcha por un camino salpicado de huesos, se sacudía las botas. Jòris y Cinocéfalo anduvieron por delante, mientras que Mòrwin y los otros lo hicieron unas varas más atrás. El fuego, astuto y

rebelde, ahuyentaba a La Oscuridad, mas no bastaba para doblegar al frío. Los peregrinos se abrigaron con capas adornadas con el blasón de la estrige y más tarde, tras sentarse en torno a las siguientes flamas, compartieron un odre de vino. Pasado un rato fumaron hierba del averno y hablaron sobre hazañas de mesnaderos. Maese Cortes no prestó atención. Quería sentirse caliente y reencontrarse con Càliss, por lo que guardó silencio mientras Jòris y Cinocéfalo recitaban sus credos. Menuda manera de resguardarse de Aquello Más Allá de las Antorchas. Menudas supercherías. ¿*Aquello* ciertamente andaba cerca, observando? Las fuentes rezaban que respiraba, que reptaba, que atraía a las ratas, que, con el primer contacto, los cuerpos humanos se convertían en alfaguaras de tripas, huesos, sangre, y que los únicos testigos eran los roedores. ¿Qué papel jugaba Ruùd en todo eso por su antiguo vínculo?

Mòrwin pensaba en sus palabras:

«La Oscuridad respira, grita y sufre. La Oscuridad anida allende el fuego, pero cuando se apaga, renace. Allá a donde van las ratas para no volver, allá a donde van las ratas, acecha La Oscuridad, siempre que no ardan las antorchas».

—¿No conocéis otros monstruos? —inquirió turnos después, mientras reposaban en torno a la tea segunda—. ¿O no cuentan los muertos de Montecadáveres?

—Nadie los ha visto —repuso Cinocéfalo tras inclinarse para peer—. Antes de subir al dominio oía historias sobre ellos, pero los muertos no salen de sus tumbas, y menos si duermen en rocas.

—Si esperáis a que se tire otro de sus cuescos —bromeó Jòris—, ya veréis.

Los soldados rieron, incluso Cabeza de Perro.

—¿Crees que pudimos vencerlos?

—¿Qué piensas, Renacuajo? —repuso tras ventosear.

—Supongo que os superaban —respondió Mòrwin al frotarse las manos—. En número, digo. Un ataque desde los flancos es casi siempre letal, y si bien las antorchas los alejan, no nos dan ninguna otra ventaja.

—En esta empresa no será así. Controlaré los cuescos. Además, con los exploradores a cargo podemos marchar tranquilos sin que nos sientan las icormòri, mientras encendemos las teas hasta alcanzar a la criatura.

«Càliss».

Mòrwin tuvo que hacer un esfuerzo para continuar.

—Supongo que es mejor cazarla mientras duerme —elucubró.

—Tú no sabes nada —repuso Jòri tras beber—. Parece que Ruùd no te puso al tanto de las cosas.

—¿A qué te refieres? —indagó Maese Cortes, y, como el mariscal no soltó ni una palabra, se volvió al explorador.

—Me refiero a que tu señor no ha ordenado matarla.

—Quiere —aclaró el otro— atraparla. Porque piensa que nos guiará a la grieta que la condujo a las mazmorras. Una abertura rara, descrita en manuscritos, de donde se derrama La Oscuridad.

—¿Recuerdas haber visto a un horror con media cara desfigurada y partes perrunas como describió la Guardia de Bronce?

«Solo en la forja —pensó Mòrwin—, antes de que cambiara, si lo que afirman los guardias es la verdad».

La pregunta lo tomó por sorpresa, pero había optado por no responderla. ¿Por qué Ruùd, cuando charlaban junto a la tumba, no le reveló sus planes de captura?

«Si el cabrón dice que me considera como su hijo, ¿cuándo será el momento en que finalmente me tome en cuenta para los asuntos importantes?».

—En los escritos hay registros de centenares de monstruosidades —apuntó de pronto—. Nadie sabe con exactitud qué se esconde cuando se apagan las antorchas y solo hay oscuridad.

—Exacto —intervino Jòri—. Por eso no se sabe cuántas razas de monstruo existen, y en más de treinta años ni yo ni mis abuelos oímos de algo similar. Bienvenido a este infierno de mierda impredecible.

—Nací aquí, por si no lo sabías, así que ahórrate las bienvenidas. —Sonaron risas—. ¿Me pasas el odre?

—¿Lo has oído, Jàrr? —preguntó Grùia—. El pequeño no es tan ingenuo como creíamos.

—Soy de tamaño regular. Ningún pequeño. Creo que te quedaste con mi imagen de cuando vivía mi madre, aunque Ruùd enmendase sus errores.

—¿Y qué de malo hizo la virago que no sepamos?

—¿A ti? Nada, pero se creía descendiente de los Primeros Hombres, motivo por el cual me metía en la cabeza un montón de basura que Ruùd me ayudó a limpiar.

—¿Escapar de La Oscuridad?

—Tú lo has dicho. Escapar de La Oscuridad, pero el arconte dice que no es necesario.

—No estaría seguro.

—Poneos a pensar. Poblamos Dominio Sangre por más de cien años porque a Ruùd le acomoda. Desde entonces peleamos contra monstruos, mas no contra otros dominios, y la cosa anda de maravilla. Si meditáis, tenemos todo aquí, de modo que ¿para qué combatir? Y ¿de qué mierda

huir? La única pega es que, si La Oscuridad se expande, si más grietas se abren y si icormòri u otros engendros nos invaden, tendremos que seguir hasta fuera del abismo. Más arriba quizás abunde un peor mal. Tú dijiste que vivimos en el infierno, Jòris, y estoy de acuerdo, pero Ruùd dice que debemos acostumbrarnos, y si las runas mencionan un sitio mejor en la superficie, una especie de jodido paraíso, quizá nos acerquemos. ¿O desde cuándo los Pueblos Abisales no vivimos una época en que no intentemos huir de los monstruos? —No lo notó, pero le escuchaban atentos, incluso Grùia y también Jòris—. No pretendo ser amo de la verdad, solo os repito ciertas cosas.

Los estriges se miraron. Sus rostros teñidos de negro parecían turbados por la posibilidad de abandonar la vida en un señorío con mesnaderías exquisitas, donde lo común eran asuntos mundanos como disputas por apuestas, trampas en las tabas y peleas por mujerzuelas. Làgrimas miró de reojo a Mòrwin.

—Lord Rùdd es. Sabio de cojones —comentó—. Cuando La Oscuridad crece. Y escasean las antorchas. Lo mejor es. Escapar.

Callaron, y nadie dijo nada hasta retomar el camino. Tras encender las siguientes teas, jornadas posteriores, en báratros donde no se veía tres en un burro, esperaban que no surgieran más abominaciones. Se acercaba el fin de la marcha, pero también aparecían dificultades. Cinco doncellas de grumo que anadeaban sobre yermos salpicados de cadenas, cinco figuras pegajosas con cuerpos desnudos y cabellos luengos como culebras, aparecieron varas antes de que la panda hallase la quinta antorcha. Los monstruos no eran de carne, sino de una masa con olor a pescadilla que se deshacía. Sin embargo, Jòris y Cinócefalo las quemaron tras un combate con mazas.

—No duran mucho —comentó el mariscal después, al quitarse el sudor, cuando Mòrwin preguntaba por qué gastaron sus teas—. Se deshacen

pasado un rato. Con el acero es más arduo penetrar su carne a menos que esté forjado de buen metal.

—O te escondes, o esperas, o las quemas vivas —añadió Cinocéfaló—. No queda otra.

—¿Vendrán más?

—¿Quién sabe? Pero, si no lo hacen, es porque son plastas en el camino.

Probablemente marchasen sobre sus restos sin notarlo. Turnos más tarde, Mòrwin descubrió que la arena en su reloj había cambiado de lado. Le temía a las icormòri, pero más a su madre. En sus recuerdos, los cabellos trenzados de Hànsa cubrían los tatuajes de su espalda: runas protectoras de los Primeros Hombres. En sus sueños parecía una loba sin pelo, similar a las mujerzuelas, y por momentos él recordaba lo que dijo junto a la monstruosa Càliss. «Cicatrices por doquier, cuchillos del pasado y la visita de la virago». Dos figuras terribles enquistadas en su ser, dos brujas guerreras, una con la espada y otra con lo que tenía entre las piernas, que lo atormentaron hasta cuando los soldados encendieron la próxima tea. Finalmente habían llegado a los pies de Montecadáveres, y cuando daban un vistazo a la ladera Mòrwin recordaba a su progenitora. ¿Acaso la virago no había combatido en baldíos cercanos? La panda de mesnaderos no pelearía, mas sí escalaría. Los seis estriges se fijaron en la montaña, una mole robusta con detritos y chatarras aglutinados en pilas desde hacía montañas de tiempo, mientras el viento silbaba ante tórridas flamas. Se calzarían los pies de gato tras revisar sus macutos provistos de crampones, cuerdas, ochos, mosquetones, fisureros, cazoletas, picos, arneses, sacos de dormir y garras de oso. Mòrwin guardaba los guantes recubiertos con piel de armiño para resguardarse del frío. Los compañeros, como piedras en el barranco, aguardarían. Usarían el tiempo para dormir mientras otros vigilaban antes de enrumbarse por el camino más duro.

—La caballería está preparándose —dijo Cinocéfalo turnos después, tras usar el catalejo bajo un cielo de piedra y ante nueve ardientes y lejanas teas—. ¿Sabéis cuántas hay que prender camino arriba?

—Catorce —dijo Jårr.

—¿Tantas?

—Cuando terminemos —siguió tras encogerse de hombros— la caballería partirá hasta la montaña. Imagino que sabéis qué significa.

El rostro de Cabeza de Perro, oculto bajo el yelmo, probablemente mostraba la misma expresión mustia que el del resto de sus compañeros. El mariscal Jòris, Grùia, Jårr, Làgrimas y el monstruoso Mòrwin guardaban silencio ante el imponente monte. Las trompetas y los cuernos de los jinetes doblarían por las abominaciones con un ímpetu virulento, a toda carrera, cuando la panda hubiese terminado de escalar, pero no cabalgarían a por ellos. En los planes del capitán Lòcnes de Lènfer, sustituto del caído Làuss de Leugnès, no estaba estipulado rescatarlos. La caballería pesada rodearía la montaña, desenvainaría los sables, instalaría culebrinas, apuntaría con las espingardas apelotonada tras el humo de las fogatas, y aguardaría por si los monstruos abandonaban las grutas mientras a Mòrwin y a los otros les tocaba resistir. ¿Alentador? Para nada, pero ¿qué esperaría? Los estriges, la penumbra, la sangre y la muerte andaban de la mano, y al pequeño peregrino, pese a no seguir el sendero del soldado, le calzaba bien.

5

NO QUEDABA TIEMPO para pensar. Y menos en el futuro. Tensar la flecha del pensamiento en un arco en plena batalla era el primer paso para convertirse en un bulto salpicado de sangre. Durante la contienda se combatía. La hoja golpeaba a la hoja, perforaba cotas de escamas, bramaba, ardía y penetraba en la carne. Gritos ahogados en medio de peste a excrementos se hundían en un mar de derrota roja. Para los mesnaderos marchar a la guerra significaba muerte, aunque otros, en cuanto sus castrados amusgaban las orejas, volvían grupas arredrados. Mòrwin no pertenecía a ninguno de los bandos. Él aguardaba en su sitio, trepado en la peña, lejos de las vorágines de acero a fin de salvaguardarse. Cuando vio el cadáver preñado de grumos caer por la pendiente, no pensó que lo rozaría antes de sumergirse en el abismo.

«Estuvo cerca».

Se agarraba de las rocas sin seguir subiendo. Cuando miró hacia arriba, se topó con la penumbra. Jàrr, Jòris y Cinocéfalo, encaramados en el Monte de los Muertos, despachaban a los monstruos. Los aullidos de las grumosas nacían de las cavernas, y los estriges, aferrados a escollos con sus poderosos arneses, estaban prestos a machacarlas a punta de maza. Clavaban sus garras de hierro en las paredes para no resbalar. El frío de la montaña no era inconveniente, pero el viento los vulneraba con impasibles rugidos. Mòrwin miró hacia abajo. Su cabellera danzó con un coletazo borrascoso. Làgrimas, que escalaba, transmitía dureza con su imponente máscara. Otra icormòri se desplomó con un chillido, y el cuerpo se reventó en un risco. En medio de alaridos, una tras otra, tras recibir embates de

hierro, se despeñaba en La Oscuridad. Mòrwin ciñó sus cuerdas. Temía caerse. Acababa de oír a un cuerpo cortar el aire y a otro golpearse contra un peñón.

«Me cago en la puta de oros —pensó—. ¿Cuándo acabarán?».

El viento crinó su melena mientras él miraba hacia abajo. Tras dar con las antorchas, lejanas y ardientes, le parecieron más pequeñas que las clavadas en los riscos. Hacía dos jornadas, la caravana andaba por terrenos yermos, amenazada por peligros menos latentes, pero ahora escalaban a cientos de pies por las faldas del monstruoso otero. Divisó la quinta antorcha, un utensilio largo de leño resinoso con mechas de esparto que despuntaba como una rama. ¿Quién diantre la habría incrustado? Mòrwin creía que un coloso, mas las tablillas no mencionaban a dichas razas. Recordó al enmascarado soltando sus tubos de fuego para inflamar las primeras teas. Así mandaban señales a la caballería de De Lènfer. Habían repetido la hazaña otras jornadas, con cuidado de no caerse, y cuando hartos albures acometían, cuando creían oír a La Oscuridad respirar al lado, sacaban los tubos, los agitaban antes de quebrarlos y una llamarada erupcionaba por un extremo para garantizar la seguridad. Entonces el respiro feral no se oía, el frío que calaba sus huesos se esfumaba y sus nervios se liberaban de la molesta tensión. Mòrwin, por un instante, se detuvo. Mejor aguardar a medio camino a que los compañeros se cargasen a las formas.

Cuando la lucha concluyó, Cinocéfalo trató de plantar una cabeza de icormòri sobre las rocas, pero esta rodó por el abismo.

—Mierda, la quería como trofeo.

—Conseguirás más —repuso Jårr—. Yo prefiero otras recompensas. Pásame el odre, Mòrwin.

—Todo tuyo —dijo al dárselo, sabiendo a qué se refería.

Se giró hacia el abismo. El fuego que flameaba en lejanía por la ruta antigua parecía diminuto en oposición al mar rocoso que los rodeaba. Resultaba difícil creer que, antaño, hombres, mujeres y niños recorrían aquellos páramos para protegerse de criaturas y de Aquello Más Allá de las Antorchas. Más difícil era tragarse que la pega siguiese igual. La gente huía, se refugiaba, salía, y después seguía huyendo perseguida por *aquello*. A quienes decían que era un ente viscoso similar a las icormòri, los desmentían los rumores sobre su estado de efluvio. El consenso no era unánime, salvo por una cosa. Si las flamas ardían, el ente se esfumaba, y si no lo hacían, la sangre derramada permanecía en las rocas. El miedo correteaba por los baldíos cuando se hallaban fluidos sobre guijarros. Se derramaban por doquier y cuando los errabundos los encontraban coreaban a voz en grito «¡Sangre en la piedra!» o «¡Sangre en las rocas!» para referirse a los vestigios que La Oscuridad dejaba tras de sí.

Con el tiempo, empero, la frase cambió de uso. La moda se había encargado de que al primero lo suplantasen, pues los libros relataban que, cuando la Guardia de Bronce rondaba las celdas y las hijas de las casquivanas dormían en fríos dólmenes antes de cumplir la edad de merecer, la roca se manchaba de menstuo. Luego miraban a las chicas con una sonrisa que decía: «Tiernas, nuevas y listas para el serrallo». Con Lyssàris fue distinto. En cuanto le vino el primer sangrado, escapó en busca de Mòrwin a fin de mudarse a la forja. Entonces aún lo veía como a un hermano, pero la pubertad jugó sus cartas para que la pasión germinase.

«En mi rostro solo hay cortes, soy débil, cobarde y, pese a todo, acudió a mí tras florecer —pensó el muchacho en alguna ocasión—. ¿No consigue mejores amigos?».

A él lo marcaban las sombras de Ruùd y de su madre, así que nunca los tuvo, pero Lyssàris no se complicaba en conseguirlos. Mòrwin la observaba

flirtear con muchachos imberbes que marchaban a la guerra, escondido tras los pilares del castillo, y esperaba que eso bastase, pese a que nunca volvían. Se equivocó. Aunque lo negase de corazón, en el fondo coqueteaba con la idea de liarse con la chica, mas se ponía trabas para enfocarse en su propia vida. Cuando ella lo buscaba, cabalgaba con su señor sobre corceles de las sombras por distantes páramos, bajaba al campo de batalla a mirar horrores despanzurrados o pasaba tiempo con Ruùd, sentados ambos ante el fuego, sumergidos en tertulias. Era su manera de evadir la realidad. ¿Cuántos hubiesen dado años de vida por estar en su lugar? Ni los arcontes de los dominios vecinos podían presumir de contar con un fata arcaico como maestro. Cuando anduvieron por la umbría, pasada una escabechina en que la brisa arrastraba pétalos de gladiolos, nunca olvidó que revolotearon ante su cara y ante el pecho de su señor. Tampoco olvidó la alfombra de flores, esplendorosa como pocos estriges habían visto. Lástima que el fenómeno no ocurriese cuando volvieron ni cuando acudió solo.

«¿Yermos y flores? —había pensado entonces—. Qué locura».

Los paisajes del Abismo raramente cambiaban, y si ocurría era una maravilla.

Vio a Cinocéfalo hacer gestos obscenos con la cabeza de otra grumosa. Él era de esos que tampoco cambiarían. Tras el combate, Mòrwin yacía acucillado al tiempo que Cabeza de Perro y Jòris oyeron un anadear pastoso que los condujo a un desfiladero a través de un refugio lleno de guijarros donde abundaban las formas. En cuanto volvieron con sus trofeos empezaron a alardear.

—¿Jàrr?

El explorador se volvió. Los huesos que le colgaban del cuello se mecieron. Llevaba el rostro pintado de negro como otros soldados. La capa y el cabello ondearon mientras la brisa le acariciaba el cuello.

—No te alarmes. Nos quedaremos un buen rato.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que Grùia vuelva. Él busca la ruta a seguir. No queremos que nos ataquen más grumosas.

Los exploradores conocían los senderos de las antorchas, ya que su entrenamiento consistía en patrullar allende el dominio. Eran patronos de la altura y de lo profundo. «Los Señores de la Cuerda», los llamaban antaño. Dedicaban sus vidas a buscar rutas nuevas, pero también a proteger las antiguas de hordas monstruosas. Si descubrían sendas marcadas con runas, las revisaban a fondo. Por eso Grùia desaparecía, y cuando volvía se adelantaba mientras Jàrr, a la vanguardia, conducía al resto. Làgrimas marchaba a la zaga junto con Mòrwin. Cuando la arena de los relojes cambió de ampolla, Grùia aún seguía sin aparecer. Entretanto, los estriges fumaban arrellanados sobre guijarros que arrojaban al abismo ante el calor de las llamas.

—Por Lucèia —dijo Jòris antes de dar un eructo.

—Por Làscca —cantó Jàrr.

—Mòsta, Lacònia, Grèia y Diòr. —Era Cinocéfaló, que guardaba cuatro piedras en el puño—. ¿El monstruo no te robó a tus mujeres, Mòrwin?

«Mi mujer es el monstruo» pudo responderle. En vez de hacerlo, optó por guardárselo.

—Pensé que me dirías «Renacuajo» —repuso—. ¿Cuándo cambiaste de parecer?

—Hace un rato, porque me dio la gana y porque decidimos que no eres un lastre.

«¿Y si te digo que me duelen las piernas y ordeno que me cargues?».

—Solo está de buen humor —intervino Jòris—. No te recordará cuando volvamos.

—Recordará que cuidó al protegido de Ruùd en Montecadáveres —dijo el cortado—, y que lo devolvió con vida. Si fueras listo, tú también lo harías, pese a que el único que me cuida es él.

Señaló a Làgrimas con la cara, y Cinocéfalo miró.

—¡Tío! ¡Ven! —dijo Cabeza de Perro—. ¡Sírrete agua y quítate la máscara! ¡No debes estar lejos de la pandilla!

El enmascarado se apeó en silencio y el sabueso peyó. Jàrr se apartó por el hedor y enterró una suela en un charco grumoso, pero, en vez de detenerse, siguió caminando. Para Mòrwin era el más parco, quizá porque los exploradores ejercían su trabajo en soledad, ya que se sentían atraídos por las grietas y los despeñaderos. Se cubrió con la capucha en cuanto Jàrr se sentó a su lado. Làgrimas esperaba la orden para marchar.

—Puedes ir —le dijo—, y si quieres, quítate la máscara.

—¿Si quiero? —preguntó, y Mòrwin tembló.

Jàrr quebró un tubo de fuego y le dio calor.

—Gracias.

—Por nada.

Se rascó los cortes antes de volverse a la careta.

—¿Qué esperas? ¿Por qué no te vas?

—Son. Putos. Hombres.

Fue un susurro de muerte, y Mòrwin comprendió por qué le decían Làgrimas.

—Eres deprimente, amigo. Yo tampoco los tolero. El sabueso empieza a caerme bien, pero Jòris me mira raro. Dale una visita y demuéstrole quién manda sin ser muy violento.

—¿A Jòris?

—A Jòris.

—Como ordenéis.

El silencio cundió hasta que Jàrr le palmeó el hombro con la mano.

—Cuidado —dijo—. No queremos que lo eche a perder.

—¿Qué de malo podría hacerle?

—En el campo de batalla arrastra muerte y desdicha...

—¿Y?

—Es nuevo, Mòrwin. Apenas habla. Si le preguntan, tiene los huevos de mirarte a los ojos sin decir ni jota. No sé qué trae en su macuto, pero despidе un olor...

—¿A tizne y pólvora?

—Eso mismo.

—Se entenderá con el fuego, ¿qué sé yo? No en balde vino solo hasta el dominio. —Recogió un guijarro y lo arrojó al vacío.

—¿Y esa por quién es?

—Por nadie.

—Pensé que no te hacían caso las mujeres.

—No te esfuerces en no gustarme. Lo estabas haciendo muuuy bien. Tendré la cara llena de cortes, pero alguien me dijo que a unas feas les atraigo y aún las sigo buscando. —Làgrimas tenía a Jòris en el suelo. Le impartía golpecitos con sus botas mientras Cinocéfalo se reía a carcajada tendida—. ¿Seguro que no quieres que le ordene algo más de su estilo? Puedo cambiar el nombre de Jòris por Jàrr y ordenarle que te ponga de cabeza junto al risco.

—No creo que quieras ridiculizar a tu, por ahora, único guía. Piénsalo.

Mòrwin aguardó.

—Y en cuanto a lo otro —continuó el explorador—, repito lo que he oído. Ser corto de estatura y llevar la cara jodida no significa que las mujeres no se fijan en ti.

—Tengo poder. Supongo que eso debe atraerlas, aunque es cierto que muchas no me quieren en sus catres por el tamaño de mi polla. Curiosamente, una ramera me enseñó qué es importante.

—¿Y qué es?

—No importa. Ahora está muerta. En su celda encontré sangre.

—La cosa del calabozo, Renacuajo, no mató a todas las putas.

—A ella sí que la mató.

—Ya oíste a la Guardia de Bronce. Si, como dicen, de verdad las ha liberado, esperamos recuperarlas. Jòris y Cinocéfalo creen que las esconde para comérselas cuando tenga hambre, pero irán al rescate.

—¿Entonces se convirtieron en los buenos de la historia?

—Quieren reclamarlas como esclavas de catre. ¿Todavía piensas que son buenos?

—Mejor aún, son los putos amos. Aparte de llevárselas a casa, Ruùd les otorgará un rango, porque pienso regresar.

El estrige arqueó las cejas antes de soltar una piedra en el abismo y pronunciar el nombre de otra consorte.

Mòrwin no preguntó por ella. Las mujeres iban y venían para esos soldados como vientos abisales por el pedregoso llano, pero Jàrr era distinto. Si en alguien podía confiar, sería en él, mas tardaría un tiempo. Por otro lado, era tonto descartar que Càliss no hubiese muerto. El monstruo pudo caer presa de un horror o de una confabulación de las ramera, y si la criatura con el rostro deformado —y, aunque se negaba a creerlo, con partes

de cánido— había devorado la esencia de la muchacha, era otra forma de palmarla.

«Falta poco para saber si aún queda algo de ti —pensó— o si podemos ayudarte. ¿Qué te hizo el cabrón de Lårsa? Agregaría otro corte en mi cara por saberlo».

Se encogió de hombros. Si la encontraban, Mòrwin no movería ni un dedo mientras el explorador y los soldados la apresaban con cadenas para arrastrarla hacia el dominio.

Más tarde, cuando escuchó los ronquidos de Jårr, después de pasar buen tiempo a solas, intentó dormirse. En el rocoso horizonte salpicado de charcas no quedaba rastro de Cinocéfalo ni de Jòris, tampoco de Làgrimas. Mòrwin se acomodó en el barro y tocó una sustancia grumosa que provenía de un reguero. No encendió su antorcha. El cansancio lo venció cuando se recostó en las piedras, hasta que sus ojos, pesados, terminaron por cerrarse.

DESPERTÓ SOBRESALTADO.

Làgrimas, en medio del incendio, apiolaba a una grumosa con enérgicos porrazos. Golpes, gritos y blasfemias recorrían los riscos. La carne del monstruo era pura molicie, y se convertía en papilla con cada embate. El líquido vital se derramaba tras una retahíla de machaques con el arma barreada o si pinchos penetraban sus cuerpos mohosos. Mòrwin asió su macuto, donde guardaba el odre, las semillas y las provisiones. Se arrastró tras eludir la mordida de una icormòri. Durante el itinerario nunca había tenido a una tan cerca. El resinoso cabello de la criatura era negro como la pez. El rostro, plagado de granos, una masa informe sin labios, ojos ni orejas. Los senos colgaban hasta la barriga. El coño no tenía vello. Cuando

eso anadeaba y estiraba ambos brazos, uno era más largo que el otro. Barritó al tratar de tocar al lord, pero este gateó hasta el acantilado. Cuando el viento bramó, le abrió el macuto, y sus paquetes con semillas, el odre, atajos de plantas y algunos utensilios de escalar cayeron al vacío. Corrió hasta resguardarse detrás de Làgrimas, que golpeaba a una icormòri convertida en plasta. En cuanto terminó, el enmascarado sacó un tubo, lo quebró y una lengua ardiente salió por un extremo tras arrojar el artilugio. Dio en el blanco. El monstruo ardió en llamas. Aquello provocó una serie de chillidos agónicos que ahogaron a otros provenientes de más formas envueltas en fuego. Daban tumbos sin rumbo, mientras del otro lado combatían tres siluetas que Mòrwin distinguió pese al barullo.

La maza de la figura con cabeza de cánido se movió con brutalidad contra el pecho de un monstruo, a quien aplastó con una retahíla de impactos. Coágulos de masilla salpicaron su yelmo. Cinocéfalo se giró cuando otra icormòri quiso tomarlo del hombro, pero un lucero del alba se cruzó entre su espalda y la criatura, antes de quebrarle la boca al engendro. Jàrr, desgarrado como un diablejo, casi sin esfuerzo, la agarró de los pelos y la despeñó. Los estriges se movieron como infernales tras el fuego, pese al reducido espacio donde abundaban peñones, promontorios y peligrosos charcos. Ambos se apelotonaron con Jòris, que reventaba a un monstruo con su maza de armas, antes de volverse agitados a la lumbre. En medio de baladros que desgajaban el viento, entre el anadear de las icormòri y charcas donde ardía el fuego, Mòrwin veía.

—¡Aquí! ¡Aquí! —gritó a voz en cuello, pero nadie lo escuchó.

De las laderas se derramó un riachuelo sanguinolento hasta acumularse en una hondonada, y mientras el flujo borboteaba emergieron monstruos pringosos con cabezas de mujer que se arrastraban, chapoteaban, aullaban y vomitaban intestinos cubiertos de masa. Las aberraciones se pusieron en

pie. Cuerpos sudantes con hedor a pescadilla. Mòrwin vio a sus compañeros oponer resistencia. Los luceros acerados con mortales cuchillas perderían contra el maremágnun de criaturas conchabadas con La Oscuridad. Si la mesnada se giraba, del otro lado flameaba un muro de brasas en las que ardían plastas y, si miraban al frente, un abismo mortuorio los recibía. Mòrwin quiso ayudarlos, pero Làgrimas tiró de su capucha.

—No lo conseguirán. ¿Cierto? —Fue solo un susurro.

—Tú lo has dicho.

El otrora Renacuajo se volvió a los soldados, que aguardaban en guardia a que los monstruos se acercasen.

—¡Huid! —gritó desde el sitio opuesto.

—¡Muchacho! —respondió uno de ellos.

—¡¿Podéis trepar?! —La voz de Mòrwin se perdió ante el crepitar de las llamas mientras la sangre se derramaba por las rocas—. ¡Buscad un lugar libre de esas cosas! ¡Salvaos y mandad a la mierda la misión!

Quisieron responder, mas el chillido de las icormòri se interpuso.

Bañados en sudor tras la muralla de fuego, se volvían a todos lados. Las grumosas cojeaban, estiraban los brazos, se detenían ante el muro incandescente mientras la sustancia se desbordaba hasta rozar las botas de los hombres. ¿Qué hacer? Una corriente de viento obligó a Mòrwin a encogerse cuando Làgrimas lo cargó al hombro.

—¡Sujétate! —le dijo.

—¡Suéltame!

El de la máscara lo ignoró. Con el chico en sus brazos como un saco de plomo, se acercó al acantilado y miró hacia abajo. Luego brincó. Cayó en una pendiente donde mantuvo el equilibrio hasta que se deslizó a grandes trancadas por una marea de morros. Mòrwin recibió el soplido del viento en

la cara. Se preguntó qué aguardaba más abajo mientras resbalaba sobre las piedras, y con los ojos cerrados esperaba que sus amigos sobrevivieran, mas por dentro sentía que jamás volverían a verse.

6

CUANDO LAS LLAMAS MENGUAN en los abismos y temblores quiebran las bóvedas que recorren la Profundidad, cuando se corta el tejido del mundo y su sangre cae sobre las rocas, y esta quema, carcome, mata e incuba sus formas, repta la temida Oscuridad. Los Primeros Hombres lo describen como Lo Oscuro, Aquello que Ronda Más Allá de las Antorchas. Los fatas le dieron otros nombres, de los que subsiste el temido *kończyora pęrgògnia*, pero ambas razas coinciden en que dicho ente ya existía antes del origen de sus linajes y del apogeo de los monstruos.

Imponente, destructor, letal, *aquello* se agitaba entre vientos huracanados dentro de su prisión de roca. Libraba un combate sempiterno contra demonios encerrados en cárceles de hueso, sangre y tejido que moraban en la superficie de su mazmorra, y era tanta la sangre derramada, tanto el llanto regado y tanta la carne que salpicaba su coraza, que estaba acostumbrado a bañarse en inmundicia. Duras épocas en las que fatas, hombres y monstruos bregaban por salir de la Profundidad. La era en que coexistían Todas las Sangres. Las Épocas de Dolor.

El *kończyora pęrgògnia*, tras sentir aquello, bramó como si una aguja penetrase en su órgano fálico. Como consecuencia, una ráfaga turbulenta recorrió los abismos fisurando montañas, partiendo rocas en millones de pedazos que volaron por los aires con estallidos irrefrenables. La onda vibrante se ramificó por antiguos templos que se derrumbaron hasta volverse escombros, y bajo cimbras, chapiteles y pilastras quedaron soterradas efigies de dioses despedazados con cientos de miles de ojos, rostros, brazos, filas de dientes y tentáculos junto a cariátides, canéforas,

arcones con janyares, jambiyas, misericordias y grabados de monoceros, estriges, mantícoras, platijas, sanguicculàcas, entre otras abominaciones de la Profundidad. La sacudida se ramificó para repartir destrucción, pero cuantos más estadios recorría, más menguaba su fuerza, así como también lo hacía el aullido de la criatura.

«Soy impotente. ¿Por qué estoy condenada al fracaso?».

La cosa se remeció con vehemencia tras lanzar gruñidos que se perdieron en lo profundo, antes de que el vacío sangrase con una explosión en el tejido que originó una pupila amarilla. Fue entonces cuando lo vio.

El estrige de la compañía de Montecadáveres que volvía por el camino de las antorchas no percibió que lo estudiaban. Los mortales no oían rugidos de bestias del lado opuesto del tejido primordial, ni distinguían a espíritus con características feéricas. Lástima que el fuego ardiese. De haberse encontrado cerca cuando surgió uno de sus cientos de millones de ojos tras la detonación, la sangre del *kończyora pęrgògnia* habría convertido al explorador en una masa de huesos quemados. Como eso no ocurrió, se acercó con la parsimonia de una corriente de invierno. Sus belfos se agitaron. Su aliento se deslizó entre rocas e ignoró a las sombras de batallones de catafractos que rodeaban la guarida de las formas, así como al resto de la infantería.

Escuchó pasos, ruidos metálicos de anillas, blasfemias en una lengua que aborrecía y que distaba mucho del lenguaje original. La arena se remeció con las pisadas mientras Lo Oscuro, al sobrevolar bajo las rocas, olisqueó al supuesto demonio. Tras alejarse le agitó la capa con la divisa del cráneo estrígido. Examinó la cuerda atada al bies, el lucero del alba en bandolera, el cinturón, los zapapicos. Cuando el explorador metió la mano en su macuto, recogió el tubo, lo cascó y el fuego cantó con incandescencia en el idioma primigenio. En ese momento el *kończyora pęrgògnia* bufó tan fuerte

que las capas profundas del No Mundo se remecieron. Los gritos se prolongaron al tiempo que las fisuras nacían en diversas regiones de los abismos, derramando sangre negra que lamía los yermos como si hubiesen cortado la yugular de un coloso. Cuando la bestia del tejido primordial, pasada una sucesión de berridos, por fin se calmó, apartó la vista del desastre al tiempo que se amansaba el viento. El ojo amarillento volvió a su prisión con un ruido acuoso, y un hilo de sangre quemó el suelo al tiempo que el explorador caminaba sobre las rocas que aprisionaban a la criatura.

«Débil. Impotente. Perdedora».

El *kończyora pęrgògnia* tembló, y recordó al espíritu primigenio aprisionado en el rastreador, que se había salvado. Fuera de su campo de visión, el estrige continuaba en pie con una tea encendida mientras la criatura maldecía, al punto de que sus nervios se tensaban con un ruido atronador. Percibió a la figura que miraba el monte donde yacían sepultadas montoneras de cuerpos, antes de que susurrara en el habla sucia que «había cumplido la puta misión». Eso fue lo último que supo de aquel, porque regresó a sus asuntos del otro lado del tejido, donde la sangre fluía a raudales mientras millones de caídos, aprisionados en su propio cuerpo, eran presas de tormentos.

EL TÚNEL DE PIEDRA SE EXTENDÍA como una garganta salpicada de escombros. Mòrwin marchaba detrás de Làgrimas, cuya sombra se arrastraba por los muros, y miraba de reojo a plastas que borboteaban en el pasadizo. Eran negras como la pez, respiraban agónicas, pero carecían de materia suficiente para engendrar monstruos. ¿La compañía vivía? La cuantía de grumosas había mermado el perímetro del acantilado, y Maese Cortes esperaba que, con suerte, los mesnaderos siguiesen vivos.

Cinocéfaló era taimado al manejar la maza, y el mariscal Jòris Cuijàcc, versado con su lucero del alba. Jàrr perseguía el sendero del rastreador, mientras que Grùia... ¿Qué había pasado con Grùia? Para Mòrwin era difícil recordar su rostro a causa del maquillaje negro, aunque en su memoria anidaba una figura sin garbo con armadura escamada, cubierta con una capa. ¿Por qué mejor no olvidaba a madre?

«Cicatrices, cuchillos del pasado y la visita de la virago».

Cuando Làgrimas se volvió, las flamas se reflejaron en la careta.

—¿Sabes por dónde vamos? —preguntaba Mòrwin a veces desde atrás, y al no recibir respuesta, seguía—. Soy el protegido de Ruùd. ¿Cuánto falta?

—El fuego —le dijo el carnicero tras mostrarle su antorcha pasado un rato—. Solo protege. No es nuestro guía. Pero si hablas. Y si nos oyen las criaturas. No podré. Defenderte.

—Está claro, grandulón.

—¿En serio? —Tenía la mirada ígnea y la voz sáxea.

—Dije que...

—¿Cierras? ¿La maldita? ¿Boca?

Mòrwin asintió tras tragar.

«Mejor callo y obedezco».

Las curvas se abrían en medio de paredes con olor a fieras. Tras detenerse, observaron runas nigrománticas talladas en promontorios, así como grabados rupestres de cacerías de monoceros, escapes —probablemente— de Aquello Más Allá de las Antorchas, mares de sangre y encuentros amatorios tras escabechinas en tierras apestadas de cadáveres. Símbolos pintados aparecían en cada bifurcación, mas la incertidumbre murió cuando hallaron una cámara con teas.

—¿Es una vieja ruta? —preguntó Mòrwin tras un instante de silencio.

—Existen senderos —repuso Làgrimas—. Ocultos en roca.

—¿Y has venido antes?

—Por el abismo.

—¿Y por el monte?

—Es mi primera vez.

El viento zarandeó sus ropajes. La tela cubría una cota de anillas que parecía de bronce sobre un cuerpo musculado. Era un sujeto peligroso, tenía que serlo, de lo contrario Ruùd no lo hubiese elegido ni se hubiese granjeado el respeto de las mesnadas. Su voz intimidaba.

—¿Quieres morir? Para. ¿Quieres vivir? Sígueme. ¿Entiendes? ¿Niño?

—Creo que. Me acostumbro a cómo. Hablas.

—¿Lo qué? —Làgrimas no entendió el chiste.

—Dime una cosa —solicitó Mòrwin—. ¿Cómo estás seguro de que, si te sigo, no voy a morir?

—No lo estoy.

—No me jodas.

—Nunca estoy seguro. De nada. Pero soy Làgrimas. El mejor carnicero. Del dominio. Tienes buenas probabilidades.

—¿Y si te matan?

—Entonces nos jodemos. Sin mí no tienes oportunidad.

La muerte tocó el cuello de Mòrwin como una cuchilla con filo. Más tarde, cuando arribaron a una curva inundada de fluidos, hacía tanto frío que se abrigaron con las capas. La sangre en la piedra trazaba un camino hasta un bulto con harapos que temblaba. Làgrimas se tocó los labios de la careta con un dedo para indicar silencio.

—¿Putá? —susurró.

«Ni idea. No sé quién es, solo conozco a dos que me soportan». Mòrwin se encogió de hombros cuando el guerrero se acercó y la joven sobó sus ojos por el resplandor. Era de tez rosada, cabellos renegridos e igual de lozana que Lÿssei, salvo por un grano en su mandíbula y porque estaba encinta. En cuanto despertó, gritó, pero Mòrwin le tapó la boca.

—Silencio —dijo—. O atraerás a los monstruos.

—Mòrwin —susurró Làgrimas, y desvainó un cuchillo cuando tembló la moza.

—Guarda eso. Trato de ayudar. —El Cortado, tras torcer el gesto, se volvió a la muchacha—. ¿Qué haces en este sitio? ¿Eres consorte?

No hubo respuesta, aunque los ojos de la joven, azulados como zafiros, miraban la hoja.

«La maza contra las icormòri y el acero contra la carne —pensó Mòrwin—. Tiene sentido».

—Si es así, ¿dónde andan las otras?

«¿Y dónde está Càliss?», quiso añadir.

—Mòrwin —repitió Làgrimas.

—¿Qué carajo quieres?

—A un lado.

—¿Cómo?

—Dije que...

—Escuché perfectamente que dijiste «a un lado», pero esta mujer, colega —Aquí se armó de valor— necesita ayuda, y no pienso apartarme.

El silencio cundió.

—¿No?

—No, pero intento comprender. Con aquellos como tú... con idiotas con un problema en la sesera, dicen que hay que esforzarse.

—Comprendo. Con idiotas...

—Sí.

—Hay que esforzarse. —Làgrimas pausó—. Como digas. Hazte a un lado, o esta vez sí me esforzaré.

Mòrwin sonrió, aunque se le hincharon las pelotas. Quiso escupir sapos y culebras, maldecir al infierno, al fantasma de su madre, pero el mutismo lo gobernó. Làgrimas, asesino, sujeto poco agradable, alguien a evitar cuando estaba de mal humor, dio un suspiro.

—Lo intenté —dijo con voz silbante—. De verdad lo intenté, pero no colaboras, así que, aquí, niño, empieza el giro de esta historia.

—¿Làgrimas?

—Sí, pero ya no, no el mismo.

El cuchillo del asesino cortó inesperadamente, y Mòrwin, con reflejos de mosca, empujó a la mujer del dolmen. La puta cayó. Él se plantó ante el estrige, que lo rebasaba en anchura y dos cabezas de alto. La chica, probablemente, era más alta también, pero andaba a gatas buscando refugio tras las rocas. El cuchillo seguía enarbolado, manso, seco, y su curva incinerada tenía un aspecto mortal. Los ojos de Làgrimas resplandecieron.

—¿Qué haces?! —dijo Mòrwin—. ¡Ruùd te ordenó protegerme!

—Ruùd ordena cosas que no siempre se cumplen. ¿No es suerte que no esté con nosotros?

—Tu voz...

—Seguro anda en su silla de huesos mientras otros nos partimos la crisma. Es un cagueta ese soplagaitas. —Tamborileó con los dedos sobre la máscara—. En cuanto a mi voz, no había pensado en el cambio de registro,

pero mi habla, amigo, es auténtica, de alguien que hace lo que quiere cuando putas quiere porque conoce los abismos; de alguien que está contigo por maquinar planes en aras del bien común. «En aras», niño, no son palabras que el viejo Làgrimas usaría. Él diría algo como: «Porque. Quiere el. Bien. Común». Actuaría como un imbécil. Ahora quítate, haz de tripas corazón y mira cómo mato a esa ramera.

Por primera vez no supo qué decir. ¿Quién era ese hombre? El esbirro del bebedor de sangre era una trapacería, un fraude, y el verdadero, listo e igual de sanguinario. El fuego casi lamió su rostro cuando oyó a Làgrimas echar tacos porque la pelandusca ya no estaba.

—¡No tengo nada que ver! —gritó Mòrwin temeroso—. ¡Ni siquiera la vi partir!

—No te dejes achantar. ¿Tu madre no te dijo que a veces conviene callarse?

«Cada vez que me golpeaba», quiso responderle, pero no se atrevió.

—Sé que la detestas, y tus ojos me la recuerdan. Algunos no tenemos la paciencia de una madre ni la frialdad de una ramera. —Làgrimas negó con la cabeza, como si sus planes se hubiesen arruinado—. Todo marchaba de maravilla, pero tu sentimentalismo jodió las cosas. La putamadre.

—¿La qué?

—La putamadre, Mòrwin. ¿Nunca oíste esa expresión?

—A mí esas cosas —repuso Maese Cortes— no me interesan.

Làgrimas oyó el llanto de la ramera que parecía andar cerca.

—La putamadre es la puta y la madre juntas —aclaró—. Las mujeres más importantes en la vida del hombre. La primera te ama, te mimas, te cría. Te amamanta con su leche antes de que te arrastres. A la puta, en cambio, la amamantas tú. Una buena felatio. Ya me entiendes. Por eso son mejores

que las esposas y que las amantes. Madre y puta son conceptos que no se pueden unimismar, pero cuando están juntos, denotan sorpresa o maravilla. ¿La madre o la puta? —Hizo una pausa—. La mayoría en este infierno crecimos sin madre. Por eso preferimos a las putas.

—Yo, sin embargo —fue un susurro que lo incomodó—, crecí con madre.

—Y la tuya era especial. Dudo que en estos abismos quede otra parecida. —Le puso una mano en el hombro—. Relájate, Renacuajo. Hombres con más agallas me hubiesen preguntado por qué matar a la mujer, si podría guiarnos a la criatura, pero eso es lo de menos. La encontraré igual.

—Làgrimas —repuso Mòrwin, tras cavilar en sus palabras—, si es tu verdadero nombre. No tienes que matarla, y tampoco al monstruo. No todo se soluciona derramando sangre.

—¿No me digas?

—Siempre se puede llegar a un acuerdo, y si eso no te basta, Ruùd ordenó que la capturases viva, porque tiene planes, y si por un motivo u otro la compañía le fallase, si un pajarito le contase que decidiste ir en su contra...

—Detente, capullo. Me estás aburriendo. Creí que eras más listo.

—Lo soy.

—Te diré una cosa: todas esas mujeres a las que salvó el monstruo, sin excepción, deben morir, y alguien debe decirle a Ruùd que sus planes son más terribles que un culo abierto.

—¿Y ese debes ser tú? Nunca imaginé que hubieses venido a sabotearlo.

—No es exactamente como yo lo llamaría, pero en parte tienes razón.

—Tampoco sé por qué Ruùd piensa capturar al monstruo ni el motivo por el que me omitió la información. Como lo conozco, asumo que no está

equivocado.

—Puede que de nuevo andes en lo cierto, crío, pero mi trabajo es matar criaturas, y perseguimos una abominación. En cuanto a ti, te devolveré sano y salvo como a una redonda manzana. ¿Conoces las manzanas?

—Man... ¿qué?

—Manzanas.

—En los abismos no hay tales cosas, pero algunos han visto monstruos que solo pirados imaginarían.

—Andas mal encaminado. Las manzanas, querido amigo, son deliciosas.

—Eso es algo que tampoco importa, aunque me calma saber que no piensas matarme, y por eso te agradezco. —Hizo una pausa durante la cual se aplacó—. Además, tengo hartos que hacer en la forja, rendir cuentas al bebedor, buscar la llave de la maldita carbonería y, cuando la abra, resolver más jodidos encargos, pero no podré hacer nada si te cargas a la bestia porque probablemente la necesite para los planes que me tengan reservados. —No vio cómo brillaron las pupilas de Làgrimas tras aquellas palabras, y menos aún recordó que su primer encuentro cara a cara había sucedido en la forja, cerca de la carbonería, ni que los golpes que lo despertaron tocaron en la puerta al intentarla abrir. Estaba tan desganado que no se percató de nada, salvo que algo cambió en el enmascarado—. ¿Todo bien contigo?

—Bonitas palabras. Sinceras, ciertas, salidas del alma. Alguna cualidad, Mòrwin della Turquète, debías tener. Te la ha de haber heredado uno de tus mil padres.

—Tampoco pareces mal tipo. Esos adjetivos y esas... manzanas, sean lo que sean, no los relacionaría a un carnicero común.

—La gente tiene distintas caras, y los demás las interpretan. Piensa en los asesinos con quienes puedas cruzarte y en cuánto ganarías, si aprendes a

observarlos. Hace nada intentabas convencerme de no matar a la criatura, y me negué, pero para que sepas que soy de mente abierta, que está muy en boga, cambiaré de opinión si te sinceras, porque hay algo que tienes, que quiero y que no sabía que tenías. ¿Qué te parece? Soy alguien con quien se puede hacer negocios. Una icormòri, un dacontrópodo, una lidia, una sanguiculacca. Lo que perseguimos no es más especial que esas criaturas. Dejarlo respirar más tiempo porque, seamos sinceros, entre gitanos no nos leemos las manos, no me molesta. Igual caerá por vejez o por un accidente inesperado. Suelen ocurrir a menudo en estos lugares. ¿Estás de acuerdo?

«Pero qué cabrón», pensó Mòrwin, al ver que Làgrimas se reía tras la careta. El asesino se desternilló, pero podía ocurrirle a cualquiera, hasta a Ruùd. Y en ese momento, mientras Mòrwin se relajaba, mientras la amenaza de Làgrimas cedía hasta disiparse por arte de magia, las cosas encajaron. El encuentro cara a cara que se dio en la forja, justo cuando había despertado, regresó con golpes en la puerta de la carbonera. «Quieres una llave que no tengo. Mierda... pero por lo menos se puede negociar. Parece que una pizca de suerte me ha salvado».

—ES COMO AGREGAR UNA PIZCA de romero —había dicho Ruùd—, de orégano o de sal. El sabor varía con el tiempo de cocción, por eso cocinar es un arte. Hornear en cambio es un proceso matemático. Requiere de cantidades exactas para que la comida no se estropee, pero esta tumba, aunque funcione con carbón y parezca un horno, no lo es.

El cadáver acucillado sobre los cráneos y la sonrisa sostenida con clavijas no respondió. Hedía a chamusquina. Mòrwin esperaba que coleccionar muertos fuese un pasatiempo provisorio, aunque el feérico siempre había sido una caja de sorpresas. La tumba no parecía de piedra.

Era una antigua fundidora, un artefacto recuperado de tiempos en que Ruùd no despertaba del Primer Sueño Feérico, de cuando a los dioses muertos, seres tentaculares de mil ojos, alas y rostros plasmados en bronce, aún los veneraban los Pueblos Primigenios. No quedaba explicación. Además, ni Ruùd ni Mòrwin conocían técnicas de modelado basadas en dicho saber ni en los grabados nigrománticos del aparato. El instrumento era raro. También su construcción y, sobre todo, la ferrosa piedra. Se calentaba como un horno, funcionaba con carbón y sangre; derretía elementos para concatenarlos en un organismo que se levantaba solo, o como Ruùd había demostrado, sola.

Cuando entrambos corrieran la tapa por vez primera, cuando arconte y protegido la empujaron con esfuerzo barbárico, dejaron entrever un molde de forma antropoide con apetecibles curvas. Los roedores se apelotonaban sobre una roca para mirar, construían una pirámide ratonil mientras ambos estriges decidían qué elementos fundirían.

«Me cago en la puta».

Descamisados, los rostros manchados de hollín y el cabello enmarañado, ambos trasudaban como esclavos. Un fata pálido de ojos cetrinos con media cara picada y un mortal con cortes en el rostro no cooperaban con frecuencia en las carbonerías. Se tumbaron sobre los huesos, mas luego, en el cajón, vaciarían al tuntún sacos repletos de osamentas, carne humana, tripas, unas cuantas uñas, guedejas, y nuevamente no usarían manuales, pues intentaban recrear la nigromancia que el difunto Lårsa nòcc Àstrid mal Caåstis, otrora nigromante consulto del dominio, se llevase a la tumba.

Dicha jornada junto al féretro decorado con runas, cuatro semanas antes de la empresa a Montecadáveres, Mòrwin della Turquète había aspirado el verdadero tufo de la humanidad. La muerta rasurada, a quien Ruùd había llamado Bère, empezaba a expeler hedor a podredumbre. La peste aumentó

con los restos de los esclavos a quienes el bebedor de sangre escabechó tras ordenarles abrir un vertedero de cadáveres. El feérico los había degollado con sus uñas, y sus restos, junto con más residuos, fueron directos al sarcófago. Lástima que los intentos de recrear vida tuvieran resultados catastróficos.

El primero fue una masa de carne chamuscada en peor estado que Bère, quien continuaba como espectadora con el tufanario sobre los cráneos. El segundo se derretió y un líquido aglutinante se rebalsó de la tumba. El tercero se había levantado, mas cayó fulminado tras llevarse una mano al pecho mientras la sangre fluía de su boca. El último tampoco llegaría a buen puerto. Tras encender la fundidora algo marchaba mal. La máquina trabajaba con sonidos chirriantes y la peste a chamusquina era tan terrible que las ratas se marcharon. Solo quedaron Bère, unos cráneos y despojos. La frustración de Ruùd resaltaba en su rostro y en las venas de sus ojazos. Mòrwin aguardaba a que la cosa saliera del sarcófago para irse. Se mordió las uñas, soltó una blasfemia, pero el ruido del sepulcro se parecía al chillido de una enorme estufa, así que se sobrepuso.

«Es necio hasta los huesos —pensó—. ¿Cuánto tendremos que estar?».

—¿Te rindes?! —dijo aturdido por la bulla.

—¿Qué?!

—¿Cuánto más nos quedaremos?!

—¡Cuanto sea necesario!

—¿Qué?!

—¡Lo necesario!

—¡No escucho! ¡Hay demasiado ruido!

Ruùd le indicó que se apartaran. Por tanto, caminaron hasta un brezal lejos de muñones chamuscados mientras Bère los apuntaba con su rostro.

—¿No es hermosa? —dijo el fata sonriente antes de olisquear—. Muerta, ha despertado sus encantos sin quejarse de su peste. Tú, lamentablemente, empiezas a oler mal. ¿No quieres ir a tu alcoba a por un bálsamo?

—Quiero irme y quedarme allá.

—No pensé que te aburrirías. Sigues sin ser un hombre de acción.

—Creí que tenías todo controlado. Parece que sin Lårsa...

—No lo menciones. He hecho suficiente con su funeral. Además, prometí mostrarte cómo funciona ese viejo cacharro, y ¿eso acaso no lo hice? Bère, aunque no sea perfecta, es la puta prueba. Nació sin pelo, con piel chamuscada, directa para la tumba. Cuando la maté solo alivié el sufrir de mi mejor ejemplar. ¿No soy un padre compasivo?

—El mejor ejemplar, pero ese cacharro, como lo llamas, si es lo que creo que es, debería mostrar más potencial.

«Una fundidora universal o, mejor dicho, fundidora humana. Junta carne, huesos y sangre para crear figuras con vida similar a nosotros, aunque aún la cagamos en algo».

—Estaba con carne cuando la encontré.

—Eso no me dijiste.

—Pues lo digo ahora. Dentro hallé dos cadáveres descoyuntados de dos miserables pellejas. Golpeadas, desnudas, con marcas de zurriago. Como alguien encontró antes nuestro tesoro, mandé a espiar a las ratas, ¿y sabes qué descubrieron?

—Imagino que nada.

—En efecto, pero yo encontré algo.

—¿Qué?

—Estaban quemadas.

—¿Tus ratas?

—Supongo que encontraron a nuestra competencia con las manos en la masa, que él o eso se dio cuenta y las despachó. Pude hacer más, pero me dormí en mis laureles porque si quiero, cuando entro en trance, mi nudo me permite ver lo que ven mis animales, pero, una vez muertas, ni aunque se reanimen. Y si intentas criticarme, ten presente dos cosas. Uno: usar mi nudo me deja exhausto, no sé por qué, y no me digas que es la edad. Dos: cuando penetro en el animal, si me aplasta sea quien fuere, moriría, y todo lo construido en el dominio, toda la organización de las tropas de exploradores, mis nigromantes, las mesnadas, mis brujos, y el resto de las cosas que conoces se irían a tomar por el culo, porque no existen más fatas que compartan mis ideas. Podrán reemplazarme, pero esta unidad entre nuestras razas no duraría. —Movió la mano por las llamas del brezal tan rápido que no se quemó—. El fuego ronda, Mòrwin. El fuego es peligroso, y ¿sabes que nos mira?

—Solo nos mantiene vivos, querrás decir. Menuda memez...

—Es un fuego distinto.

—¿Feérico?

—Parecido, quizá se esconde tras dicho artilugio, pero no quiero ilusionarme. El quid es que funcione nuestro cacharro, y si mi antiguo capitán brujo tiene cosas que nos sirvan... —Se volvieron al oír un ruido entre los escombros. Las tinieblas reinaban, y todo parecía seguir igual. Cráneos, huesos, guedejas, charcos de carne acuosa, rocas requemadas y peste a chamusquina. Bère miraba sorprendentemente hacia otro lado—. Algo ha ocurrido. Mira a mi hija, pero nada podemos hacer. Eso que nos espía caerá. Escucha. Si quieres, puedes irte y dejarme con mis asuntos, pero el tema de la fundidora no se puede retrasar. Tengo la corazonada de que el brujo sabía más de lo que creo y que tiene espías entre nosotros.

También de que en su carbonera aguarda la pieza clave de este rompecabezas, y tú, hijo mío, eres el más adecuado para meterse ahí.

—Veré qué hacer.

—¿Veré?

—Veré.

—Eso no basta. ¿Comprendes? —Lo agarró del cuello—. Algunos esperamos más de ti. Hacer lo posible lamentablemente se queda corto. Harás, Mòrwin, lo imposible. De ser necesario matarás a su última prostituta.

«¿A Lyssàris? Ni lo sueñes. Esa chica haría todo por mí, pero si por algún motivo terminas muerto, seré el siguiente, y por ciertas cosas aún no quiero irme».

—Lo que digas, pero...

Se detuvieron cuando tronó un estallido. La caverna se llenó de humo, tanto que se cubrieron los ojos y se encorvaron al toser.

—Creo que la jodimos —dijo Ruùd al rato, tras aclararse la garganta—. Corre a verla, hijo. Date prisa.

—¿A Bère?

—Exacto. A Bère, a la fundidora y a la nueva fundida. Este humo —tosió de nuevo— se me ha metido hasta los pulmones, cof, cof, cof, ve a ver, ve, y cuéntame el problema.

—¿TIENES LA LLAVE?

—Está en un lugar seguro —mintió. Esperaba que Lyssàris la encontrase, mas no para Làgrimas. Mejor que los estriges lo matasen con veneno, fuego

o a zurriagazos—. Se encuentra donde debe, de modo que atente a mis condiciones.

—¿Y me dices cuáles son?

—Primero —comenzó Mòrwin— cumplirás el plan inicial de Ruùd. Es decir, llevar a la bestia al dominio, no muerta, sino viva.

—Eso puedo hacerlo.

—En segundo lugar, no matarás prostitutas, y las traerás de vuelta.

—Ya. ¿Algo más?

—Seguirás siendo mi protector. ¿Preguntas?

—No matar a la bestia ni a las putas y dejar tu cabeza en su sitio. —La careta escondió una sonrisa—. Será pan comido.

Mòrwin no respondió. La ígnea mirada del guerrero lo intimidaba.

«Tiene los iris de un naranja incandescente. ¿Quién está detrás de su máscara? —se preguntó, mas la peste a pólvora lo distrajo y reparó en el combustible que el otro portaba en su faltriquera—. Cuando se tiene la sartén por el mango, se puede domar hasta a un león, y yo lo he conseguido».

Yacían en un monte solitario, donde había abundancia de osamentas, silencio, oscuridad, y donde se arrastraban formas. ¿Bastaría Làgrimas para acabar con todas?

—¿Por qué tanto interés en ella? —quiso saber.

—Si quieres la verdad, como trabajaremos juntos...

—¿Juntos?

—Estamos del mismo lado desde que pusimos las cartas sobre la mesa. Tú haces esto. Yo aquello, y mi prioridad es cumplir porque me interesa la llave de. La. Carbonería. Je. Je. Je. Como diría mi falso yo, porque Ruùd la está liando. Se ha ganado enemigos por crear una comunidad de fatas y

mortales nunca vista, y ahora, pasados lustros, ha despertado envidias. El control se le escapa de las manos.

—Eso es exagerado.

—Quizá exista una conspiración para tumbárselo. Lo cual nos pone en peligro, porque, al ser humanos, los demás fatas nos consideran un error. Monstruos, Mòrwin. Hacedores de caos. En nuestro corto tiempo de vida, queremos alcanzar cosas para las que no estamos listos. Peleamos, matamos, causamos desmadres. Por eso nos consideran el inicio de los males.

—Y Ruùd...

—Está de acuerdo, pero tiene sus motivos para permitir esta calamidad. —Hizo una pausa al oír los gemidos de la casquivana—. Es un sádico, no un salvador. No ha unido al pueblo feérico con el mortal para reconciliar las castas, sino porque cree en un caos natural, que aquello debe aceptarse y que los fatas no son distintos. Las Dos Sangres, Mòrwin. Yo no sé qué pensar. Me gusta vivir, ¿sabes?, pero prefiero matar, y he tenido paz buen tiempo para que una panda de pardillos se tumbe lo construido. Todo cambio trae consigo el pandemonio. No soy idiota.

—Ya te dije que eres listo, pero dime una cosa.

—¿Qué quieres?

—Hueles a pólvora. ¿Eras tú quien nos espiaba en el osario?

—No sé de qué hablas.

—Junto a la puta tumba.

—Ah... —Làgrimas suspiró—. Si lo dices por Bère, el cadáver que conserva Ruùd...

—Entonces estuviste...

—Alguien os vio y la noticia corrió por las barracas. Los estriges dijeron que sacó a la cría de un pozo con nigromancia y que montones de mujeres vinieron al dominio por la misma vía.

—Eso es ridículo.

—A simple vista lo es, pero el brujo ha cosechado algo en su carbonería que parece el quid del asunto, por lo que ya no es tan ridículo. Destruir grandes imperios se consigue desde sus cimientos. ¿Y qué cimienta Dominio Sangre?

—Làgrimas...

—Contesta.

—¿Las putas?

—Y si no hay putas, no hay soldados. ¿Cierto?

—Cierto.

—Y sin soldados, nos vamos a la mierda. No me extrañaría que otro monstruo surgiese cuando estamos fuera, uno más terrible, con más bocas y colmillos. Ni que al regresar hayan apiolado a más miembros de la inservible Guardia de Bronce. —Dio un paso al frente, se puso las manos en las rodillas y se agachó—. ¿No es aquí cuando parece más sensato abortar y ocuparnos de lo importante, como volver a por la llave? Tú mandas, pero recuerda que hay cosas más sustanciales que los caprichos de un arconte. Ruùd es guerrero, organizador y negociante, pero no tiene el cariño de su pueblo. Si no se hace lo correcto, caerá.

—Y tú crees que lo haces.

—Como quieras, pequeño. —Làgrimas, por un instante, pareció disgustado—. A mí me interesa mi comodidad, aunque ignoro cuánto dure porque corre una mala época. La Época de las Tres Sangres. Una jodienda.

—Hablaste solo de dos —repuso Mòrwin, y Làgrimas guardó silencio como si fuese un comentario tonto—. ¿Cuál es la tercera?

—¿Ruùd no educa a sus estriges? —Rio, y se levantó para escuchar los gemidos de la embarazada—. Me lo había dicho tu madre, pero era de esperarse por ser una utopista. Fatas, feéricos, imperecederos —hizo una pausa— o como carajos los llames, son la Primera Sangre. La que despertó de los frutos y de las raíces del No Mundo.

Mòrwin escuchó atento, con la vista clavada en los muros agrietados.

—Humanos, mortales —Làgrimas continuó—, los descendientes de los Primeros Hombres, quienes se refugian en el fuego y que no conocen la luz, son la Segunda Sangre. A la Tercera Sangre pertenecen los que rondan en la penumbra. Criaturas a las que mata gente como yo. Antes los llamaban «ferales», pero recientemente les dicen «monstruos». Para unos son una aberración. Para otros, la aberración somos nosotros.

»Cuando se juntan las Tres Sangres, Renacuajo, cuando inician con sus eternas querellas, tiraniza el caos y entonces la muerte se expande. Este es el primer requisito para que giren las ruedas de la maldita Cuadriga. Se lo dije a tu madre y ahora te lo digo a ti.

—Me gustaría que no la mencionases.

—Como quieras, pero tarde o temprano enfrentarás tus cargas. ¿Hay algo más que me quieras decir?

Que se callara.

Toda esa historia de las sangres le parecía ridícula. Tenía un tufo a profecía, y las profecías manipulaban a las masas. ¿Qué diría Ruùd? Probablemente, que la guerra entre razas siempre había existido y que no experimentaban una edad caótica, sino que vivir en el caos era natural. Làgrimas se dio la vuelta y siguió los gemidos.

—¿A dónde vas?

—Pensé que habíamos terminado. Ven, si quieres.

Obedeció sin pensarlo. La espalda del asesino era imponente. Su sombra alargada ante las teas pronosticaba el mal fario. Se detuvo ante la mujer, que temblaba.

—Te ordené que no mataras fulanas —dijo Mòrwin.

Làgrimas lo ignoró.

—Hemos venido a salvarte —le dijo a la puta.

—Mi señor...

—No soy tu señor. Somos estriges del fata Ruùd. Te llevaremos al dominio, si nos dices dónde se esconden las otras.

La chica no respondió. El enmascarado se quedó en pie junto a un montículo de guijarros. Destabó su maza de la presilla del cinto.

—Làgrimas.

—¿Vais a matarme? —repuso la prostituta.

El carnicero miró a Mòrwin.

—Prometí que no mataría mujeres —afirmó.

—¡Làgrimas!

El chico quiso tomarlo del brazo, pero se detuvo cuando lo vio sostener su arma en alto, un astil con una bola de hierro que había roto crismas de miles.

En cuanto golpeó, el ruido contra el hueso fue devastador. Las astillas salpicaron por las paredes junto a trozos de seso. Las sombras se agitaban. Las brasas danzaban. Los murciélagos aleteaban. Mòrwin observó mudo como una estatua e hizo puños en señal de frustración, pues el otro había ignorado sus órdenes. Lejos de castigarlo, se sintió apabullado. Su corazón

palpitaba con miedo al recordarle que había sido un iluso al creer que, con sus palabras, podía domar leones.

LAS LLAMAS MENGUABAN EN un yermo salpicado de rocas, y un riachuelo negro fluía por una fisura en el tejido de la realidad. La sustancia se extendía con un ruido acuoso entre osamentas feéricas y humanas dispuestas sin orden ni concierto. Corría por descampados en los que paseaban arañas negras y crías de ungoliàntas, donde reptaban gusanos, amebas, torsos y sanguicculàcas mientras se oían gemidos de espíritus. Una peste a muerto impregnaba las bóvedas bajo telarañas y cadáveres en crisálidas, mas solo mientras menguaban las llamas. Los fatas arcaicos, reputados por marchar sin antorchas, no aparecían. El viento que nacía en lo profundo no soplabá. Los calamares y moluscos gargántuos, muertos en océanos subterráneos, no emitían gases por descomposición. El silencio extendió su tiranía por un tiempo, pero como todo lo que inicia termina, se quebró cuando el *kończyora pęrgògnia* dio un rugido tremebundo. Uno de sus ojos, que miraba por una grieta, se distrajo con la sangre que fluía de sus millones de heridas. ¿Cuándo cerrarían?

«Cautivos», pensó al divisar a coraceros con antorchas.

Era la caballería del capitán De Lènfer, que marchaba por un paso de montaña con el estandarte en alto. Los mesnaderos portaban alabardas, espadones, rogatinas, mazas, gujas, ballestas, hondas. Entretanto, soldados vestidos con cuero y cascos piramidales sostenían ardientes teas. Lo Oscuro echó sapos y culebras al recordar al explorador, y un sentimiento revanchista lo enardeció. Al sentir su sangre fluir, masas de ríos que se arrastraban como terribles deslizamientos, supo que cercarían a los soldados para que emergiese su ejército. El ruido de un chapoteo le obligó a girarse y

sus millones de bocas, que sonreían tras las mucosas, salivaron al ver a las monstruosidades. Para algunos no eran más que abominaciones. Para otros, un recuerdo sanguinolento con forma antroipoide. Antaño, antes del despertar de las Tres Sangres, de dicha plasta habían germinado las primeras formas. Cabezas cerosas daban lamentos al atorarse en la viscosidad. Echaban venablos por la boca al tiempo que la sangre paría muñones, brazos, torsos, esqueletos, cuerpos con intestinos enredados en sus junturas, y con el pasar del tiempo vomitaba fatas u hombres armados con machetes que imitaban la dureza de mortíferos metales. Lástima que los monstruos apenas durasen, pues los consumía el tiempo.

El recuerdo se quebró al vulnerarse el silencio. Las icormòri anadearon entre un mar de niebla con dirección a los mesnaderos, que sostenían teas junto a pelotones de catafractos y a jinetes acorazados que llevaban el estandarte de la casa de Ruùd. En cuanto el fuego muriese, el espíritu de los armígeros desfallecería, y en medio de la escabechina caerían bajo humedales de sangre que iniciarían con sinfonías de huesos, carne molida y fluidos para teñir paredes como obras de arte.

Muerte.

Miedo.

Caos.

Lo Oscuro, atento como fiera del abismo, saboreaba la victoria al otro lado del tejido primordial, y recordó la caída de la Guardia de Bronce ante otra criatura, una de aquellas que antaño vomitasen sus bocas. La lista compuesta de lidias, fulanas, adiposas, ungoliàntas, sanguicculàcas, platijas que devoraban otras platijas en profundos estanques, hidras, harpías, sirenas, glaurùngas, dracos rastreros, de tierra, negros y dracohuesos, pesadillas, güivernos, lobisomes, damascas, piélagas, cocatrices, basiliscos,

monoceros, entre otras criaturas, seguía y seguía, aunque esa jornada su ejército solo estaba compuesto de icormòri.

Los belfos de La Oscuridad se agitaron cuando la horda cubrió el flanco oriental. La avanzada estaba presta a la carga, y gracias a su color era difícil distinguirla. Las leyes naturales, empero, le impedían acercarse.

«El maldito fuego arde».

Para otra criatura aquello hubiese terminado allí, pero Lo Oscuro tenía posibilidades. Entornó los ojos y quedó dormido. Al despertar andaba atrapado tras las mucosas. Sus carrillos se hincharon, sus belfos se dilataron, su saliva se derramó en un vacío entre paredes nervosas donde rostros acuosos gemían. Tras girarse notó que una parte suya aguardaba en un cuerpo ceroso en medio de la escaramuza. Su sangre burbujeaba mientras otras icormòri acribillaban a estriges ante las antorchas, y escuchó gritos, estruendos, chapoteos y la agitación del acero cortante. Las formas tomaron machetes que imitaban al hierro y con raudos blandidos despanzurraron a los armígeres. Gimieron antes de girarse para degollar a tres mesnaderos que empuñaron sus rogatinas. El acero cortó y la sangre danzó. La Oscuridad, que sonreía escondida en la icormòri, observaba con euforia. Entretanto, los combatientes se arredaban alrededor. Gritos y fluidos derramados recorrieron el páramo. Los caballos piafaron, dieron coces, se desplomaron arrastrando a sus jinetes a la tumba, y quienes desmontaron tropezaron con sus propios muertos. Una icormòri de corte al rape jaló a un húsar del camisote y lo acucilló, pero, antes de que rogara, otra le ensartó una guja en la coronilla. Una tercera lo decapitó tras aparecer junto a las rocas y arrojó la cabeza a un campo con estriges empalados. Eso era, como dijese los Primeros Hombres, el delicioso asesinato, y La Oscuridad esbozó una sonrisa porque los demonios morían.

Anadeó hacia un ballestero despanzurrado, refugiado tras un pavés. Con una mano sostenía una antorcha y con la otra se metía las tripas. Renqueó hacia la tea que empuñaba un escudo juramentado. Dos formas de miembros rotos, ahogadas en pozas, yacían a sus pies al tiempo que el bigardo se acomodaba una loriga con las anillas descosidas. El guerrero olía a acero, respiraba acero, tomó un hacha también de acero que guardaba en bandolera y la blandió con agilidad.

«Mierda...».

El ardor sacudió el húmero antes de que su brazo se desprendiera. Lo Oscuro lo vio al alzar la cabeza hacia su verdugo, oculto bajo el puntiagudo yelmo, mas, tras sufrir espasmos, divisó a unas icormòri que desgarraban grumos de sus cuerpos y los arrojaban al bigardo. El coloso se volvió. Se cubrió con una rodela y trató de resistir, pero era inútil. La plasta golpeaba su armadura, se pegaba, y al instante paría pequeñas manos que trepaban a su garganta.

El juramentado se tambaleó, se arrodilló en la piedra dando berridos. Las manos caminaban bajo el gorjal e hilos rojos que se convirtieron en ríos le recorrieron la tráquea. Se desplomó con un sonido de hierro sobre el suelo granítico, y murió en un charco mientras refuerzos con jubones negros y el emblema de la estrige en campo de armiño arribaban por los flancos. Los beligerantes trotaron desbordando océanos de vehemencia, y algo palpitó en el interior de La Oscuridad.

«Demonios. Asquerosos jodidos demonios. —Cerró los ojos para entrar en otra criatura, mas nada ocurrió—. Mierda».

El baldío se aglomeró de guerreros que arribaban golpeando a las icormòri con estrellas de la mañana. Los sables grumosos, que imitaban a los aceros más mordaces del abismo, habían perdido su dureza, y como no podían hacerles frente las formas caían como ratas. Una con rostro aplanado

intentó cortar a un jinete que cabalgaba un rucio, pero el arma se rompió al dar con las patas del animal. El jinete siguió de largo, y otras unidades atropellaron a la criatura levantando polvo. Los monstruos no duraban, y caían. Lo Oscuro rugió en medio de la derrota, mas el retumbo se perdió en el caos y su visión se obnubiló con un ruido sordo. La comba golpeó sus sienes por vez segunda y un sonido gelatinoso viajó por la Profundidad. Al trote aparecieron más jinetes acorazados, tropas de infantería en las que se mezclaban alabarderos con ballesteros, trabuqueros con lanceros, zapadores con lanzadores de cuchillos que pisotearon sus restos. No vio más. La incertidumbre lo avasalló antes que el terrible frío. ¿Era eso la muerte?

Sabía la respuesta.

Bañada en derrota, se giró como un pez en una orilla antes de aparecer frente a una fisura de la membrana. La sangre salpicó sobre las rocas. *Aquello* se arrastró para mirar si los soldados peleaban sobre los restos de su antiguo cuerpo, convertido en barro. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que lo despacharon? Tampoco estaba seguro de si era la primera vez, y como siempre ocurría el recuerdo se enterró bajo el polvo.

«Demasiado débiles, demasiado inútiles, demasiado todo».

Miró a los muertos. Sangre negra vuelta grumos combinada con cadáveres cubiertos de piezas de hierro y telas ajironadas. Se sintió impotente, pero también sola.

Cuando devolvió su atención al resto de la caballería, arrostró a una banda cuantiosa de jinetes negros que marchaban con el fuego en alto y cabezas de icormòri ensartadas en sus muharras rumbo a la montaña. La última parada de los estriges bajo el mando del capitán Lòcnes de Lènfer quedaba a pocas varas de distancia. Habían derrotado a La Oscuridad, y ella estaba segura de que aquellos demonios ni siquiera se habían dado cuenta.

7

LA MUJER SE TAMBALEÓ hacia un lado tras recibir una lluvia de porrazos y, antes de caer sobre los gujarros, pasadas sus convulsiones, falleció. Mòrwin miraba con el estómago revuelto mientras encajaban las piezas del rompecabezas. Càliss, la Preñada y Lårsa. La primera había mutado en un altercado con el brujo fata. La segunda nunca se transformó, pero la cosa en su vientre que Làgrimas había matado jamás pareció humana. El último era un brujo muerto, aunque los vestigios de su arte todavía causaban estragos. A Mòrwin le parecía que lo miraba desde las rocas, como si, después de morir, se hubiese unimismado con la Profundidad. El cuerpo había ardido en un rito funerario al que asistieron unos cuantos feéricos, y los encargados depositaron las cenizas en una urna que guardaron con los tesoros de Ruùd. Se distrajo con los restos de la fulana, desperdigados junto a trozos de feto pegoteados en los muros.

«El cabrón no dudó, y se ríe tras la máscara». Remembró el corte en canal que hiciera el asesino antes de coger al aborto de las patas. La cosa tenía colmillos y estaba embadurnada en un líquido marrón cuando la estrelló contra el dolmen. Tras un ruido seco, reventó.

—¿Qué pasa? —dijo Mòrwin—. ¿Vamos a irnos? Porque si esperas a que reviva...

—Creo que has oído demasiadas historias. Llevo lustros en los abismos matando monstruos y nadie ha revivido.

No parecía viejo, sino un hombre duro con quemaduras en sus brazos que debía de sumar hartos años.

—¿No has oído que la vida te da sorpresas, Làgrimas?

—Más de las que uno puede aguantar. Si son malas, es una puta mierda, y el problema es que casi siempre lo son. ¿No estás de acuerdo?

«En realidad sí, y bien podría aplicarlo a mí mismo».

Recordó cuando Càliss mutó. ¿Cuánto tiempo había pasado? Era penoso que siguiese atormentado por alguien que solo lo valoraba en su cabeza.

—¿De dónde viene ese olor? —dijo para distraerse—. Huele a chamusquina.

—Quizá del pelotón. Estamos en una montaña que asedia la caballería.

—Cuando lleguen los soldados de De Lènfer, lo primero que harán será ponerse a mear.

Làgrimas se encogió de hombros.

—Ya debieron de haber meado, si partieron antes de que ardiesen las antorchas, y hasta cagado, si tenían ganas. No en balde los guiamos para que evitaran las hordas.

—¿Estás seguro?

—Solo ato cabos. Si no han arribado, pronto lo harán.

Sacó la tea de su macuto, la encendió en el brasero e hizo arder el cuerpo. Ambos vieron el cadáver en llamas.

—¿Qué te pasa? —preguntó Làgrimas—. ¿Nunca has visto arder un muerto?

«Nada. Nunca pasa nada». Pero siempre ocurría algo.

—Dime —Mòrwin dijo—. ¿Cómo sabías que la chica era un monstruo?

—Por su puto olor.

—¿Cómo?

—El pelo, la carne, el sudor. Toma aire y siéntelos. Cuando matas monstruos durante mucho tiempo reconoces su peste impregnada en las

rocas, y aunque fue difícil percibirla, sus fluidos me dijeron que en su panza incubaba una criatura. ¿Prestas atención?

—Soy todo oídos, enmascarado.

—Ya, porque tengo una teoría que te gustará y que podría poner punto final a este asunto. —Se detuvo mientras Mòrwin aguardaba en su sitio, con la esperanza de que errase en su deducción—. ¿Qué pensarías si te digo que tarde o temprano mutarán todas las putas?

—Pensaría que has enloquecido.

—Yo diría lo mismo si estuviese en tus zapatos, pero he vivido mucho tiempo en la Profundidad y nunca he visto cosas tan turbias. Si la preñada pilló una enfermedad, si por eso parió a esa pesadilla, no hay nada que descarte que algo parecido les pueda ocurrir a otras. Quizá hasta al monstruo que perseguimos lo haya parido una ramera de la prisión. ¿No crees lo mismo?

—Mi opinión no ha cambiado nada.

«Pero tú, sorprendentemente, casi acertaste. ¿Quién eres, cabrón?».

Los dientes de Mòrwin castañearon, las manos le temblaron, el sudor le cubrió la frente como rocío helado.

—Es una idea retorcida —continuó el Lord— y, honestamente, me asusta.

—Retorcida o no, conviene tener al miedo como aliado.

—¿Como aliado? Ja... ¿Es lo único que dices cuando tienes una maza que «aputamadra»? Pensé que Ruùd me había asignado al mejor guardia de esta región.

—Y no se equivocó, porque no caeremos sin que fluya sangre, aunque prefiera mil veces arder en fuego. —Cuando Làgrimas concluyó, la peste lo

inundó todo y sus ojos parecieron iluminarse—. Toma tus cosas y marchémonos. Este hedor a monstruo muerto me disgusta.

«Y a mí —pudo decir Mòrwin al volverse al cuerpo y tomar sus cosas para emprender la marcha— ya empieza a hartarme».

FUE UN RECORRIDO SILENCIOSO, solo roto cuando atravesaban charcas ante el ardor de sus antorchas. Sombras se arrastraban por los roqueños muros, y los horrores, enjutos y rastreros, reptaban en rincones dejando una estela de sangre rabiosa. Mòrwin imaginó oír chapoteos, susurros, pisadas. ¿Qué había significado Càliss para él realmente? ¿Fue solo cosa del momento? Sus besos, caricias, abrazos, incluso penetrar en su templo fueron intercambios de favores antes de que se enfriase su relación. El lunar en el mentón de la consorte le vino a la mente, así como la mancha en forma de bota sobre su glúteo cuando la penetraba. Mal momento para pensar en todo aquello.

Tras cruzar la garganta entraron por una escarpa con miríadas de cantos esparcidos en todos lados, rumbo a una hondonada salpicada de menhires, antas, pequeños anillos y cistas rodeadas de trilitos entre otros monumentos megalíticos con olor a pasado. Mòrwin no se inmutó. Conocía otras criptas en dichos abismos, mas su boca se abrió cuando vio acostadas a más de treinta casquivanas.

«¿Todo termina aquí? —se preguntó de repente—. Pronto aparecerá Càliss, y cuando eso ocurra...».

Pensó en la mujer con el rostro reventado en la forja y las declaraciones de los guardias. Ellos describían a una criatura de senos colgantes, parte del rostro con rasgos lobunos y ojazos color bilioso que parecían arder. Làgrimas levantó una mano y el gesto despertó a Mòrwin. Vio con

nerviosismo que el otro se llevaba un dedo a los labios de la máscara en signo de silencio, al tiempo que enarbolaba la maza con la diestra.

—Quédate ahí, y no te muevas.

El asesino caminó de puntillas mientras el chico, abrigado con su capa, observaba bajo la antorcha.

«No estás hecho para esto». Recordó a Lyssàris, y luego se dijo: «Yo, mi puto orgullo y mi enorme boca. Por suerte el grandote se relaciona con mi casta».

Hànsa, al igual que ambos, en su tiempo, había recorrido esos abismos, pero llevaba diez años muerta gracias a él. Tras volverse, se limpió el sudor y, con la antorcha en alto, observó. La primera puta que vio dormida era del pabellón cuarenta y tres, el rostro demacrado bajo la sucia guedeja. La pelirroja de la cista, cubierta con una frazada, pertenecía al cuarenta. La de la cara tiznada era nueva, tan joven como si no hubiese manchado la piedra, pero los soldados seguro derramaban su simiente en su aplanado abdomen.

La lista seguía.

Mòrwin se volvió a Làgrimas. ¿Qué intentaba decirle? Fuera lo que fuese, no hablaría, pues si una despertaba, la imitarían otras, ¿y quién sabía qué aguardaba allende los túmulos?

«Le dije que no las matara, pero en estas circunstancias no importa nada».

Caminó con sigilo, y cuando Làgrimas le indicó que mirase las lajas descubrió a dos putas desnudas que dormían juntas. Sus curvilíneos cuerpos se unían por mucosas que nacían en sus frentes, en los senos y en los carnosos muslos, como si se juntaran para formar una criatura.

—Quizá aún no hayan cambiado —susurró Làgrimas—, pero es inconcebible esta aberración.

Guardó la maza y sacó el cuchillo. Se acuclilló, tajó y la sangre se derramó. El manantial rojo recorrió la hondonada mientras las mujeres pateaban y se ahogaban. Sus manos resbalaban al tocarse las gargantas.

«Prefiero el fuego», recordó Mòrwin que había dicho el de la máscara, pero tocaba sangre. El acero cortaría para que los fluidos bañasen cada rincón de la cripta.

LA TIERRA SE SACUDIÓ con el clamor de Lo Oscuro. La onda vibratoria fisuró cordilleras y agitó pendientes, arrastró tierra de los abismos en vorágines rocosas mientras el grito del *kończyora pęrgògnia* zahería la corteza de la Profundidad. Las ráfagas arrastraron esqueletos que tabletearon antes de romperse dentro de un torbellino junto a cadáveres humanos y de monstruos, de feéricos y cascos de vasos funerarios. El viento traía un hedor cadavérico, y el grito de Lo Oscuro era potente como demonios enfurecidos en los confines del No Mundo. La furia del huracán descalabró el suelo y desgajó la piedra, que salpicó como arenisca al tiempo que Lo Oscuro miraba con un ojo desde una ruptura en el tejido de la realidad, a la sombra de un cielo cubierto de estalactitas. El aire, mezclado con arena, sangre y pedruscos, se vició. El *kończyora pęrgògnia* estudió a la caballería del capitán De Lènfer, una unidad en desbandada que galopaba por yermos virulentos salpicados de plastas y charcos negros, orines y huesos, pozos de limo y sangre y quebradas donde incubaba la maldita masilla.

Los coraceros huían de la tempestad a costa de muchas pérdidas. Los que caían del caballo eran aplastados por sus cofrades y dejaban a sus rucios cabalgar sin rumbo hasta que la nube de arenisca se les metía por los ollares, y las bestias coceaban, se encabritaban, relinchaban antes de que

sus huesos se quebrasen tras una explosión de carne. Hermosas alfaguaras rojas. Entretanto, los estriges blandían las antorchas para apartar a La Oscuridad, y el enemigo de antaño, el *kończyora pęrgògnia*, se debilitaba con cada golpe. El monstruo perdía fuerzas al deslizarse entre el cúmulo de tierra y mirar de cerca a los jinetes, que, aunque no lo veían, intuían su presencia. Parecieron inseguros cuando las antorchas se apagaron por el polvo de la ventisca, y mucho más cuando las armaduras de los batallones de catafractos se quebraron y la sangre se derramó entre los pliegues de las piezas de metal. Cientos, miles, millones de gritos. Las alfaguaras rojas que vomitaban huesos y carne triturada, crines, y hasta avambrazos o coderas intactas, florecían en obras de arte; solo cuando se apagaban las antorchas. Mientras tanto, otra parte de la caballería se alejaba del torbellino. Montecadáveres se mostraba imponente para que los soldados se atrincherasen, y cuando el huracán perdió su potencia el *kończyora pęrgògnia* dejó de planear.

Ralentizó su velocidad al punto de mecerse como una pluma y poner sus traslúcidos pies feéricos sobre el suelo. El aterrizaje le hizo perder el equilibrio y se revolcó sobre la roca dando vueltas hasta que se detuvo. Era un estado que le costaba mantener, pues consumía su vitalidad porque andaba en medio de planos etéreos y físicos, mas no importaba, ya que quería vengarse. Pudo penetrar en las membranas de la realidad para reunirse con millones de ojos inyectados en sangre y bocas dentadas, repletas de hileras de colmillos, así como lenguas que parecían serpientes y rostros inconmensurables que se bañaban en corrientes de ardientes cascadas gritando en agonía; parte de su abominable sustancia. Pudo entrar en dicho lado del mundo para regenerarse, empero, no lo hizo. Su cabello danzó desbordando un polvo que se disgregó en el aire, y sus ojos apuntaron a la sombra de Montecadáveres. Las antorchas se encendían.

Imposible apagarlas, porque si gritaba para crear sus terremotos no se mantendría erguido. Por tanto, aguardó mientras los jinetes descabalgaban en lontananza para contar a sus muertos con el semblante ensombrecido, pasada la vorágine. Los vio establecer sus tiendas al pie de la montaña mientras algunos pelotones se disponían a entrometerse en la guarida de sus criaturas.

«Malditos demonios», pensó, porque eso eran.

Sucios y crueles demonios, tanto comunes como infernales.

Entornó los ojos al sentir la respiración de la piel rocosa que conformaba el abismo, a su sangre recorrer el sinfín de venas y arterias bajo los músculos de la Profundidad, los chapoteos, las salpicaduras, el bucear de las platijas que devoraban otras platijas en insondables estanques hasta meterse entre cuevas que guiaban a otras cuevas en las que regía la penumbra, en nidos hundidos con huevos ferrosos que presentaban desgarros, mas se detuvo en cuanto el fuego ardió. Lo Oscuro se exasperó cuando la llama lo distrajo. Sus belfos se sacudieron, sus carrillos se hincharon, sus ojos lagrimearon y el trance se interrumpió. El alarido de una de sus hijas lo obligó abrir un óculo en el tejido de la realidad. La sangre saltó con el restallar de las mucosas hasta golpear las paredes graníticas junto a las que observaban la carnicería. Entre sus enemigos estaba un estrige enmascarado que corrió a grandes trancos para clavar su cuchillo en la tráquea de la prostituta. Esta murió en el acto. Un joven de rostro cicatrizado se quedó temblando hasta que, con gran arrojo, enterró su daga ceremonial en el estómago de una mujer con granos. No parecía experimentado, mas acababa de liquidar a una de sus hijas.

La matanza silenciosa se convirtió en caos después de que ambos apiolaran a la siguiente furcia, porque su grito despertó a sus hermanas. Mujeres con la ropa hecha jirones, senos y nalgas al aire, gritaron y

corrieron sobre los túmulos. Cuando pensó que carecían de escapatoria, oyó unas pisadas en los túneles. Una de sus ramificaciones se movía en un tejido monstruoso cubierto de pelos que expandía su sombra. La mole de argénteo pelaje apagó una tea con sus pezuñas. Si bien andaba lejos del sepulcro, se dirigía hacia él. La Oscuridad quiso acompañarla para cobrarse su revancha. En un arrebató de locura escupió mil y una maledicencias por semejante ignominia, y porque en su estado le costaría arribar a la cripta. Su hija no podría vengarse sola. Los demonios eran incomprensibles, y de acuerdo con su lógica pertenecían a castas que no debieron vivir.

8

LA PORRA GOLPEÓ A UNA PUTA en el rostro. Las astillas salpicaron, hilillos de sangre mancharon los dólmenes y un segundo cachiporrazo, justo en la mandíbula, le volteó el cuello en un ángulo agudo. El cuerpo se tambaleó ante un túmulo de rocas mientras las mujeres gritaban junto a monolitos con inscripciones nigrománticas. Mòrwin se sacudió el tabardo en cuanto el cadáver se desplomó, y se preguntó si Làgrimas sonreía. Tras caminar con desvergüenza, el estrige había dicho que su mayor placer era asesinar furcias.

«Parece un tío imbatible, pues no descansa ni se alimenta. ¿Recuerdas cuándo comió por última vez?».

Él tampoco había comido en las últimas dos jornadas. El cuerpo le flaqueaba y los muslos le dolían. Después de ultimar a nueve mujeres con indicios de mutación, no sentía culpa. Recordó las verrugas, las pústulas, pensó en Lyssàris. ¿La habría matado? El rostro risueño de la muchacha en la carbonería pobló su mente, mas se desvaneció en cuanto Làgrimas le rompió el cuello a otra.

—¿Quién es la siguiente?

—Si no han cambiado —dijo Mòrwin—, no las matéis.

Las mujeres lo miraron con semblantes confusos. Una de las cuatro, la de cabellos crespos, lo reconoció.

—¿Maese Cortes?

«Hace mucho que no me llamaban por ese mote».

—¿De pronto soy vuestro lord? Las perras como vosotras me despreciaban cuando paseaba por las celdas.

«No me acostaré contigo —solían decir—. Tu cara da asco. Tu polla es chica y nunca funciona».

Escuchó las burlas del pasado, y en el presente, las súplicas.

—¡Sálvanos! —dijo una.

—¡Por favor!

—¡Haremos lo que pidáis!

—Podría pedir muchas cosas. —La sonrisa de Mòrwin se extendió de oreja a oreja cuando puso las manos en jarras—. Como que os arrodilléis para chupármela, pero no tengo ganas. Ahora que yo, la alimaña más despreciable de la Profundidad, puede socorreros, ¿me rogáis que os salve? Primero decidme qué pasó, y luego, veremos.

—Pierdes tu tiempo —dijo Làgrimas a la luz de las teas—. Pronto cambiarán. Apestan.

—Son solo putas. Es normal. Si no usan bálsamos, huelen a pescadera —repuso Mòrwin tras olfatear—. Tú céntrate en protegerme hasta retornar al dominio, no sea que cambie de opinión y que no consigas lo que buscas.

—Ten cuidado con tus palabras, Lord Cortado. Un error como ese puede costarte caro.

—No sabes cuán feliz me haces. ¿Debo recordarte que, si muero, Ruùd te mandará a decapitar?

Le respondió la frialdad de una careta negra con astas amenazantes. Era como si el otro se aguantase su disgusto tras el metal.

—Limítate a hacer bien las cosas, enmascarado. —La voz de Mòrwin cesó antes de que, con parsimonia, se volviese a las mujeres que tapaban sus senos con encorvada postura—. Míralas, están intactas, y ni siquiera

tienen ropa que oculte sus manchas. Tendréis protección de nuestra parte, zorras, aunque solo por esta vez.

—Gracias, mi señor.

—Vuestra gratitud no importa.

—Te lo pagaremos con una velada deliciosa.

—Quizá vaya a pensarlo, pero ahora prestad atención, ya que requiero algunas cosas.

—Lo que sea, mi señor.

—¿Por qué *aquello* os liberó de la Guardia de Bronce?

—Eso nos preguntamos. Tras matar a los guardianes, nos trajo a esta montaña, y desde entonces nos alimenta.

—Quisiera saber cómo.

—Hígado, vísceras —repuso la chica—, caldo de sangre con vinagre y especias. Hay rumores de confabulación, pues algunas se reunieron para cargarse a los guardias.

Luego tembló, se cogió el estómago y vomitó.

—¿Y dónde están las malcriadas?

—Murieron —respondió otra— antes de llegar a esta tumba.

—Mala cosa no saber hablar con muertos, ¿cierto?

La mujer asintió.

«Y mala cosa para ti también, muchacha». Señaló a la que vomitaba, y el carnicero obró como se debía. Tras dar un paso, enarboló su daga y el acero traspasó la entrepierna de la casquivana, cortó al sesgo hacia la panza y giró. El cadáver cayó. Las restantes se horrorizaron ante Maese Cortes.

—Cuando Caliscàia cambió —dijo el noble— comenzó vomitando.

Las putas callaron.

—¿Quién es —preguntó Làgrimas— Caliscàia?

—La consorte de Lårsa.

—Todavía quedan cosas que no me has dicho.

—Iba a decirlo en el momento oportuno, pues eran temas entre Ruùd y yo, cosas de padres e hijos putativos. —Frunció los labios y aguantó la risa —. ¿Me perdonas?

—¿Te pasas de listo?

—Creí que te gustaban mis bromas, pero si quieres que pare...

—Hace rato dije que debíamos volver, pues era lo adecuado para todos.

—Eso no está en discusión, grandote, pero antes debemos encontrar a Càliss y capturarla.

—Eso no está. En discusión —se burló Làgrimas, que después negó con la cabeza, se acercó dos varas y le dio a Mòrwin un puñetazo que lo tumbó sobre los guijarros.

—Esto es serio, Maese Cortes. ¿Comprendes?

—Entiendo tu ira —repuso este al limpiarse, medio aturdido—, pero no puedo marcharme. El monstruo me espera cerca.

«Menudo tonto», creyó que diría Làgrimas, pero este guardó silencio. El chico pensó que ataba cabos para entender. ¿Por qué no facilitar las cosas? ¿Por qué no decir que estaba en el sitio errado en el momento errado antes de que la cosa apiolase a los guardias? Si bien le acobardaba tratar asuntos sentimentales, se armó de valor y contó todo.

—Ya veo —repuso el de la máscara un rato después, tras escucharlo—. Ahora tiene sentido.

—Por lo menos estás de acuerdo. Creo que fue un intercambio justo y también que soy el idiota del siglo.

Quiso añadir algo sin borrar su sonrisa, pero un sonido de pisadas le obligó a girarse. Las mujeres distinguieron sombras que trepaban por las paredes antes de que una bestia medio aturdida con aspecto femenino caminase ante los braseros. Cuando eso se detuvo, olisqueó la humedad. Tomó a una puta de la garganta, se la partió como a una hogaza y la sangre salpicó en una explosión roja mientras todas corrían en medio de gritos a resguardarse. El monstruo, cuyo rostro tenía parte de hocico perruno, rugió al verlas. Aguardó agitado bajo el umbral entre espaciados peñascos.

—Cuidado, Mòrwin —dijo el de la máscara—. Tu querida no recuerda.

«Eso lo veremos» pudo responder, mas contempló a la criatura.

El cuerpo era fibroso, y la espalda ancha, manchada de sangre, estaba cubierta de un vello que subía por su nuca hasta el cráneo lobuno. La pelusa se desprendía de sus pechos, y las hebras de los muslos cubrían un templo atestado de costras dispersas por el psoas. Gañó con arrebató en cuanto una corriente apagó una antorcha. Sus garras rasparon la corteza con un ruido áspero, y una figura con armadura se tambaleó sorprendentemente a un lado. Era un soldado herido del regimiento de De Lènfer, que, tras retorcerse, se desplomó y levantó polvo. Caliscàia lo mordió en el cogote, sacudió el cadáver. Finalmente, lo arrojó sobre un brasero que se apagó tras el contacto.

—Cuidado —susurró Làgrimas—. Apagará las antorchas. No es estúpida, y no olvides que en este combate mi cabeza anda en juego. Ahora largo de aquí.

Mòrwin no supo responder. Por tanto, corrió a ocultarse. Echó andanadas de improperios mientras Caliscàia marchaba hacia Làgrimas, derramando saliva. La sangre que chorreaba por su espinazo dejaba un rastro burbujeante.

«¿Formas? —pensó recogido tras una peña—. No me jodas».

La bestia rugió, se metió la mano en la espalda, escarbó entre sus mucosas y lanzó un puñado de masa que se pegoteó en las rocas. Lo repitió hasta que una porción negruzca barrió a una furcia y la revolcó en una vasija de enterramiento. Terminó aglutinada junto a un esqueleto con quemaduras en el cuerpo y, por más que pateó, gruñó y condenó, no logró desprenderse. Soltó un alarido cuando unas manos viscosas emergieron de la sustancia, penetraron en su abdomen y le arrancaron las entrañas. Mòrwin, rendido, tragó y reconoció que enfrentarse a eso estaba más allá de sus posibilidades. El tiempo pasaba, las formas emergían de las charcas y, mientras más transcurría, más de ellas anadeaban rumbo a las antorchas. Si una era acéfala, la otra carecía de brazos, y no era raro encontrarse a un monstruo con la cabeza en el pecho o los miembros en la espalda. Torsos de moco se arrastraban por la tierra y abundaban plastas con bocas que gemían en la oscuridad.

—¿Podéis moveros? —preguntó Mòrwin a las furcias que lo habían alcanzado, y las chicas asintieron—. Entonces escuchad. Quiero que encendáis los braseros y también las teas.

—¿Cómo?

—Que les prendáis fuego, por mis peludos huevos. —Desesperado, les señaló las antorchas en las esquinas—. Lo más importante es que no os envuelva la oscuridad. Armaos. Si las criaturas os atacan, las quemáis.

Se volvió a las icormòri mientras las mujeres asentían. Soltó la daga muerto de nervios, reuló y, con un movimiento torpe, buscó un arma en el macuto colgado al bias. Solo encontró un odre con polvo de hogaza.

«Que el abismo me lleve —pensó, y sintió que lo cubría el mal fario—. Corred. Corred, y que se apiade el averno».

IGNORABA SI VOLVERÍA A VERLAS o si más adelante hallaría sangre entre sucias guedejas. No tuvo que pensarlo mucho porque esa jornada, en la cripta, vería morir hartas putas. Era suficiente. Debían mantener a toda costa el fuego encendido, de manera que Mòrwin, armado de valor, dio trancadas rumbo a la forma que gateaba ante el pavés. En el camino recogió una tea. Cuando pasó junto a un brasero, la encendió. Luego alcanzó a una pringosa y con movimientos temerosos —temblando casi— la hizo arder. Las llamas saltaron. Maese Cortes reuló al tiempo que la mojada gritaba de dolor. Si bien la vio consumirse, en su interior recordó que quedaban otras.

¿Y si era mejor morir? Se arrepintió cuando la sombra que lo cubrió al girarse trepó por la pared junto a una más pequeña. Era de Caliscàia, que combatía tras un trilito, aullando furiosa. Làgrimas daba cabriolas, hacía tretas, fintas. Con un quiebre, evadió una retahíla de zarpazos. Recobró el equilibrio y, tras un giro de muñeca, su maza cortó la brisa antes de aporrear la carne. Una, dos, tres, cuatro veces. La bestia gañó, escupió saliva al recibir la lluvia de porrazos mientras el fluido escurría por su escápula. Si bien resistía con el antebrazo, el enmascarado arremetía.

«Ese cabrón parece un puto demonio», pensó Mòrwin, no solo por la antorcha enarbolada con la otra mano o el fuego danzante, sino también por sus astas y su careta.

El metal irisaba con cada golpe, mientras la abominación paraba, aullaba, escupía, y su pelaje se revolvía. Parecía imbatible, pero las muestras de flaqueza se notaron cuando su brazo se partió en un torrente de sangre. Los huesos, tras quebrarse, traspasaron su carne de adentro hacia afuera, mas el monstruo soportó el dolor. Sacó masilla de su espalda con la otra mano, formó una bola, la arrojó, derribó un brasero. El fuego se apagó y un torso mojado con cabeza de tentáculo emergió de la charca. Al notarlo, Mòrwin

lo sumió en las flamas para granjearse otra victoria. Mientras tanto, en la lejanía cundían los gritos.

Tras tropezar con pedruscos, una fulana cayó presa de una masa glutinosa. La forma le tiraba de la muñeca mientras los vahos ondeaban en torno a las finas falanges. Con un sonido pringoso, una mujer de sangre se desprendió de otra, justo al lado, antes de renquear hacia la puta. En cuanto llegó, le asió el brazo. La joven gritó, pateó, chilló. La piel le ardió. Sus gritos se prolongaron cuando un torso con tentáculos le aprisionó los tobillos, quemándolos. Las criaturas hicieron fuerza para traerla hacia sí, intentando descuartizarla. Quebraron su columna con un crujido. En el otro extremo de la cripta, tras humaredas que manaban de icormòri quemadas, restalló otro prolongado grito y todo se envolvió en pavor. Una pesadilla. La muerte se burlaba de la desdicha del señoritingo mientras este contemplaba los mampuestos de la cripta. El sosiego amainaba en los baldíos. Los monstruos gemían, y el tiempo hacía de las suyas, matándolos. Recordó ver trozos de una furcia izados en lontananza, antes de que los lanzaran tras los dólmenes. Recordó a las pringosas anadeando, empezando a desplomarse, a una consorte corriendo sobre huesos envuelta en fuego hasta que tropezó para consumirse en las brasas. El cadáver tembló, dejó de moverse. Recordó a las mojadas gritando y estirando los brazos, tan lentas que apenas se movían. No quiso pensar más. Lo distrajo el rugir del acero, el chapoteo de la sangre, la saliva salpicada que se pegaba en la bóveda. Caliscàia, durante el combate, se metía una mano a la espalda, lanzaba un puñado de sangre que se estampaba en las rocas para crear otra forma que, tras unos cuantos gemidos, caía deshecha con espasmos.

Mòrwin observó aquello al tiempo que la maza magullaba el cuerpo de la abominación. Cuando se volvió, Làgrimas, bañado en sangre, doblegaba a la criatura. Parecía destilar odio con cada porrazo sobre la carne destrozada

de la monstruosidad, que antes era su antebrazo. La cachiporra rugió de nuevo, acertó justo en el cúbito. Rompió el ancóneo con un ruido que levantó astillas con pizcas de nervio y carne. La bestia tembló, pegó un rugido desgañitado salpicando mocos.

«¿Quién era el monstruo?», pudo preguntarse Mòrwin, ya que parecía indefenso como una mujer sin entrenamiento.

Cuando el enmascarado desenfundó una daga sedienta de sangre, el acero mordió el tobillo de la criatura. La bestia barritó, y la maza, tras una treta, le cerró de un golpe su medio hocico. Luego el monstruo se tambaleó. Se desplomó. Cúmulos de polvo con olor a viciado se levantaron y el silencio ejerció su tiranía.

—Voy a matarla —dijo Làgrimas agotado, sin volverse, y limpió la sangre de su acero al rasparlo con su máscara—. Lo que fuere que estuvo dentro, ya no existe. Se ha ido, Mòrwin.

«No sabes qué dices. Aún vive, pero quizá no recuerda». Pese a saber que se engañaba, se mantuvo en sus trece. ¿Por qué no aceptar la verdad?

El carnicero, porra en ristre, se acercó a la criatura, mas una ráfaga de viento lo detuvo al recorrer la cripta. Los cabellos de los muertos se sacudieron, la túnica de Mòrwin ondeó y se agitó la clámide del enmascarado. Esa misma ráfaga bastó para distraerlos y para que un monstruoso zarpazo a la chita callando barriese las piernas del guerrero.

—¡AHHHHHH!

El chillido tronó al caer él de bruces sobre pedriscos, pero de inmediato se giró para volver a alzarse.

Lástima.

Demasiado lento.

La mano del monstruo se desplomó sobre su cráneo, y su grito murió cuando el golpe acható el metal. Otro manotazo, más terrible y pesado, cayó con redoblada virulencia e hizo que pequeños filamentos de carne volasen como ascuas. Los golpes vinieron en cadena. Dejaron un cuerpo machacado con los brazos extendidos, la maza y la daga fuera de su alcance.

Y AHÍ QUEDÓ.

Viento.

Silencio.

Frustración.

Y desdicha eterna.

EN MONTECADÁVERES, LAS FORMAS no se movían. La baba tampoco se arrastraba ante los trilitos. Los cuerpos se pudrían con órganos fuera. Se calcinaban envueltos en llamas y emitían gases mientras la argétea pelusilla de Caliscàia se mecía con una corriente de viento arrecido que le hizo a Mòrwin temblequear la mandíbula.

Las antorchas empezaron a apagarse y la situación se complicó.

Primero fue aquella junto a los menhires. Luego una en el oeste y otra por el umbral. Las tinieblas tejieron su manto en sectores dispersos mientras las teas sucumbían. Maese Cortes corrió hacia Làgrimas con celeridad, contempló llamas aún vivas y a la última puta acercarse a gatas. Cuando se acurrucó en su hombro, sintió el sudor de sus pezones. No le importaba. Una antorcha junto a calaveras encadenadas en la mampostería se apagó.

—Despierta —Mòrwin le dijo a Làgrimas al zarandearlo—. ¡Despierta! Creo que algo que ronda por aquí nos quiere en oscuridad. ¡Muévete, cabrón! ¡Muéstrame que no la has palmado!

—¿Qué pasa, mi señor? —Era la puta.

—¡DESPIERTAAAA! —continuó Mòrwin.

Làgrimas movió un hombro que parecía dislocado al ver fuego de soslayo. Era casi un fiambre. Su máscara, desde el lagrimal hasta el pómulos, dejaba una fisura que terminaba en un ojo amoratado pegoteado a mechones de pelo. Por más que lo intentó, no pudo levantarse. Sus ojos giraron hacia su macuto, olvidado a un costado.

—¡¿Quieres esto?! —preguntó Mòrwin, y se lo puso junto a la mano.

Làgrimas rebuscó.

—¡¿Qué ocurre?! ¡Hagas lo que haga, date prisa! ¡Apúrate! —La última antorcha se apagó—. Mierda... Mierda... Ya se extinguieron todas las llamas.

El viento arremetió la cabellera de Mòrwin, que aguardaba acucillado con la furcia escuchimizada. Le miró las pupilas. Los dos respiraron con profundidad, pensando que no escaparían, hasta que la fulana se quebró con un estallido de carne y sus fluidos se disolvieron como en un remolino rojo. La sangre se dispersó entre huesos rotos y residuos de órganos mientras Mòrwin miraba con la boca hecha un anillo. Los regaños de Hànsa en las garitas del dominio, sangre que rezumaba por su rostro tras cortarse, tiempos de onanismo pensando en putas que vería morir y, en medio de aquello, la risa contagiosa de Ruùd.

Finalmente se enfocó en la cripta, donde un soplo lo achantó antes de que una llamita saltase de la bengala que asía el asesino. El fuego era pequeño y danzante, y la corriente tocaba las mejillas del lord. Sintió un

hormigueo al tiempo que Lágrimas, con susurros trapajosos, repetía algo, y se detuvo cuando una lengua flamígera creció del tubo. Entonces se extinguió la brisa además del picor, y eso fue todo. El señoritingo, pasado un rato de silencio, aún sin creer que no caía en letargo eterno, rezumaba sudor. Sintió los calzones mojados al tiempo que se vaciaban sus entrañas ante la bengala encendida que había rodado de la mano del carnicero. La llama, aunque diminuta, aún flameaba. Más tarde se acercaría al estrige para intentar reanimarlo, aunque sería en balde, porque no despertaría, y nuevamente él aguardaría rodeado de astillas, trozos de hueso y menudencias de cadáveres. Las lágrimas bajaron por sus mejillas, besaron sus cortes como nadie los había besado jamás, ni siquiera su propia madre.

LA OSCURIDAD ESTABA FURIOSA. Pudo haberse calcinado el cuerpo, mas había reulado tras el ardiente fogonazo. El fuego, umbrosa materia primigenia, quemaba en los planos feérico y terrenal. Era un espíritu indomable que le causaba molestias desde que el tiempo era tiempo, y que la achantó hasta hacerla huir de la cripta entre clamores, rajando la corteza a estadios de distancia al tiempo que se consumía su enjundia astral. Eso era el dominio del fuego, y ¡cómo lo odiaba! Si pudiese apagarlo para siempre, aniquilarlo como a los demonios que antaño lo custodiaran en arcaicos templos de hierro, se acabaría su desdicha.

En mitad de un punto lejano de la umbría, rodeada de remolinos de brisa y huesos de animales muertos, sintió su mentón convertirse en polvo estelar. Se sentó en un morro a mirar abismos concatenados, tumbas de millones de cadáveres, y apoyó sus traslúcidos brazos sobre la piedra para descansar. Lástima que traspasara la roca como un fantasma por su debilitada sustancia. No quería que su tiempo de cacería terminase.

«Mierda...», pensó.

El ente que ronda allende las antorchas, ¿derrotado por un infernàle y un sucio y pequeño pusilánime? Si los primeros la viesan, pensarían que era un monstruo compuesto de éter del montón. En cambio, los segundos se empecinarían con ella, revivirían estudios de crisopeya para entender la naturaleza de su sustancia, y tras conseguirlo, mediante grabados alquímicos, la manipularían como antaño. ¿Por qué metían sus narices donde no cabían?

Se centró junto a una corriente de viento que arrastraba polvo tras dar coletazos fantasmas. Las partículas se estrellaron en los pedriscos, y ella sintió que se desvanecía, que una grieta membranosa —como una especie de vagina— se abría para invitarla a volver a su prisión con un ruido acuoso.

«Eso es —pensó, doblegada de dolor—. Eso es, sí».

Cruzar el umbral para regenerarse era su mejor opción, y después, cuando saliese... ya vería. Se dejó arrastrar como pluma en el viento hasta meterse en una fisura del tejido primordial. Al zambullirse en el líquido que caía por las paredes, se unimismó con su cuerpo al punto de percibir qué ocurría con sus enemigos. Escuchaba en lejanos arrabales de la umbría el galope de poderosos rucios que montaban oscuros caballeros. Las fuentes rojas que sembrase al desplazarse desde un extremo del yermo hasta la montaña, sus condenadas obras de arte, estaban convertidas en fruslerías salpicadas por los eriales. Recordó cómo voló sobre la corteza reventando pedriscos al mirar las fisuras que sembró durante la cabalgata de los estriges, hasta que entró en la cripta donde fue penosamente vencida. Qué humillación. No deseó recordar, sino olvidar su fracaso. Se dejó engullir por el abismo tras la ruptura en el tejido como un hada en una cascada subterránea. Los torrentes

de sangre la arrastraron. La Oscuridad cerró los ojos para olvidar lo ocurrido, aunque sentía un molesto ardor en la cara.

DESPATARRADO EN UN CHARCO, soltaba blasfemias. El miedo de toparse con más formas cuando saliera había enraizado su trasero a una tumba. Mòrwin se decía a sí mismo que lo mejor sería enrumbar hacia el dominio. Làgrimas no haría nada por evitarlo. Dormía ante el cadáver de Caliscàia, y era improbable que despertarse.

«No lo despiertes —pensó— o te matará».

Tras ver el horizonte se nubló su visión. Su compañero cabeceaba, se tendía en el suelo, abría los ojos cuando sentía ahogarse, se apoyaba en las manos para levantar medio cuerpo con terrible esfuerzo, miraba, caía, cerraba los ojos y repetía el mismo patrón. Los restos de la bestia parecían un monte de carne, cubierto de plateado pelaje, hermoso y grotesco a la vez, pero su furcia nunca anduvo dentro como creía.

«Eres un majareta, puto loco, y un estúpido romántico».

Cuando la criatura perdonó su vida en la ahora lejana jornada en la forja, quizá quedaba un retazo de la casquivana, lo justo para salvarlo, mas en el combate en la cripta se mostró solo la abominación.

«Todo este viaje en balde —pensó, aunque ya no tenía dudas. Había descubierto un dolor en el pecho que sintiese al inicio como un enorme aguijón de mantícora—. Y todo este tiempo solo había sido una mujer amable».

«Te has precipitado», recordó a Làgrimas.

¿No habían sido sus palabras? No recordaba, pero así había ocurrido.

«Era una consorte con cierta educación —pensó—. En cambio, yo soy el hijo de una asesina, adoctrinado por un sádico, un renacuajo caracortada, un chiflado que no sabe pelear. —Se apartó el grasiento cabello de la frente. No era un hombre de verdad ni se sentía uno, ni incluso cuando Càliss lo cabalgase en el cortejo amatorio—. Somos distintos. El agua y el aceite jamás se mezclan».

Pensó en la muerte, siempre presente en los abismos, y apenas se estaba acostumbrado. También en la puta que reventó, pero su mente bloqueó el recuerdo. La flama, en las jornadas venideras, aún ardía. Finalmente, reunió fuerzas para ponerse en pie e ir a por antorchas. Durmió un rato tras encenderlas, y al despertar se quedó boquiabierto porque la sangre del monstruo de pelo escarchado se había extendido a las tumbas hasta mojar su ropa. Tras cabecear un instante se apoyó en las manos para alzar el cuerpo, amusgó los ojos y miró.

Ignoraba cuándo la sangre cogió una textura pastosa ni cuándo brotaron los primeros hongos en las esquinas de la tumba. Los grumos arracimados en los monolitos reventaban para dar fruto a raíces blandas que se movían como gusanos sobre barro, a tallos carmines que se arrastraban cuales sierpes de la Profundidad. Eran endebles, se deshacían con el viento y la presión de las manos. Frunció el ceño al ver que una figura con admirables curvas se arrastraba tras el peloso cadáver. Le pareció que salía de una fisura en el espinazo, entre las mucosas y las membranas, de donde Caliscàia sacaba la sustancia que procreaba a sus criaturas. El corazón de Mòrwin latió desesperado ante la mujer cubierta de sangre. ¿Una forma? No... Era distinta. Se detuvo en cuatro patas a sacudirse la sangre como una cachorra. Se frotó el rostro. Se giró en cuanto Mòrwin entrecerró los ojos para ver mejor. ¿Estaba alucinando?

—¿Càliss?

Los ojos de ambos se conectaron en silencio, pero ella se giró como si no lo conociera. Luego corrió hacia la oscuridad sin armarse de antorchas y se perdió para siempre en las hórridas gargantas de Montecadáveres.

—Càliss... —repitió él en un susurro, antes de convencerse de que no era real, sino una visión.

Miró el suelo recubierto de fungosidad. Los tallos carmesíes se movían como gusanos sobre el limo. Las raíces serpeaban cual pastosos tentáculos. Mòrwin se tendió en el barro, mas no consiguió dormir por pensar en ella. Cerró los ojos y respiró con profundidad hasta que lo despertó el hambre. Olisqueó como un cachorro. El hedor a bálsamos se metió por sus pulmones combinado con peste a caído. Siguió con el trasero repantigado en el mismo sitio blando, embarrado de limo ante el respirar del silencio, con la esperanza de que Làgrimas se levantara para sacarlo de esa cripta.

9

LOS TURNOS PASABAN Y SUS RECUERDOS MORÍAN. La visión se le nublaba al sumergirse en brumas producto de su ensoñación, al tiempo que escuchaba el susurro de Caliscàia. La imaginaba con la cara deformada y medio hocico perruno.

«Si tu rostro es horrendo, acostúmbrate», había dicho ella antes de transmutar, y dichas palabras golpearon su corazón.

Las cicatrices cargadas por años le sembraron un mal carácter. ¿Era la voz de ella un simple desvarío? ¿Y la joven que salió a gatas del cadáver? Cuando Mòrwin despertó, su tabardo estaba embarrado de sustancia color carmesí. Escuchó ecos de pisadas, y tras sacudir la cabeza vio arribar a la infantería de Dominio Sangre. Después de que el pelotón cruzase el umbral, después de detenerse pasado el combate, guardaron silencio ante un Làgrimas maltrecho, tumbado junto a un montículo que apestaba a freza. Grùia hizo visera con las manos y ordenó a sus soldados atender al carnicero mientras él se encargaba del señoritingo.

—Pareces un fiambre —susurró tras acercarse—. Ahora necesitas llenar tu estómago.

Luego asió su macuto y tomó una hogaza de pan ácimo. Mòrwin no respondió, pero aceptó lo ofrecido y comió en silencio. En cuanto terminó, el destacamento lo cargó para enfilarlo.

—¿A dónde vamos?

—A las casas de curación. —Las palabras del explorador parecieron lejanas—. ¿Me escuchas, muchacho?

—Estará traumatizado —comentó un soldado mientras Mórwin callaba, y otro lo señaló al ver temblar su mentón.

El lord no era consciente de qué ocurría. Quizá fuera a causa del tiempo pasado en soledad sin probar alimento, o quizá por sentir que de nuevo se encontraba seguro, junto a los suyos. Más tarde, una vez que unos soldados lo sedaron para atenderlo, se quedó dormido, pero despertó al rato a causa del movimiento del carruaje.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Grùia sentado dentro.

—¿Dónde estamos?

—En el yermo. Volvemos al dominio.

El ruido de las ruedas se extendió por los eriales.

—¿Y Làgrimas? Todo ha ocurrido muy rápido. ¿Qué ocurrió con los soldados?

—Estuviste medio muerto, Renacuajo, ¿y lo primero que haces es preguntar por ellos?

—¿Cómo me has llamado?

—Si prefieres «pequeño»...

—Mi polla es pequeña, pero mi temple grande. Si lo dudas, mira los cortes que me hice ante madre.

—Ahora comprendo —repuso el estrige— que Cabeza de Perro te apreciase. Para él eras una ladilla, pero también un tío con corazón.

—Como los tontos que mueren rápido. ¿Cierto?

—Tú sobreviviste, así que no eres tan tonto. Él, Jàrr y Jòris dijeron que vieron sitios seguros gracias a ti en los acantilados.

—Solo sugerí que abortasen. No hay nada que agradecer.

Mòrwin se mordió los labios. Por lo menos la panda aún vivía.

—¿Cómo está el enmascarado? —preguntó después.

—Ruùd lo nombró escudo juramentado y tu guardia personal. Luego recibió la Capa Carmesí, pero parece huirle a la fama. Imagino que fue raro andar con él por esas gargantas.

—El tipo casi no habla —dijo Mòrwin—. Lástima que fracasara.

—Para Ruùd fue una victoria. Valora más tu vida que la del monstruo de pelo gris.

«Era en realidad solo pelusilla, y cuando se agitaba, brillaba como escarcha».

Se mordió la lengua. Recordó a Càliss bañada en sangre. Entretanto, Grùia corría la cortina de la caja. Fuera destacaban baldíos con huesos de animales salpicados sobre las margas. En el fondo se alzaba la torre del dominio, pese a la bruma que se asentaba.

—Llegaremos pronto —le dijo el montañés—. Tu padre te está esperando.

—Él solo me crio por autorreproches y nunca confió en mí para detallarme la empresa.

—Si quieres, diré que el combate te dejó...

—Olvidalo.

—Ni siquiera sabes qué iba a decir.

—Tengo ganas de verlo y aclararle unas verdades.

—Lo que ordene mi lord. —Grùia guardó silencio, y luego siguió—: ¿Hay más cosas que quieras contarme?

—Por ahora nada, porque apuesto a que Làgrimas mencionó el infierno que vivimos en la tumba.

—Ese tío solo mira y casi no habla —repuso el explorador con una negación.

«¿Entonces ha vuelto a ser como antes? La pregunta del millón de oros, sin embargo, es ¿por qué lo hace?».

Mòrwin miró a un costado, recordó la brisa que sopló sus cachetes junto a la última antorcha y caviló sin distraerse con el traqueteo de las ruedas. Quizá era mejor evitar delirios sobre la mujer desnuda que parecía Càliss y la fungosidad carmín que plagó la cripta, para centrarse en el viento que apagase las teas.

—Cuando estuvimos en Montecadáveres —susurró— las antorchas se extinguían solas.

—Eso, en Los Abismos, suele ocurrir.

—Fue distinto.

—Ah, ¿sí?

—Era como si algo anduviese tras nosotros, cazándonos. —Se esforzó en recordarlo, pero las imágenes que evocaba eran solo oscuridad—. Creo que escogió qué llamas anular, para finalmente jugar a acorralarnos.

—Las historias debieron afectarte. Montecadáveres no está compuesto de muertos, y menos de fantasmas. Solo es una montaña abandonada.

—No me jodas, Grùia, tú mejor que nadie deberías saber. En la cripta, mientras Làgrimas convalecía, una racha tocó mi rostro tras el estallido de una fulana, pero nunca sopló el viento. ¿Cómo carajos lo explicas? Había esqueletos encadenados a los mampuestos.

—Los muertos no justifican nada. Mi oficio es recorrer el abismo para que los monstruos no se cuelen en el dominio, no estudiar fenómenos naturales. El viento, amigo, fue siempre un tema de misterio. Ignoramos de dónde proceden sus soplos, pero cuando ocurre más allá de las antorchas pensamos en la paradoja del *kończyora pęrgògnia*.

—Conozco el cuento, no es complejo de entender. —Hizo una pausa para recordar el contenido de los viejos manuscritos—. Si nadie sobrevive a la oscuridad absoluta, si todos mueren, ¿cómo conocer al responsable de las muertes?

Luego esperó a que Grùia respondiese, pero el montañés se tomó su tiempo.

—Teóricamente, como se cree —le explicó—, nadie ha visto nada, y como nuestras huestes encuentran cadáveres, inventamos un fantasma para atribuirle los asesinatos. Pese a la paradoja, lamentablemente aún quedan mindundis que creen en él.

—¿Mindundis como yo?

—No te lo tomes a pecho, aunque a estas alturas imagino que estás de broma. Eso que pindonguea en los baldíos será una bestia por ahora desconocida, porque al patrullar sentimos presencias cuando agitamos las llamas.

Mòrwin asintió repetidas veces sin chistar. Se volvió a la cortina al torcer el gesto, pues pensaba que Lo Oscuro había estado en la tumba, que se había escabullido y que con el tubo de Làgrimas lograron espantarlo. Por suerte él seguía con vida. ¿Por qué no deseaba proseguir? Los estriges no discutieron durante el trayecto, no hasta desfilar por la plaza de los Juramentos tras arribar al dominio. Dicha jornada, culminado el camino, pasaron apiñados entre multitudes encapuchadas y efigies de antiguos jerarcas. El chico miró los muertos desollados en el cadalso. Llevaban clavados letreros con patentes inscripciones:

TRAIDOR A LA ESTRIGE. MALA RAMERA. FRUTO PODRIDO.
CALUMNIADOR. PERDONAVIDAS.

Grùia explicó que pertenecían a un complot para derrocar a Ruùd, justo como había intuido Làgrimas.

«De modo que el cabrón tenía razón», pensó Mòrwin, recordando las palabras del enmascarado.

Se despidió de su escolta con un asentimiento de cabeza antes de marchar a la Sala del Trono. Mientras subía los peldaños, pensaba en la primera ocasión en la que había visto a Làgrimas en ese mismo sitio, tiempo antes de la empresa. Entonces cruzaron miradas y él recordó a los soldados que festejaban al guerrero de la máscara por su intervención en la contienda. Ahora Mòrwin estaba solo de nuevo, aunque cubierto de una sombra de pecados que arrastraba como los cortes de la cara.

Cuando cruzó por el umbral, cuando entró en el aposento de su señor, una silueta aguardaba con un cáliz de hueso en la mano, y en cuanto se vieron, en cuanto sus miradas se entrelazaron, el feérico asintió tras invitarlo a brindar.

—Bienvenido a casa, hijo.

LORD BEBEDOR, CUYO NOMBRE completo era Ruùd vaàl Kràisan nagh Rèngel, fata arcaico que antaño huyese de las Raíces del No Mundo, conocido como Monstruo del Abismo, Lord Ratas, Destructor de Reinos, el Primer Estrige, El que Vigila Entre Roedores, Protector de Maese Cortes o simplemente Guardián de la Estirpe Más Antigua de los Primeros Hombres, repantigaba su culo en la Silla de los Cien Huesos mientras pimplaba un cuartillo de vino.

Mòrwin sintió alivio al aspirar el olor tras jornadas impregnado de peste a albañales. Ruùd observaba con saña. Estaba descamisado, vestía un tableado faldón ajado y un cinturón de cuero con hebilla de oro. Junto a braseros ardientes aguardaba un guerrero con armadura, careta dorada y lágrimas grabadas en los pómulos. Las astas en su yelmo medían casi dos palmos. Si su antigua armadura mostraba su cuerpo quemado en las raeduras de las anillas, ahora se protegía con una ventrera, musleras laminadas y ceñidos guardabrazos que realzaban bazarría. Làgrimas permaneció en pie como una estatua dorada.

—Debo decirte algo —le dijo Mòrwin a Ruùd, tras mirar al asesino.

—Si quieres actualizarme lo ocurrido...

—Ya lo sabes todo.

—¿Por qué no dejarlo para después? Pareces cansado. Seguro que quieres tumbarte con una buena hembra.

—¿No ocurrió nada malo con las putas durante mi ausencia?

—Siguen vivas, dispuestas a abrirse de piernas para los estriges. Cuando sepan que volviste, quizá le tengan más aprecio al hijo de su señor.

—Ya veremos si rehúsan follarme. Allí en la puta montaña, las criaturas casi me matan.

—Te puse al mejor escolta de Dominio Sangre y regresaste. No me digas que no pensé en ti.

—Tanto, que decidiste ocultarme tus verdaderos planes.

—Así que era eso. —Ruùd sonrió—. Ahora entiendo por dónde van los tiros. Supongo que es mi forma de proceder. Lo que no me explico es ¿por qué te molestan las tonterías? Mira cómo tiembles. ¿De qué coño tienes miedo?

«No tiemblo», quiso decir Mòrwin, pero su mandíbula traqueteó como huesos de esqueleto. Quizá hasta Bère, el cadáver apostado en un púlpito, cuyas cuencas lo apuntaban, tenía mejor reputación.

—No me hubiese importado de haberse tratado de otra fulana —repuso él con un susurro—, pero estaba en juego la vida de Caliscàia.

—Te molestó que te haya excluido de mis planes para hacerme con la puta que te gustaba, porque pensaste que la entregaría a mis nigromantes para diseccionarla y buscar en sus entrañas qué la hizo cambiar.

—¿Y no la querías para eso?

—Caliscàia es algo pasajero. Cuando otra te hiciese caso, se te pasaría.

—No te he preguntado eso.

—Por el abismo, no sé qué hago contigo. Con esa actitud ni pareces hijo de tu madre. Mandé a traer a la bestia para que mis brujos intentaran curarla solo por ti, pero no te dije nada porque conozco cómo piensas. Eres el mismo niño de teta desconfiado que crio Hànsa, con la única diferencia de que ya te crecieron pelos entre las piernas. Pensé que cambiarías, pero nunca lo harás. —Ruùd se detuvo para respirar—. Las ratas me dicen —prosiguió— que no tienes carácter ni para imponerte a una consorte por una simple llave, que te duermes cuando entras a la escribanía y que te portas como un chulo entre mis huestes. Aunque quisiera, no podría confiar en ti para un trabajo de importancia.

Mòrwin quiso responder algo, pero se quedó corto.

—Yo...

—Todavía hay más. —El feérico se le acercó con parsimonia, metió la mano en el bolsillo y sacó una llave que colgaba de una cadena—. Es nuestro pase a la carbonería. ¡Làgrimas! —gritó—. Guíanos a ella.

El asesino, con mirada perdida, asintió. Se dirigió a un portal sin perder tiempo ni prodigar reverencia. Su andar fue una reacción mecánica, porque actuaba como durante su viaje por los páramos, siempre por delante con la antorcha en alto. Detrás marchaba Ruùd, mientras Mòrwin lo seguía sin garbo. No discutiría la imagen que el bebedor tenía de él, porque se la había forjado jornada tras jornada en sus años de vagancia. Cuando entraron a la carbonería, cuando abrieron el portón que los hostigase por semanas, los abordó una peste a chamusquina. Catervas de esclavos cavaban en la piedra mientras les flagelaban las espaldas con fustas de tres correas. Vestían taparrabos. Se podían contar su costillas a través de la piel. Los tobillos estaban atrapados en grilletes con cadenas que terminaban en bolas de hierro. No solo eran hombres. También había feéricos conspiradores como los ahorcados en la plaza de Juramentos, elegidos al azar para que nadie olvidase la dureza del arconte. Mòrwin desvió su atención a las fundidoras arrimadas en el ala oriental, lejos de las excavaciones. Los tres se detuvieron ante dichos artefactos.

—No haré que te rompas la sesera con este lío. Han sido muchos dolores de cabeza desde que la muchacha me dio la llave.

—¿Lÿssei?

—Me dijo que su nombre era Lyssàris, pero ¿a quién le interesa?

—A mí. Era la hermana de Caliscàia.

También era la única mujer viva con quien había compartido varios años de su vida.

—Por lo menos te armas de valor. Hace rato te cagabas para responder a mis acusaciones, y sales en defensa de una golfa.

—Será que me he cansado de fingir —susurró, pero nadie pareció oírlo. Se volvió a las fundidoras dispuestas hacia el este—. Si era eso lo que

querías mostrarme, ya lo has hecho. Probablemente lo sospechabas desde que me enseñaste el artefacto donde fundiste a Bère poco antes de la cremación.

—En realidad no. Lo que me sorprendió fue la cantidad que había, y eso que ves no es ni la cuarta parte. Sin embargo, hay algo que encontró Làgrimas y que tiene mayor valor.

Sacó un pequeño cuaderno del bolsillo. Se lo entregó a Mòrwin, que lo hojeó de inmediato.

—¿Qué es?

—El diario de Lårsa, con todas las respuestas a mis interrogantes: la conspiración, los nombres de sus aliados, por lo menos de la mayoría, y una lista con las fundidas en esas puñeteras maquinarias junto con los reactivos que usó en el proceso de taumaturgia. En un principio forjó solo prodigios, hasta que se desvirtuó con las abominaciones que vinieron después. Para en la página dieciséis, junto a los dibujos de los artefactos.

Mòrwin obedeció. Las hojas eran amarillentas, tenían grabados nigroalquímicos, runas que no comprendía y una letra inteligible.

—Si lees los símbolos pequeños —prosiguió el feérico—, verás que incluso metía enfermedades degenerativas en las fulanas. Manchas en la piel, vómitos, pérdida de músculo, algunos cánceres, pero más abajo dice que descubrió la forma de hacer que se convirtieran en monstruosidades tras experimentar con ingredientes distintos. No los menciona hasta más adelante.

Mòrwin aguardó sin decir nada, aunque tenía hartó interés.

—¿Qué utilizaba?

—Cadáveres —respondió Ruùd— de monstruos. Lo suficiente para que las mujeres no mutaran por unos años. Un poco de médula ósea, uñas,

huesos, pelo, vísceras, siempre en pequeña cantidad, y en algunas metió hasta plasta.

—Me cago en la puta.

—Por eso Caliscàia paría formas sin saberlo, y por eso tuvimos tantos problemas, a diferencia de otras empresas de cacería tradicional. La cantidad de los monstruos ha aumentado notablemente. Nos tomaremos un receso para reforzarnos. Tenemos que saber si existen más diarios o si tenemos más enemigos entre nuestras paredes.

—Y quieres que te ayude, supongo.

—Te aprecio mucho, pero no nos hagamos los tontos. Ya has demostrado que no sirves. Ni siquiera conseguiste que la fulana te entregara un objeto tan sencillo como esta llave del demonio que me cuelga del cuello. Para muchos eres una decepción.

«Y entre ellos, imagino, se encontraba mi madre».

—Si te molesto —respondió— puedo marcharme.

—¿Para que te coman monstruos carnívoros?

—Yo no quiero...

—No me hagas reír —atajó Ruùd—. Que no sirvas para nada no significa que te quiera fuera del dominio. Eres el hijo de Hànsa, una de mis comandantes más fieles, y quizá la mejor antes de Làgrimas. Le debo mucho a esa mujer, más de lo que imaginas, y lo mínimo que puedo hacer en su memoria es no contribuir a que su hijo se pierda. Debes convertirte en un hombre, Mòrwin, en uno de verdad. Aprende a no doblegarte ante tus deseos ni ante tus emociones. Mata a eso que está en ti y que cada instante te debilita.

—Soy demasiado viejo para empezar de cero.

—¿Viejo? ¡Ja! Como quieras, pero siempre se puede empezar de cero. Làgrimas, entrégame el otro cuaderno.

El enmascarado obedeció, y cuando Ruùd tuvo el ejemplar lo abrió para buscar una lista.

—¿Qué es?

—Un archivo sobre las furcias que fundió Lârsa y las que realmente vinieron al dominio por sus propios medios. Làgrimas ha empezado con el trabajo, pero creo que debes culminar lo que empezó. Ve a la página doscientos treinta. Encontrarás la lista de quiénes mutaron y quiénes son las siguientes. Las tachadas murieron en la tumba o ya las liquidó Làgrimas.

—¿Quieres que mate? ¿Solo eso?

—Quiero que tomes el cuchillo, que las visites y que te las cargues. De lo contrario despertarán, cambiarán y te aseguro que van a cagarnos. Es una tarea sencilla. Si tienes remordimientos, el enmascarado te apoyará.

Làgrimas asintió.

—Y si no las ejecutas tú mismo —prosiguió Ruùd—, está autorizado a moverte la mano. Que no te falte dureza. Empieza con esta. Se ha recluido en su cuarto porque tiene síntomas.

El dedo de Ruùd tocó un nombre que Mòrwin no quería leer. El chico amusgó los ojos antes de soltar el cuaderno. Las páginas se revolvieron. Ya había visto morir a una consorte convertida en monstruo. Matar a la otra antes de que mutase era quizá un acto de compasión, pero, al mismo tiempo, tan duro que lo postraría en una cama para curar sus penas.

—¿Lo conseguirás? —lo apuñaló la voz de Ruùd, al tiempo que él miraba sus ojos ambarinos y las ascuas reflejadas en la careta del carnicero—. Es esta tu prueba de fuego. El inicio para que marches por el camino correcto.

«No puedo hacerlo», quiso responder Mòrwin, pero su cobardía lo derrotó.

—Por eso te mandé a llamar —continuó el feérico—. Esa fulana enferma mutará en cualquier momento. Ahora toma tu cuchillo. Ve a su litera y haz lo que corresponde.

CUANDO EL MOMENTO LLEGÓ, Mòrwin temblaba ante la celda. Acababa de dejar en los pasadizos a unos soldados de la Guardia de Bronce, armados con alabardas y escudos triangulares. Si bien lo escoltaban para cuidarlo, le bastaba con Làgrimas.

«No puedo —pensó Maese Cortes—. No se lo merece, y tampoco yo. Simplemente no puedo hacerlo».

Miró por la rendija. Lyssàris aún era Lyssàris, y dormía.

—Mejor cargársela mientras duerme, ¿no es cierto? —le dijo a Làgrimas, que asintió—. ¿Tienes el veneno que te pedí tras dejar a Ruùd?

—Lo tomé del cajón de la escribanía.

Planeaba bebérselo cuando trabajaba, pero a veces le deban ganas de seguir, pese a las mierdas que le ocurrían.

—Ruùd sigue diciendo que soy débil.

—Y lo eres —repuso Làgrimas.

—Me cago en la puta de oros. Se supone que debes apoyarme. Fuimos compañeros en Montecadáveres y ahora...

—Ruùd me encargó cuidarte. Lo estás confundiendo —atajó el de la máscara—. ¿Estás listo? Es momento ideal para despedirse.

—El veneno —pidió Mòrwin tras torcer el gesto. El otro le entregó un frasquito que descorchó de inmediato—. Siempre pensé que lo usaría

conmigo mismo, pero mira cómo han cambiado las cosas.

—No hagas esto demasiado largo. No me quedaré a tu lado toda la jornada.

—¿Tienes algo más que hacer?

—Dormir, follar y tal vez beber.

—Pensé que tú solo matabas y comías.

—Entra.

Tras pasar, vio a Lyssàris cubierta con una manta girarse sobre la piedra. Amusgó sus ojos al despertar.

—¿Eres tú?

—Dudo que en unas semanas haya cambiado mucho.

—Mòrwin... Me falla un poco la visión. ¿Cuándo volviste?

—Hace nada. ¿Te ha visto un sanador?

—Dice que debo dormir, y me ha dado agua de raíz.

—Como si ayudase. Escucha, vine a decirte que tu hermana...

Se detuvo. No quiso pronunciarlo.

—¿Por lo menos la viste?

—Sí, pero no quedaba nada de lo que era. Làgrimas se encargó de... ya sabes. Las cosas terminaron mal.

—Como tenían que terminar. Te dije que Càliss murió al mutar y no quisiste escucharme. Ahora que has vuelto, espero que no quieras cargar con la culpa.

—No digas sandeces. Llevo una gran pena, pero en unos meses estaré como nuevo.

No sería así, pues la muerte de la puta era el inicio de sus tormentos. Estaba ese otro asunto que se había guardado, el que creía un delirio cuando

en realidad era verdadero. Càliss renació del fiambre antes de marcharse rumbo a Lo Oscuro, como una criatura que pertenece a ello. Estudió a Lyssàris antes de que ella cerrase los ojos. Descorchó el frasco. Tomó aire antes de caminar.

—¿Mòrwin?

—¿Qué pasa? —dijo al detenerse.

—Me alegra que hayas vuelto.

—No empieces con eso.

—Ahora que no está mi hermana, creí que tendríamos tiempo juntos.

—Lyssàris. Esto no funcionará.

—Dame una oportunidad. Me gustaría despertar a tu lado y besarte. Mi hermana nunca te dijo eso. ¿Sigues ahí? Mòrwin, ¿por qué no reaccionas?

«Porque estoy a punto de matarte, mocosa, y porque me acabo de dar cuenta de que no tengo huevos para hacerlo».

—¿Mòrwin?

—Adiós, Lyssàris. Las cosas no hubiesen funcionado jamás.

«Eres una gran persona —pudo decir—, pero no soy suficiente hombre para corresponderte».

Se dio la vuelta, abrió la puerta y salió al oír los gritos de la muchacha. Cuando cerró lo seguía llamando.

—¡MÒRWIN!

—No me mires con esos ojos —le dijo a Làgrimas al verlo—. Soy un hombre débil, tal como dice Ruùd.

—¿Entonces la mato yo?

—Ruùd dijo...

—Ruùd nada. Lo hago yo o te agarras los cojones y terminas lo que empezaste. Tarde o temprano Lyssàris cambiará.

—Siempre seré un cobarde.

—Recuerda que no hay marcha atrás —repuso Làgrimas al desenvainar.

—Hazlo rápido.

Obediente, el otro dio un paso adelante con presteza. Mòrwin lo tomó del brazo al pasar.

—Y, por favor —añadió—, no me cuentes nada.

Se tapó los oídos en cuanto el estrige entró, aguantándose las lágrimas. El enmascarado volvió, se abrió la celda con un chirrido eterno. Su espada goteaba sangre. Sus ojos no flagraban tras una muerte más.

—¿Dejarás de mirarme como a un extraño?

—Lo siento, Làgrimas.

—Si lo siguiente te deja tranquilo...

—Te he dicho que no me cuentes...

—Ni siquiera lo sintió.

—¿Cómo?

—Lloraba de espaldas. Es la mejor manera de morir. —Le puso una mano en el hombro—. Nadie quiere convertirse en una abominación. Ahora debemos irnos.

No supo qué decir. Lyssàris le había hablado hacía un instante, incluso había gritado, y ahora estaba muerta.

—La lista es larga —susurró Mòrwin—. Son casi trescientas celdas.

—Te saliste con la tuya igual que tu puta madre. Tenías que ser su hijo.

Mòrwin della Turquète se desentendió y retomó la marcha. Tras perder a las dos mujeres que lo humanizaban, se conformaba con un asesino como

compañero. Caminaron ante el fuego. Las llamas arderían como consortes hasta sus últimas jornadas en el sombrío abismo en que retumbaban los ecos de sus pisadas. Mòrwin blandió el cuchillo, dobló junto a Làgrimas ante un pelotón de la Guardia de Bronce, y los soldados aguardaron mientras ambos marchaban a las próximas mazmorras.

10

«EL ASESINATO ES UNA OBRA DE ARTE».

Pudo ser más explícita, pudo pensar que el asesinato de la Primera y la Segunda Sangre era una magnífica obra de arte, mas evitó dichos detalles. Mirar los cadáveres al huir de la penumbra le causaba felicidad. Ambos niños se habían convertido en manchas con huesos salpicados sobre las rocas. Después había caído la madre y los soldados que la follaban a cambio de protección en senderos marcados con runas, pero las runas no siempre conducían a buen puerto. El *kończyora pęrgògnia* —o, según sus enemigos, Aquello Más Allá de las Antorchas—, lo había corroborado. Su espíritu caminaba en busca de los desgarros en el tejido de la realidad para reunirse con su cuerpo primordial.

Escuchó el murmullo del río que corría bajo tierra. Caminó por el vado y quiso ver su reflejo en el agua, donde chapoteaban lombrices junto a espinosos bagres. El reflejo de su imagen no apareció, solo el vacío mientras aullaban las ráfagas, aunque sabía cómo se veía al escapar por la fisura. Con un movimiento observaría por uno de sus millones de ojos encastrados en el muro de la realidad.

Como en una pintura abstracta en las grutas del abismo, la sangre que manchaba el suelo representaba su sentir. Los sentimientos quemaban en él como si dentro habitasen infiernos. La flama del dolor ardía, y sin sus chisporroteos no tendría motivos de andorrerar por el yermo para detonar prisiones de carne. Cuando la gente moría, se sentía tranquilo. La única pega era dedicarse a eso por malditos evos, pues terminaba exhausto, y para regenerarse debía regresar como en esa lejana jornada en que persiguió a la

caballería con los banderines de la estrige hasta meterse en Montecadáveres. Dentro había apagado las antorchas con su aliento fantasma para que el espíritu ígneo no lo torrase. Los caballeros con armadura restallaron en cientos de pedazos de acero y carne, mas no bastó para impedir que cazasen monstruos. Tampoco bastó para que no se midiesen con la lobera a medio cambiar que derramaba su propia sangre. La había visto luchar con garras y dientes contra la soldadesca, siempre camuflada bajo las sombras, pero también, cuando recibió un centenar de cortes en el espinazo antes de que huyese a las tumbas donde convaleció y donde incluso él, pese a sus artimañas, fue vencido.

Recordó su propio grito imperecedero plagado de frustración al no vencer a los últimos demonios. El de rostro cortado era apenas peligroso, pero aquel con mirada ígnea, aquel que había invocado al fuego, era un asesino de temer. No por la máscara ni por sus cuernos. Tampoco porque lo había quemado, mas sí era el único demonio en lustros —o como *Aquello* lo llamaba: «infernàle»— que no flaqueaba ante la ausencia de luz. Sus ojos eran flamígeros, echaban chispas y estaba desesperado.

«¿Quién eres, Máscara?». No tenía sentido pensarlo.

Las edades transcurrirían. Los mortales caerían y terminarían arrugados antes de volverse polvo. Los feéricos, en medio de su belleza, morirían gracias a la espada siempre que ardiesen las escabechinas, mientras que los monstruos continuarían como culmen de la encarnación de La Oscuridad.

«Tiempo de regresar».

Los niños muertos aguardaban, así como la madre y los soldados. Cuando giró, un ojo encastrado en el tejido de la realidad recorrió las cataratas que se derramaban con sonidos caudalosos. Era un adiós momentáneo a los eriales y un saludo a masas de sangre que se batían ante rostros incrustados

en las paredes. Billones de gente muerta que gritaba de dolor por la eternidad.

Una corriente de viento arreció el torrente que gemía ante el abismo. Le cambió el flujo por una minucia de tiempo mientras subía ante el maremagno de semblantes tallados en carne. El *kończyora pęrgògnia* sintió placer al respirar el clamor. Siguió volando con esperanza de reencontrarse con los últimos caídos. Esperaba que detrás del tejido existiese espacio para todo muerto hasta que se extinguiese la última luz. Siguió cuesta arriba por cataratas infranqueables. La sangre salpicó. El clamor se intensificó mientras trillones de ojos del monstruo primordial observaban. Ingentes bocas rieron y sus respectivas lenguas serpentearon. Los carrizos se le hincharon. Los ollares soplaron y sus belfos se agitaron porque el éxtasis era excelso.

«Al final de todo —pensó *Aquello* mientras gemían los caídos— cuando las Cuatro Ruedas de la Cuadriga giren, los hombres y los feéricos serán libres. Y entonces —continuó aquello— veremos quién ríe al final».

Fin



LA ESTRIGE

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Israel Sánchez por ser mi corrector y por ponerse en la tarea de «editor» en este libro y en «Los mercenarios». Gracias a Ángeles Pavía por brindarme el contacto de Israel después de la desaparición de «Telos». Gracias a Andrés Aguirre por los mapas, un sujeto muy amable, y gracias a Kike Alapont por el resto de los dibujos. Eres el mejor dibujante que existe.

Sangre en la piedra

Libro tres de *Los cantares del No Mundo*

Serie: *El ciclo de la Cuadriga*

Autor: Julio Cevasco, 2024

Corrector: Israel Sanchez

Cartógrafo: Andrés Aguirre

Maquetista: Vladan Sekulić

Ilustrador: Kike Alapont

Edición digital

Primera edición.

© **Todos los derechos reservados.**

Visita: www.ciclodelacuadriga.com